



SS

**SERVICIO
SECRETO**

RED HARLAND

**CONVICTO DE
TRAICION**

CONVICTO DE TRAICIÓN

RED HARTLAND

Convicto de traición

1ª EDICIÓN
JUNIO - 1952



BARCELONA
EDITORIAL BRUGUERA

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición.

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 - Barcelona.



CONVICTO DE TRAICION

**FOR
RED HARDLAND**

I

—Puede usted pasar, *Miss Sidney*.

La joven alzó la cabeza con lento ademán ausente. Sus grandes ojos grises verdosos miraron al capitán sin un solo parpadeo, tan estáticos e inmóviles como cuando los tenía clavados en el suelo. Con movimiento maquinal, abandonó el banco de madera en que estaba sentada y avanzó por el oscuro y ancho pasillo los tres pasos que la separaban de la puerta reforzada con hierros que el capitán mantenía abierta.

Parecía no ver lo que le rodeaba. El helado reflejo de las bayonetas caladas en los fusiles de los cuatro soldados que permanecían firmes tras el capitán, puso en su pelo y en sus mejillas un destello blanco, como de luna muerta.

June Sidney no se percató de ello. Pasó sin pronunciar una sola palabra ante el capitán, y entró en la celda.

La puerta se cerró a sus espaldas. Como en sueños, oyó la voz de mando del capitán ordenando a los soldados seguirle; luego, en su corazón más que en sus oídos, repercutió el ruido sordo de las pisadas de los soldados alejándose por el vetusto pasillo de la prisión.

Ella quedó quieta, apoyada rígidamente contra la gruesa madera de la puerta, mirando silenciosa al ocupante de la celda.

Había ido a verle después de presenciar el juicio en que le condenaron por traición. June aun sentía golpear sus sienes con el horrible martilleo de la odiosa palabra... «Culpable de traición».

En aquel momento, viéndole quieto, con la cabeza levantada hasta ella desde el camastro en que se sentaba, seguía luchando en su interior contra la destructora convicción de las pruebas presentadas contra él.

Los dos guardaban silencio. Los objetos y las características de la celda, su cama de hierro y la pequeña mesa de pino del rincón, los

espesos muros y la alta ventana enrejada, la obscuridad, toda aquella sensación de lóbreguez, de anulación humana, de sordidez, parecían converger dentro de su cerebro para repetir la misma palabra que pronunciara el juez: «Traición».

Pero no era posible. Ella sentía dentro de sí misma que aquel hombre de rasgos tan semejantes a los suyos, de idéntica sangre que ella no podía haber hecho aquello.

Rememoraba todas las pruebas presentadas, toda la evidencia del proceso, todas las protestas de inocencia hechas por él y reputadas por falsas...; y la actitud del Comandante Fiscal, de los testigos, del Tribunal Militar. Entonces, también ella creyó que su hermano era culpable de traición. Pero ahora, mirándole a los ojos, contemplando las facciones que tan bien conocía, viendo el gesto con que él la miraba expectante como implorando que ella, ella al menos, no le condenara, June Sidney sintió que su convicción en la culpabilidad de su hermano se disipaba.

«A mi no podría engañarme —pensó en silencio—. No puede engañarme, porque desde niños he sabido siempre lo que pensaba con sólo mirarle. Yo sé cuándo es culpable de algo, y cuándo es inocente. Y ahora leo en sus ojos que aunque todo le acusa, él es inocente».

Su hermano no se movía. Parecía estar esperando el fin de las reflexiones de ella, antes de atreverse a dar un solo paso. La miraba callado, aguardando. Su rostro juvenil no mostraba la menor señal de miedo; sólo ansiedad, ansiedad de que ella le comprendiera, de que ella le creyera.

Su guerrera abotonada hasta el cuello, mostraba los huecos donde antes estuvieran sus galones de teniente de Aviación, los galones que le habían sido arrancados momentos después del fallo adverso de la Justicia. A pesar de ello, bastaba aquella guerrera destrozada para poner de relieve la juvenil marcialidad del hombre, casi un muchacho, que permanecía sentado sobre el camastro.

Lentamente, con un gesto indefinible, el joven sonrió a su hermana.

—Tienes que hacerlo, Ju —murmuró, como si hablase con algún chico pequeño—. Tienes que hacerlo. Es preciso que te decidas. Debes absolverme o condenarme. Pero no puedes quedarte en esa incertidumbre. Morirías de desesperación, Ju, pequeña. No tendrías

un solo momento de paz...

June abrió la boca como si fuera a contestar, y permaneció así unos segundos, haciendo esfuerzos para modular las palabras. Sin haber pronunciado una sola, volvió a cerrarla. Sus ojos parecieron agrandarse, y hacerse más intensa su tonalidad verde. Su fina garganta hizo una contracción, agitándose, y toda ella volvió a quedar inmóvil.

El silencio pareció aumentar y hacerse tangible. En el trágico silencio que siguió a las palabras del teniente Sidney, la pregunta de June sonó como si ascendiera del fondo oscuro de la tierra. Su voz fue ahogada, estrangulada en la garganta.

—Antes de que el sol nos alumbre de nuevo, serás fusilado, George. Dime la verdad. ¿Eres culpable de traición?

El teniente George Sidney se levantó y fue hacia su hermana. En sus labios había una sonrisa infantil cuando la cogió de los brazos mirándola de frente, y la volvió de manera que la claridad que aún entraba por el ventanuco, le diera a él directamente sobre el rostro.

—Mírame a los ojos, Ju —le dijo—. Mírame tan adentro como puedas llegar... Tú siempre has podido mirarme muy adentro...

Los dos hermanos quedaron frente a frente, muy cerca. La luz gris que se filtraba hasta la celda, daba en la cara a George, cuyos ojos miraban serenos y tranquilos.

—Soy inocente, Ju. Todas las pruebas son falsas. Han sido amontonadas con objeto de encubrir a alguien que está haciendo realmente lo que aseguran que yo hacía. Yo no he dado a nadie un solo informe sobre la construcción del nuevo «Banshee» de combate. Lo he pilotado, y he guardado el silencio más absoluto. Ni siquiera he hablado con nadie de su existencia. Nadie conoce sus características por mí. Lo que hayan averiguado, ha sido por otro medio, no por mí.

June hundía sus miradas en los ojos claros de su hermano. Le oía, reconociendo en su voz el acento sincero y noble que desde niño le caracterizaba, y se sentía muy dentro de él, como si en aquellos momentos estuviera ella viviendo en su corazón.

Sus párpados, aleteando imperceptiblemente hasta que casi se entornaron. Después, su cabeza se inclinó hacia él, y sus brazos se abrieron para cerrarse alrededor del cuello de su hermano. Él la abrazó, dejándola que llorara sobre el pecho de la guerrera que ya

no tenía derecho a usar, y ambos quedaron así en silencio.

Algo se aflojó en el pecho de June, que se sintió liberada de la horrible sospecha que tuviera contra su hermano. Ahora creía en él. No le condenaría. Estaba segura de que era inocente, de que había sido víctima de alguna maquinación.

Y entonces, asaltada por la idea de que al día siguiente iba a ser fusilado por un delito que no cometiera, un temblor de indignación y de rebeldía sacudió su cuerpo.

—¡No podemos permitir que esto ocurra! —exclamó, separándose de su hermano y mirándole a los ojos fijamente—. ¡No pueden cometer una injusticia semejante! ¡Recurriremos a quien sea para impedirlo! Recurriremos a...

Él la cortó con un movimiento de su mano.

—Todo es inútil ya, Ju. Hay que afrontar las cosas como han venido. Las sentencias dictadas por el Tribunal Militar, no pueden ser revocadas por nadie. Y las pruebas que han presentado, han sido suficientes para convencerles.

Ella le contemplaba incapacitada para hablar, con el rostro contraído por la angustia.

—Tienes que tomarlo así, Ju —siguió él—. Lo importante es que tú sabes que soy inocente. ¡Hubiera sido para mí una gran amargura que no creyeras en mis palabras! Ahora, poco importa ya lo que ocurra. Tienes que ser fuerte. No permitas que te venza la desesperación.

Unos golpes en la puerta, les anunciaron que había pasado ya el tiempo concedido para la visita.

June se arrojó en los brazos de su hermano. Era la última vez que podía hablarle en este mundo. La última vez que le vería con vida.

Fue en vano que llamara en su auxilio toda su fuerza de voluntad y toda su entereza tratando de contener sus lágrimas.

—Tienes que marcharte, Ju, pequeña... —murmuró su hermano, acariciándole la mejilla—. Alguna vez hay que morir... Piensa en eso, y tranquilízate...

June pareció reaccionar súbitamente. Separó su rostro del pecho de su hermano y se le quedó mirando fijamente. En sus ojos se secaron las lágrimas.

—Dime una cosa, George: la última que vas a decirme...

Hizo una breve pausa, mirándole intensamente, y preguntó:

—¿Qué hiciste la noche del 21 de marzo?

El guardó silencio, deseoso de no contestar. Vagamente, respondió sin puntualizar, intentando eludir la respuesta:

—Estuve... con una mujer.

—¿Quién es?

—June: no debes mezclarte en esto. Ya sabes que los hombres tenemos esa clase de aventuras...

—No me mientas, George. Dime quién es ella. Es lo último que vamos a hablar. Ya nunca más estaremos juntos en este mundo. ¿Quién es?

El exteniente Sidney desvió la vista de los ojos implorantes de su hermana. Se debatía, deseoso de no responder. Pero ella le obligaba con su exigente silencio.

—¿Quién es?

—Se llama Sofía. Sofía Ruska. Es pintora. Tiene un estudio en el Adelphi House.

June lo anotó en la memoria. Se acercó de nuevo a su hermano, y le abrazó estrechamente.

La puerta volvió a abrirse, y el capitán asomó su cuerpo.

—Lo siento, *Miss Sidney* —dijo en voz baja—. Debe salir ya.

—Sí, capitán —contestó ella. Besó a su hermano, que había palidecido, y se dirigió hacia la puerta. Allí se volvió para mirarle por última vez.

—¡Que Dios te bendiga, George!

La puerta volvió a cerrarse dejándola fuera, y June Sidney caminó pasillo adelante, entre las bayonetas de los soldados.

Fue la última vez que vio a su hermano con vida.

Al día siguiente, antes de que amaneciera, un capellán fue a visitar al teniente Sidney, y permaneció con él largo rato. Cuando concluyó, el rostro del teniente reflejaba casi optimismo. Con paso tranquilo y sereno, sin jactancia, marchó entre las dos filas de bayonetas hacia el lugar donde había de ser fusilado.

El cielo gris del amanecer anunciaba un día radiante de sol.

El teniente Sidney miró de cara al pelotón de fusilamiento. No veía a los soldados. Era otra cosa lo que a través de ellos contemplaban sus ojos; era el renacer vital del campo, que ya anunciaba a la primavera.

Desdeñó la venda que le ofrecieron, y miró delante de sí, a los lados. Todo anunciaba la pujanza de la vida surgiendo del brumoso invierno que se iba.

El grito ordenando cargar, el ruido de los cerrojos que llegó claro a sus oídos, la orden de «¡Fuego!» y el estampido de los disparos, todo, se mezcló en su interior con la imagen de su hermana que había creído en él.

Cuando el capitán que mandaba el pelotón de fusilamiento se acercó a darle el tiro de gracia, quedó extrañado al ver en las facciones del teniente Sidney un gesto casi alegre, una sonrisa completamente infantil, tranquila y pacífica.

Su mano se negaba a disparar el último tiro contra aquel rostro que yacía sin vida. Pero había de cumplir las ordenanzas. Y obedeciéndolas, su pistola de reglamento hizo fuego a corta distancia. Un hilo de sangre surgió de la herida, y empapó de rojo el verde intenso del césped. Luego cesó.

El teniente de Aviación, George Sidney, convicto aunque no confeso de traición a la Patria, acababa de entregar su alma al Supremo Hacedor.

II

Desde el balcón de su despacho del «Intelligence Service», *Sir* Archibald Newton contemplaba pensativamente las aguas quietas del lago, que se divisaban espejeantes a través de los árboles de St. James Park.

A pesar de las indiscutibles pruebas contra el teniente George Sidney en el proceso por traición, y del veredicto del Alto Tribunal Militar de Su Majestad, *Sir* Archibald no estaba completamente tranquilo respecto al resultado obtenido.

Sobre la mesa tenía abierto aún el expediente personal del condenado. Las breves notas en que se señalaban sus frecuentes actos de heroísmo durante la guerra, su valor indomable y su espíritu de camaradería, junto con algunas declaraciones de los que fueron sus compañeros de armas, todos los cuales le consideraban incapaz de haber cometido el delito que le imputaban, hacían que el Secretario General del «Intelligence Service» no estuviera conforme con la decisión dada.

Él había trabajado por lograr que el *affair* del teniente Sidney no pasara a los Tribunales de Justicia hasta que el «Intelligence Service» hubiera logrado una seguridad plena, y tuviera en sus manos el ovillo completo del asunto. Pero una vez descubierto un presunto culpable, y después de la publicidad hecha alrededor de ello, la dirección del asunto le había sido arrebatada. El «Intelligence Service» había tenido que dejar paso a la Justicia, aunque el verdadero interés del *War Office* estribaba en hacer todo lo contrario: en dejar en libertad al presunto culpable, hasta descubrir los dirigentes de la banda de espías extranjeros. *Sir* Archibald Newton cruzó los dedos de sus manos, siguiendo sus reflexiones. Levantó la cabeza, contemplando inconscientemente las verdes hojas de los árboles, que brillaban en las copas bajo la tenue caricia de los rayos solares, y levantó las cejas en un gesto de

fastidio.

—Otra vez se nos ha escapado el asunto de las manos por culpa de esos necios impacientes —comento en voz alta, sin tener en cuenta que sus palabras eran innecesarias, puesto que se encontraba solo—. Y ahora será mucho más difícil volver a encontrar el hilo...

Miró su reloj de bolsillo alzando la tapa de oro, y lo contempló más como si viese en su artística esfera algún curioso dibujo, que como si mirase la hora.

—Las diez y doce minutos... —murmuró—. Dentro de tres minutos llegará el capitán Price...

Se retiró del balcón y se dirigió a su mesa, tras la cual se sentó, y empezó a examinar una carpeta con gran copia de anotaciones.

Exactamente tres minutos después, el ordenanza llamó a la puerta, y anunció:

—El capitán John Price está esperando, señor.

—Hágale pasar.

Sir Archibald dejó la carpeta que examinaba y la guardó en uno de los cajones de la mesa, del que extrajo otra menos voluminosa. En ella se podía leer escrito a mano, con lapicero azul en caracteres de imprenta: «Banshee Affair».

La puerta volvió a abrirse, y un hombre de unos treinta años de complexión atlética y flexible que su bien cortado terno azul no podía ocultar, entró en el amplio despacho.

—Buenos días, señor —saludó.

—Buenos días, capitán —respondió *Sir* Archibald, tendiéndole la mano desde el otro lado de la mesa—. Haga el favor de sentarse. ¿Un cigarro?

—Gracias, señor —rehusó el capitán Price, sentándose en la butaca que le había ofrecido—; prefiero los cigarrillos, aunque dicen que hacen más daño.

Se incorporó para encender el habano de *Sir* Archibald, y prendió luego su propio cigarrillo inglés.

—¿Está usted enterado del proceso contra el teniente Sidney? —preguntó *Sir* Newton.

—La Prensa no habla de otra cosa desde hace quince días.

—¿Ha seguido usted el desarrollo del proceso?

—Creo estar enterado del fundamento de la acusación —contestó—. Sin embargo, he visto en todo ello una gran falta de

habilidad. Hasta temo que se haya condenado a un inocente o, a lo sumo, a una de las piezas más insignificantes de la organización.

—¿Cree usted, entonces, que se trata de una verdadera organización, capitán?

—En estos casos, siempre hay una organización —sonrió el interpelado—. Hay una persona o varias que suministran informes, y una serie de ellas que los hacen salir del país y llegar a nuestros enemigos. Detener alguna de ellas aisladamente, es un triunfo..., pero un triunfo sin resultados prácticos. Una verdadera victoria pírrica.

—¡Ésa es la verdad! —aseguró *Sir Archibald*, enfáticamente—. ¡Este asunto del teniente Sidney es de lo más deplorable! ¡Lo importante es saber quién suministra la otra clase de informes, porque es indudable que se trata de alguna persona o personas con acceso más directo al proceso de fabricación, del que tenía el teniente! —Miró al capitán a través de las volutas de humo de su cigarro, y añadió:

—Para eso le he llamado, capitán Price. Voy a encargarle a usted una investigación, y nadie, absolutamente nadie, ha de enterarse de su labor. Quiero decir, que no deberá usted pedir ayuda a ningún organismo oficial ni particular. Cualquier cosa que desee, habrá de comunicármela a mí personalmente. —Usted y yo seremos los únicos que estaremos enterados de su misión.

—Tendré necesidad de documentarme —dijo—. Los periódicos no son fuente suficiente de información. Necesito saber cuanto se refiera al teniente y a sus amistades, además del asunto exacto de que se le acusaba.

—Todo eso lo tiene usted en esta carpeta, que leerá aquí mismo. Puede tomarse el tiempo que desde, pero sin salir de mi despacho. Conviene que retenga usted en la memoria lo que le interese.

El capitán tomó la carpeta que le ofrecía *Sir Archibald*, y se levantó.

—Será mejor que empiece cuanto antes —dijo a modo de excusa, dirigiéndose a un sillón situado en un ángulo del despacho—. Es probable que las personas comprometidas en este asunto continúen en él tranquilizadas por la condena del teniente, creyéndose por lo tanto a salvo. Pero también es posible que comprendan el peligro que corren, y cesen en sus actividades por

algún tiempo. De cualquier modo, creo prudente comenzar cuanto antes.

Sir Newton asintió con un movimiento de cabeza, desentendiéndose del capitán con objeto de dejarle en mayor libertad para que examinase la documentación que le entregaba.

Eran cerca de las doce cuando el capitán Price levantó la cabeza de los pliegos que había estado leyendo, y cerró la carpeta.

—Esto es suficiente —dijo devolviéndola—. Hay aquí algo muy extraño: ¿Por qué el teniente Sidney se negó a confesar dónde había pasado la noche del 21 de marzo? No tenía motivo para ocultarlo, una vez que su condena era segura.

—Sí, es extraño —convino *Sir* Archibald—. El asegura que estuvo con una señorita, y que su honor le impide mencionar su nombre. Pero si eso es verdad, ¿qué clase de señorita es ésa que no se presenta, sabiendo que puede impedir con sus declaraciones que se fusile a un hombre?

—¿Hubiera bastado la presencia de esa mujer, suponiendo que verdaderamente exista, para librar de la muerte al teniente Sidney? —preguntó el capitán Price.

—Dudo que lograra tanto —contestó *Sir* Archibald— pero hubiera bastado para sembrar la duda entre los miembros del tribunal. Al menos, hubieran comprobado que en eso no mentía. Sin embargo, era obvio que los espías extranjeros conocían la velocidad de ascensión, de crucero y picado del nuevo «Banshee». Esto solamente debían conocerlo el teniente y el Estado Mayor.

—Pero hay algo más que el servicio de espionaje de la potencia extranjera también conocía —objetó el capitán—: El nombre de F5H-5

con que se bautizó al «Banshee» de combate, ¿era conocido por el teniente? ¿No se le dio esa denominación después de las pruebas?

—Eso mismo he argüido yo mil veces desde que empezó el proceso... ¡Desde antes de que empezara! Por esa razón no quería yo que el caso del teniente se desglosara del caso general del «Banshee»; es éste el que hay que resolver. Condenar a un hombre así, es perder el tiempo, y exponerse a cometer una injusticia. Podía ser que, efectivamente, fuera cierto lo que él decía. Pero, podía ser también que él se enterase de que el «Banshee». Había sido denominado con las siglas

«F5H-5»

después de los vuelos de prueba, y lo comunicara a sus cómplices.

El capitán Price meditó un instante.

—Sí... —dijo—. Es un rompecabezas... Todo esto es demasiado confuso... Es indudable que, al parecer, los informes revelados al enemigo sólo han podido salir de labios del teniente, pero al mismo tiempo hay algo inconcreto, vago en toda ello. Los hechos señalan al teniente como culpable, pero «lo señalaban de una manera demasiado clara». Esto es lo que me hace entrar en sospechas. Según el informe, la noche del 21 de marzo un agente del Servicio de Contraespionaje del «Intelligence Service» que seguía los pasos de un presunto espía extranjero, le sorprende cuando se reúne en una apartada calleja cercana al Támesis, con un individuo a quien no pudo reconocer. Al continuar siguiéndoles, es descubierto, y los desconocidos disparan contra él, hiriéndole. El a su vez, hace fuego, hiere al sospechoso de espionaje gravemente, mientras el otro hombre desconocido escapa. Y entonces ocurre la cosa más sorprendente y graciosa que pueda darse en un caso semejante: el hombre herido, muriéndose, sólo habla para pronunciar un nombre: «Teniente Sidney...». Y en el acto muere. ¿No es absurdo? ¿Podemos admitir que el extranjero tuviera algún interés en descubrir a su cómplice inglés? ¿Por qué le descubre, si ha conseguido huir? Y éste es el comienzo de todas las sospechas y acusaciones contra el teniente que ha sido fusilado esta mañana.

—¡Pero no se le ha fusilado por eso! —replicó *Sir Newton*—. El tribunal ha investigado. El teniente se ha negado, interrogatorio por interrogatorio, a confesar dónde pasó la noche del 21 de marzo; luego hay que sospechar que pudo muy bien ser el personaje desconocido que escapó a la persecución del agente del «Intelligence». Por otra parte, en la cartera del muerto se encuentran datos concernientes a la construcción secreta del nuevo avión de combate «Banshee

F5H-5».

Se trata de algo importante. Es un avión construido para interceptar cohetes dirigidos, capaz de desarrollar velocidades que las potencias extranjeras ni siquiera sospechan, con un techo superior al de cualquier aparato fabricado hasta la fecha. Es la defensa de las Islas contra un ataque atómico dirigido desde una larga distancia, que se

viene abajo después del ímprobo trabajo de nuestros técnicos y sabios más distinguidos en esta materia.

Y muchos de estos datos, «sólo» los conocía el teniente Sidney, que hizo las pruebas y tenía fácil acceso a las fábricas. ¿No le parece bastante convincente? Y cuando le preguntan, tratando de ayudarle, dónde pasó las horas comprendidas entre el atardecer del día 20 y la mañana del 21, se limita a contestar que es un caballero, y no puede comprometer a una dama... ¡Eso es demasiado!

—El informe dice que tiene una hermana y que sus padres murieron durante los bombardeos de Coventry. Su hermana queda por lo tanto sola. ¿No ha sido interrogada?

—Desde luego, pero no ha arrojado ninguna luz sobre el particular. Ella ignora todo. No vivían juntos, aunque se veían casi todos los días. Acudían al mismo restorán a comer. Pero ella desconocía la vida íntima de su hermano. Parece que se querían mucho.

—Iré a visitarla —dijo el capitán incorporándose de su asiento—. Tal vez yo logre obtener algún dato interesante. En todo el informe no hay ningún indicio que se pueda seguir. Habrá que empezar desde el principio, tanteando las posibilidades... Creo que lo mejor sería que se me destinase para ocupar el puesto que el teniente Sidney ha dejado vacante. Si él les interesaba a esos espías extranjeros, también podré interesarles yo. Me portaré de manera que pueda parecerles una presa fácil. ¿Le parece bien?

—Daré la orden oportuna —contestó *Sir Archibald*—. Me entrevistaré con el subsecretario de la guerra, para conseguir que todo se desarrolle por el cauce normal. Mañana tendrá usted la orden de presentarse en los astilleros aeronavales de «Banshee», para asumir el trabajo del teniente.

—Sí... por ahora es lo más oportuno. ¿Cómo me entrevistaré con usted, para entregarle mis comunicaciones?

—Me enviará usted por correo normal un pliego en blanco. Cuando yo lo reciba, acudiré al número 10 de Combe Lane. Aquí tiene la llave.

—Eso es mejor que verle en su propio despacho —contestó el capitán Price, tomando la pequeña «yale»—. Mientras tanto, procuraré entrevistarme con la hermana del teniente, a ver si puedo obtener algún informe.

Sir Archibald le tendió la mano, despidiéndole.

—Buena suerte, capitán. Y tenga en cuenta que Scotland Yard tomó parte en este asunto.

El capitán rió de buen humor.

—Supongo que si se les comunicara oficialmente que me dejen en paz, correríamos el riesgo de que trascendiese mi nueva misión, ¿verdad? Así que si me veo obligado a matar a un hombre, tendré que correr el riesgo de ser perseguido como un asesino.

—Y lo que es peor —añadió *Sir* Archibald— que me pondría usted entre la espada y la pared: Nuestra táctica, ahora, consiste en fingir que con la muerte del teniente, damos el asunto por concluido. Si me obliga usted a defenderle porque «Scotland Yard» le acuse de homicidio, tendríamos que descubrir que «no» hemos olvidado ni dado carpetazo al «Banshee Affair».

—No se preocupe. Si me veo obligado a defender mi vida y cae alguno, le aseguro que no se enterarán en «Scotland Yard» de que el autor he sido yo.

—Así lo espero —repuso *Sir* Newton—. Por eso le he encomendado a usted esta misión. Sus éxitos en los casos en que ha intervenido, me demuestran que es usted el hombre más indicado.

El capitán sonrió casi irónicamente, sin que las halagadoras palabras del secretario general del «Intelligence Service» le envanecieran lo más mínimo.

—Espero que esta vez tampoco saldré malparado, *Sir* Newton. Hasta la vista.

Y sin detenerse más, traspuso la puerta, dirigiéndose a la salida.

Eran las cuatro de la tarde cuando un hombre alto, de anchas espaldas y paso elástico, cuyo rostro quemado por el sol denotaba una vida de continuo ejercicio al aire libre, al tiempo que su expresión, al mismo tiempo burlona y reservada, denunciaba al hombre seguro de sí mismo, acostumbrado a salir de cualquier apuro por sus propios medios, saltó del tranvía en el principio del barrio de Chelsea y avanzó, cruzando a pie el West 10 hacia el puente de Battersea.

A juzgar por lo tranquilo y reposado de su largo paso, se podría creer que no tenía más trabajo que hacer que pasear toda la tarde, para matar el tiempo.

Durante media hora anduvo deteniéndose de vez en cuando,

para mirar los pocos escaparates que hay en aquella parte. En realidad, su atención no se fijaba precisamente en las mercancías exhibidas; lo que realmente miraba, era lo que había detrás de él.

Llegó a la esquina de Codray Street, y se detuvo. Miró la hora, con ademán indiferente. Luego, el elegante vagabundo dio decididamente media vuelta sobre sus talones, y comenzó a desandar el camino que antes trajera.

Así caminó hasta la esquina de Buss Street, que dobló. En ese momento, su perezoso caminar desapareció. Su paso se hizo rápido y seguro; caminó a grandes zancadas los pocos metros que le separaban de Chalk Street, y desapareció tras la nueva esquina. Unos segundos después se hundía en el portal de la casa señalada con el número 25, y apretaba el timbre de la puerta.

Mientras esperaba, se volvió de cara a la calle, pendiente de las personas que cruzaban ante el portal. Sintió que la puerta se abría antes de que nadie atravesara la acera que quedaba bajo sus miradas. Entró, y cerró inmediatamente la puerta tras sí.

—Deseo ver a *Miss June Sidney* —dijo en voz alta a la mujer de edad madura que se asomaba por el hueco de la escalera—. Haga el favor de decirle que está aquí John Price.

—Un momento, señor —respondió la mujer, desapareciendo.

El capitán Price aguardó. Sabía que su nombre nada podía significar para la muchacha, puesto que no se conocían, pero le pareció mejor emplear esa forma de introducción que decir que «era amigo de su hermano», lo que ella descubriría en seguida que era falso.

«Me recibirá por saber quién soy —se dijo—. No confiará en su memoria, y creerá que acaso nos conocemos y ha olvidado mi nombre».

Como si los hechos le dieran la razón, la mujer regresó, asomándose de nuevo por la escalera.

—Haga el favor de subir —le dijo—. *Miss June* sale en seguida... Por aquí, tenga la bondad... —Le guió cuando él llegó al rellano de la escalera.

El capitán Price aguardó unos instantes, y al momento apareció una muchacha de extraña belleza, que se dirigió a él.

—¿Míster John Price? —preguntó—. Continúe sentado, haga el favor. No recuerdo que nos conozcamos, Míster Price...

—No nos conocemos —contestó, categórico, el capitán Price, apreciándola rápidamente con la mirada.

Comprendió que se hallaba ante una mujer poco común. Él sabía reconocer las personas de nervio y valor a la primera ojeada, y en el acto catalogó entre ellas a la muchacha rubia que le miraba con sus grandes ojos de un color gris verdoso, sentada en frente de él.

—En ese caso, no puedo comprender qué le ha traído a mi casa.

—Es eso lo que me propongo explicarle si usted me lo permite —contestó el capitán Price—. Debo advertirle, sin embargo, que resultará algo doloroso para usted.

La muchacha le escrutó con sus ojos inmóviles. Todo su fino y espigado cuerpo, cuya belleza recordaba una Diana cazadora, parecía alerta, como el de un cervato que olfatea el peligro y se apresta a defenderse. Pero su rostro, sus ojos, sus labios jugosos, sus bien dibujadas cejas, permanecían quietas, inmóviles, expectantes.

—Después de los dos últimos meses —dijo con voz reposada— lo doloroso es familiar para mí... Puede hablar.

—Voy a referirme a su hermano...

—Así lo he supuesto.

—Yo le conocí... solamente de vista... He oído hablar de él de diversas maneras... Nosotros, sus compañeros, deseamos ardientemente que se descubra la verdad sobre su actuación en el caso de que fue acusado. Todos creemos en su inocencia, a pesar del veredicto del tribunal. Y deseamos probarla. Pero él se negó a defenderse, ocultando algo que debió decir... Y hemos pensado que tal vez usted esté enterada de algo...

La muchacha parecía una esfinge escuchando la vana verborrea de un viajero del desierto. Permanecía impávida.

«¿Quién es este hombre, realmente? —se preguntó June—. ¿Es quien pretende? ¿Es de verdad un compañero suyo, que desea demostrar su inocencia? ¿Es uno de los hombres que conspiraron contra mi hermano para perderle? Si pertenece al primer grupo he de tener cuidado, su actividad en favor de mi hermano puede comprometer mis propios planes. Si es de los segundos, si pertenece a la organización que le puso con sus mentiras ante el piquete de fusilamiento... entonces me conviene atraérmelo».

—No comprendo qué puede importar ya eso —repuso—. Ha sido fusilado. De nada serviría demostrar ahora su inocencia.

—Su honor, al menos, puede ser salvado.

—Su honor.... —En los labios de esfinge de June apareció una despectiva sonrisa—. ¿De qué sirve el honor, cuando ya se ha perdido la vida?

Tenía que hacer violentos esfuerzos para impedir que las lágrimas acudieran a sus ojos. Era él, el hombre que por la mañana habían fusilado, el único ser que ella tenía cerca del corazón. Ahora, después de su muerte, una horrible soledad la rodeaba. Las palabras...: «Sola. Sin nadie. Completamente sola. Y él fusilado como un traidor. Deshonrado, acusado de traición por unos canallas que le habían envuelto...».

Esas palabras repercutían en su cerebro, impidiéndole todo descanso. Ahora, al contestar al visitante que el honor carecía de importancia para ella, tenía que hacer el mayor de los esfuerzos para contener los deseos furiosos que sentía de gritar, de sollozar, de dejar que los nervios sacudieran su cuerpo.

—Creí que podríamos encontrar ayuda en usted para vengar a su hermano, si es que ha sido condenado por culpa de un tercero.

June clavó sus ojos en los del hombre. «¿Qué hay tras ellos? —se preguntó—. ¿Hay un amigo, como él pretende hacerme creer, o un enemigo, uno de los que vendieron y calumniaron a mi hermano?».

—Tengo algo más importante en qué ocuparme ahora —contestó—. La venganza puede ser muy hermosa, pero la situación en que me ha sumido la muerte de mi hermano, me obliga a atender inmediatamente a lo más primordial. No puedo perder el tiempo en evitar algo que ya está hecho. Sobre todo, cuando necesito ese tiempo para buscar dinero con qué sostenerme.

El capitán se puso en pie, mirándola fríamente a los ojos. Nunca había visto tal clase de insensibilidad en una mujer; nunca había presenciado un caso semejante de falta de sentimientos.

—Por lo visto —dijo, arrastrando las palabras insultantemente— para usted lo único importante es satisfacer su apetito cuando tiene hambre...

June se le quedó mirando fijamente, sin mover los párpados. Por un momento pareció que iba a decir algo; luego, rápidamente, se dominó, conservando su fría actitud hermética.

—Creo que no tenemos nada más que hablar.

—Nada más, *Miss Sidney* —repuso el capitán Price—. Buenas

noches, y que cene usted bien.

June le miró bajar las escaleras y salir a la calle. Entonces se volvió lentamente, mordiéndose los labios en su esfuerzo por contenerse. Entró en su cuarto, y cerró la puerta con el pestillo. Un hondo sollozo subió de su pecho a la garganta, y rompió en sus labios. Y se arrojó de bruces en el lecho, dejando que los estremecimientos sacudieran su cuerpo agotado, que los nervios deshechos se desahogaran en llanto.

Así permaneció largo rato, mucho tiempo.

La voz de la dueña de la casa-pensión llamó a la puerta, advirtiéndola que eran las seis de la tarde.

—Si no quiere usted salir al comedor, puede cenar con nosotros, *Miss Sidney*.

—Gracias, *Mistress Rose*, pero no voy a cenar... No podría pasar un solo bocado —contestó ella, a través de la puerta.

—Pero lleva usted dos días sin comer. No puede seguir así.

—Por favor *Mistress Rose*. Déjeme...

Su última palabra se quebró en un sollozo.

III

El pequeño «Peugeot» descapotable se detuvo ante la puerta que abría la gran valla de cemento, conminado por los dos centinelas que, con la bayoneta calada, hacían guardia a la entrada de los campos pertenecientes a la fábrica «Banshee».

Asomándose por la ventanilla, el capitán Price mostró a uno de los centinelas su pase, lo recogió, después que el soldado lo hubo examinado detenidamente y comparado la fotografía con el original, y arrancó de nuevo, atravesando la puerta.

La valla se extendía millas y millas trazando un enorme cercado, que encerraba los campos de aterrizaje y los hangares de la fábrica, a un lado de los cuales se elevaba el edificio central, con las gigantescas plantas de construcción.

Price condujo a través de los terrenos, echando una mirada a los numerosos aviones que en aquel momento se encontraban en tierra. Eran todos modelos de experimentación, sujetos aun a estudio, y custodiados en cada caso por varios centinelas armados. No cabía duda de que se tomaban todas las precauciones imaginables.

Después de cruzar una milla por la carretera asfaltada que atravesaba los terrenos, torció hacia la planta central, en uno de cuyos ángulos se hallaban instaladas las oficinas y salas de estudio.

Detuvo el auto ante la puerta principal, y se apeó. Nuevamente tuvo que mostrar a otro centinela el pase firmado por el Ministro de la Guerra antes de que le permitieran pasar.

Cruzó el amplio vestíbulo donde varias personas, unas vestidas de paisano y otros con uniforme de la

R. A. F., o de Ingenieros, estaban esperando, y se acercó a la mesa donde hacían servicio un sargento y un cabo.

—Haga el favor de anunciarme al Mayor General Halliwell — dijo al sargento entregándole una tarjeta.

El sargento, que le estaba contemplando sin concederle demasiado interés, se cuadró al leer la tarjeta.

—En el acto, señor —contestó—. ¿Tiene hora concertada?

—Las diez y treinta.

—Faltan dos minutos, señor —repuso el sargento, mirando su reloj de muñeca—. El Mayor General le recibirá a la hora exacta. Tenga la bondad de esperar.

John Price asintió, y se volvió de espaldas examinando con gesto de indiferencia a las personas que entraban o salían del moderno vestíbulo.

No era posible llegar a ninguna conjetura. Desde soldados rasos a generales, cruzaban en una u otra dirección sin que nadie les prestase atención. Eran personas habituales allí, cuyos movimientos no eran nunca anotados.

Eran exactamente las diez y treinta, cuando el sargento se le acercó.

—Puede usted pasar, señor. El Mayor General le está aguardando.

El capitán Price siguió al sargento a través de una antesala, y traspuso la puerta que le abrió para cederle el paso.

—El capitán John Price, de la
R. A. F.,

señor —anunció el sargento, cuadrándose ante la puerta.

En el acto se retiró, cerrando tras sí, y Price se encontró ante el Mayor General Halliwell, director general de la fábrica «Banshee».

—A sus órdenes, señor —saludó Price—. Tengo un despacho del *War Office* destinándome a los campos de pruebas de «Banshee», y ordenándome ponerme a sus órdenes.

—Démelo, capitán, haga el favor —contestó el general.

Price obedeció. A no ser por el aspecto de persona acostumbrada a mandar, y por su voz concisa y autoritaria, nunca hubiera Price identificado al general como un militar de profesión. Su porte más bien parecía pertenecer a un investigador que a un militar nato. Delgado, de pequeña estatura y pelo casi blanco muy corto, hubiera causado la impresión de un hombre enclenque si no fuera por su cutis quemado y su gesto inteligente y voluntarioso.

Cogió el pliego de presentación del capitán y lo examinó detenidamente hoja por hoja, comparándolo con la fotografía sin

que un solo detalle escapara a su mirada analítica.

—Veo que es usted un hombre realmente fuerte —comentó—. Eso es necesario para su labor, pero no es lo más importante.

—En la

R. A. F.

nos enseñan que el temple de un hombre es más importante que su fortaleza física —contestó.

No debía añadir que en los campos de entrenamiento del «Intelligence Service», se daba casi la misma importancia a una y otra cusa y que el exacto cumplimiento de las peligrosas misiones que les encomendaban, exigían unos músculos de acero y unos nervios bien templados.

Eso era algo que el Mayor General Halliwell debía ignorar por el momento.

—No me refería a eso. Por definición, suponemos que un militar es un hombre de temple —contestó el General con tono impasible, casi desdeñoso—. Me refería a otra virtud: el silencio. —Hizo una pausa durante la cual siguió examinando fríamente el rostro del capitán, como si quisiera leer en sus facciones, en su piel curtida y morena, en cada una de las arrugas con que una vida de continuo peligro había marcado su juventud, una señal que le revelara el fondo del carácter de aquel hombre.

Al final de sus observaciones, el Mayor General sonrió de manera tan imperceptible que más que verlo, el capitán lo adivinó.

—Su predecesor en este puesto fue fusilado ayer —le dijo—. ¿Lo sabía usted?

—Sí, señor.

—No creo que fuera un traidor —continuó el General—. Le traté asiduamente durante bastante tiempo, y creo que era un hombre de honor. Sin embargo, no he hecho nada por salvarle.

Se detuvo como si esperase una objeción por parte del capitán. Al no llegar, continuó:

—Aunque no fuese un traidor, merecía la muerte: Indudablemente, no comprendió el alcance que tenía en lo que estaba haciendo, y debió hablar de ello. Con su charla, puso en peligro la independencia de nuestra patria.

El capitán reflexionaba rápidamente. No podía dejar excluido de sus sospechas ni siquiera al mismo Mayor General. Él precisamente,

por el puesto que ocupaba de director general, estaba en las mejores condiciones para suministrar información al enemigo.

Sin descubrirse un solo momento, habló como persona para quien todo aquello es un intrincado galimatías que no entiende.

—Sólo estoy enterado del asunto por las noticias de los periódicos —contestó—. No suponía que iba a ser yo el designado para substituir a ese hombre, y no me he tomado interés en el asunto. He pensado simplemente que si un tribunal militar le ha condenado, sería con las pruebas suficientes. Este asunto no es de mi interés.

El general no perdía un solo movimiento ni un gesto del capitán, mientras hablaba. No sonrió ni hizo ningún ademán que revelase lo que estaba pensando. Con voz impasible, dijo al capitán:

—Le he hablado de ello para que comprenda usted que ocupa un puesto de suma importancia. Lo que usted va a conocer aquí no sería suficiente para que los enemigos de nuestro país pudieran fabricar un avión igual al nuestro, pero —añadió, subrayando las palabras— «sí» para que sus técnicos e investigadores «comprendieran» cuál es el camino para llegar al mismo fin que nosotros. Quiero decir simplemente, que cualquier indiscreción de usted pondría en peligro nuestras actividades, y malograría muchos miles de horas de trabajo y de estudio. Si eso ocurriese, aunque usted no fuera culpable de traición y sí sólo de indiscreción, yo permitiría que le fusilasen. Eso es todo, capitán. Daré las órdenes para que se le imponga a usted en sus obligaciones. Un momento.

El general apretó un timbre, y un ordenanza apareció en el acto, empujando la puerta de entrada.

—Presente al capitán al comandante Burffit. Buenos días, capitán.

El capitán Price salió y siguió al ordenanza a través de un ancho pasillo, uno de cuyos lados estaba abierto por un ventanal tan largo como la pared, a uno de los patios interiores. En el patio, no se veía nada relacionado con la construcción de aviones; solo, de vez en cuando, algún soldado o un oficial, lo cruzaba y se metía tras una de las puertas, cerrándola tras de él.

Dejaron el pabellón y salieron a otro patio, que también cruzaron. Price hubiera deseado saber a qué correspondía cada uno de los pabellones que se alineaban a ambos lados, y que parecían

autónomos, pero no juzgó prudente hacer preguntas al soldado que le acompañaba. En los pabellones y hangares que se elevaban adyacentes, no había más signos de identificación que unas siglas o unas cifras. Nada revelaban de su contenido.

Sin embargo, el ruido de viento huracanado que salía de uno de ellos, le indujo a pensar que allí se encontraba el túnel de pruebas de motores. Era un pabellón de proporciones gigantescas, y Price, que le calculó una longitud de más de quinientos pies, pensó que debía estar destinado a algo más que a la prueba de motores. Lo pasaron y cruzaron un espacio claro, a cuyo extremo se elevaba un nuevo pabellón.

—Es allí, señor —explicó el soldado—. El comandante Burffit es el jefe de la sala de pruebas.

Price asintió en silencio. Traspusieron la puerta metálica del pabellón, y se detuvieron ante el centinela que hacía guardia en el lado interior.

Esa forma de montar guardia sorprendió a Price. No era frecuente que los centinelas estuvieran dentro del lugar que custodiaban. Pero tampoco hizo ninguna pregunta.

—El capitán Price debe presentarse al comandante Burffit —explicó el soldado al centinela.

Éste llamó a un compañero, el cual avisó al oficial.

—Le acompañaré, señor —dijo el teniente, poniéndose a las órdenes del capitán, y emprendiendo el camino.

El capitán Price no perdía detalle de lo que se exhibía ante sus miradas. Vio dos aviones de tipo desconocido, sin ninguna señal que los caracterizase, inmóviles bajo el enorme hangar. A los lados pudo apreciar otros varios aviones de menor tamaño, cuya infraestructura estaba abierta por algunos sitios. Cerca de ellos, había dos motores de tubo-reacción desmontados. En total, el colosal hangar cobijaba siete aviones en diferentes fases de montaje.

Después de cruzarlo, entraron por una pequeña puerta dónde no había ninguna indicación. Otra puerta les dejó en una larga sala, donde varios delineantes trabajaban inclinados sobre sus tableros. Aun tuvieron que abrir otra puerta para hallarse en el despacho del comandante Burffit.

—El Mayor General Halliwell me ha ordenado presentarle al capitán John Price, señor —expuso el teniente.

El comandante levantó la cabeza de los pliegos que leía, y despidió a su ayudante, haciéndole una seña con la mano. El teniente ya había salido.

—Haga el favor de sentarse, capitán. ¿Tiene sus credenciales?

—Aquí están, señor —contestó Price.

El comandante las examinó con igual minuciosidad que hiciera antes el general. Aunque Price comprendía que todo aquello era una organización perfecta, el hecho de que hubiera trascendido información secreta le demostraba que aquellas precauciones eran fácilmente soslayables.

La persona que suministraba informes a los espías extranjeros no era un hombre que suplantaba la personalidad de otro: era uno de ellos, uno de los tenidos por hombres de confianza.

Mientras el comandante leía sus credenciales, Price le sometía a un detenido examen.

Nada en su exterior podía denunciar a un traidor, pero precisamente el peligro estaba en eso: en que la persona que les vendía había de tener un aspecto inofensivo, para poder cumplir su misión de espionaje.

El comandante era de complexión robusta y sanguínea. Hubiera sido un hombre fuerte, de no ser tan corpulento y congestionado.

Pareció que la lectura de la documentación del capitán le satisfizo, pues levantó la vista casi sonriendo.

—Hemos de tomar aquí muchas precauciones —expuso, a modo de explicación—. La norma general es que ningún miembro de la fábrica sea visto en un lugar que no le corresponde. Deberá tenerlo en cuenta, capitán. Debe usted aprender su camino desde la entrada hasta aquí, de manera que lo haga usted directamente y sin titubeos. Sería de muy mal efecto que, por error, penetrara usted en el pabellón o departamento ajeno a su trabajo. Usted quedará aquí bajo mis órdenes directas. Pero no me dará a mí sus informes. En cada caso recibirá usted instrucciones concretas. Ahora, como ha de conocer usted los aparatos que tendrá que pilotar, le aconsejo que los estudie usted. Aquí tiene la documentación precisa y suficiente —añadió, empujando hacia el capitán una carpeta—. Puede usted también recorrer la sala de pruebas como desee: Dentro de este departamento, es usted libre de moverse a sus anchas. Al toque de campana, estará usted listo para abandonar el local. Tocaré a las

seis de la tarde. Si quiere usted acompañarme, le mostraré su oficina.

El comandante se levantó, y salió seguido del capitán Price.

—Aquí tiene sus dominios —dijo—. Puede usted permanecer el tiempo que guste, a menos que reciba órdenes en contrario. Buenos días, capitán. Celebro tenerle entre nosotros.

Desde el momento que el comandante salió, Price se sentó en el único sillón que había en el diminuto despacho, y empezó a repasar cuanta información le había sido entregada, concerniente a un avión de nombre desconocido.

A los pocos minutos, lanzaba un silbido de admiración. La lectura le absorbió por completo, y devoró las páginas procurando fijar en su mente cuánto leía.

Cuando la campana sonó anunciando el almuerzo, el capitán se incorporó con pesar. Encerró la carpeta en una pequeña caja fuerte empotrada en la pared, y se quedó un instante en actitud contemplativa, inmóvil.

«Ahora está claro por qué se interesan tanto por este tipo de avión —murmuró—. Me parece que vamos a tener que enfrentarnos con gente que no es nada tonta...».

Dio media vuelta, y salió de su despacho dirigiéndose al comedor de oficiales.

IV

John Price enfundó su ancho tórax en la estrecha malla de la camiseta de *sport*, cuya blancura contrastó con el tono bronceado de su piel.

Con la mayor parsimonia, se colocó ante el espejo y procedió a cepillarse el pelo hacia atrás. Y sonrió irónicamente mientras daba emboladas al pulverizador hasta echarse encima medio frasco de «Gay Brumell». Después desdobló la inmaculada camisa de cuello y pechera duros que tenía sobre la cama, le puso dos gemelos en cuyo circulito de blanco platino brillaban dos solitarios rubíes como dos gotas de sangre, y se la metió. Luego, con igual parsimonia se hizo el lazo.

Estaba vestido, a falta sólo del «*smoking*». Se examinó de arriba abajo con mirada crítica; luego volvió la espalda al espejo, y se acercó a la pequeña mesita que había al otro lado de la habitación. De su cajón sacó un nuevo aditamento, que contrastó con los utilizados antes de vestirse. Era una funda de sobaquera con una «Lugger» enfundada en ella. Price la extrajo, y repasó el cargador, comprobando que estaba lleno; lo colocó en su sitio, enfundó la pistola automática, y se ciñó la pistolera sobre la camisa.

En el bolsillo trasero de su pantalón puso dos cargadores más, y nuevamente volvió ante el espejo, donde se enfundó el impecable «*smoking*».

Aun ése entretuvo en colocar artísticamente una exagerada dalia en el ojal de su brillante solapa de seda, y en colocarse el sombrero domando el ala con la maestría de un inveterado elegante, y en echarse unas cuantas rociadas más de perfume en el pañuelo.

Era una colonia elegida deliberadamente. Su perfume, intenso y poco varonil, sería más apropiado sirviendo de base para una crema de belleza femenina. Apagó la luz y salió de su cuarto.

—Puede usted acostarse, *Mistress Clode* —dijo a su ama de

llaves, al dirigirse a la calle—. Regresaré tarde.

La buena mujer que le atendía desde muchos años atrás, sintió en la nariz el estridente aroma de la colonia.

—Pero ¿qué se ha echado usted?

Price soltó una carcajada.

—Hay que perfumarse, *Mistres Clode* —explicó, con rostro muy serio—. Los elegantes lo hacen.

Salió riendo, sin atender las exclamaciones de la vieja señora. Subió en su «Peugeot», y arrancó.

A aquellas horas, las calles de Londres mostraban su iluminación de manera brillante. Cruzó la City, y condujo durante un cuarto de hora hasta detenerse ante un edificio de piedra de estilo Victoriano en Woodful Square. Un discreto letrero luminoso brillaba entre las sombras de la fachada, anunciando el «Bexhill Club».

Price dejó el coche unos metros más adelante, y entró en el edificio. Dejó el sombrero al criado que salió a recibirle, y se dirigió hacia los salones. Tras él iba dejando un rastro mareante de colonia.

El «Bexhill Club» mostraba un aspecto animadísimo. La espléndida sala de juego agrupaba una elegante multitud alrededor de las tres mesas de ruleta, mientras que en un ángulo, la de «bacarrá» se ocultaba tras las personas que, no disponiendo de lugar para sentarse, permanecían de pie tras los más madrugadores, haciendo sus apuestas.

Price cruzó entre ellos, encaminándose derechamente al bar.

—Un doble *whisky* —pidió, sentándose desmadejadamente en un taburete.

—¡No, por Dios bendito! —exclamó, mostrándose muy escandalizado al ver en manos del «barman» una botella de «White Horse»—. ¿Es que no tienen aquí nada mejor? Deme un «Canadian Dry».

—Perdone, señor —contestó el «barman»—. Algunas marcas de *whisky* no se encuentran fácilmente después de la guerra...

Price puso un billete de media libra sobre la barra.

—No me dé usted explicaciones. Lo que quiero es *whisky*. «Canadian».

El «barman» sonrió, retirándose con la botella y, regresando con lo que Price había pedido.

Se sirvió él mismo, llenando el vaso hasta los bordes.

—Deje la botella —ordenó Price, quitándosela de las manos.

La gente que le rodeaba, molesta con su intenso perfume, empezaban a mirarle, sonriendo al ver la cantidad de *whisky* que se había servido.

Pero Price no llegó a tomársela. Con exagerada desenvoltura, retiró el vaso, después de probarlo.

—No es auténtico —dijo, retirándose del bar—. No se puede tomar nada decente en Inglaterra desde hace una temporada...

Se retiró del bar, y se acercó a una de las mesas de la ruleta. Su aspecto era poco sereno, aunque nadie podría decir que estaba borracho. Se abrió paso a empujones sin detenerse a ver si molestaba, y llegó al tapete verde.

—Deme fichas —pidió al «crupier» entregándole un billete de cinco libras.

Tomó las fichas que le entregó, y las puso todas al pleno del número.

La ruleta giró. El sordo rumor que invadía la mesa, pareció detenerse un instante cuando el «croupier» pronunció en inglés la frase de ritual: «*all, gentlemen*

It's

». Todos los ojos y oídos de los circundantes estaban fijos en la diminuta bolita que saltaba de número en número, con brincos de histérica.

Antes de que los «puntos» pudieran apreciar siquiera que la bolita se había detenido, ya el «croupier» cantaba el resultado:

—Diecisiete, impar, rojo, falta...

El rastrillo de la banca pasó sobre el cuadriculado tapete, barriéndolo todo.

—Le ha faltado un número...

Price volvió la cabeza hacia la mujer que le dirigía la palabra. Sonrió agriamente, sin conceder aparentemente ninguna importancia a la extraña belleza de ella.

—La próxima vez saldrá —contestó, sacando su cartera llena de billetes—. Cámbieme esto, «croupier»...

La ruleta giró de nuevo, y de nuevo se llevó la puesta de Price. Una y otra vez a lo largo de la noche, la raqueta de la banca barrió el tapete.

—Decididamente, no está usted afortunado —volvió a comentar

la hermosa y exótica mujer que jugaba a su lado—. Está usted perdiendo sin cesar.

Price hizo un gesto de indiferente resignación, al tiempo que se volvía hacia ella.

—Usted, en cambio, tiene suerte —contestó, analizando desenfadadamente el ondulante tipo de la mujer.

Ella sonrió de manera indescifrable, mostrando sus dientes iguales y blancos entre la púrpura intensa de sus labios.

—Yo siempre tengo suerte.

—Es mucho poder decir eso —repuso Price—. Podemos tener suerte en el juego, pero ser desafortunados en otras cosas.

Ella se retocó maquinalmente la espesa mata de pelo que le caía peinado tras la espalda. En contraste con la blancura de su mano, el pelo pareció más intensamente negro.

—Hay que saber jugar —dijo, arrastrando las palabras—. En la ruleta, como en todas las cosas de la vida. Usted juega sin meditar lo que hace, de cualquier manera...

Price volvió a sacar la cartera, y cambió otro billete en fichas.

—¿Hay acaso una regla para ganar a la ruleta? —preguntó con acento zumbón, al tiempo que alargaba la mano para dejar una puesta sobre el número 21.

Fue entonces, al levantar la cabeza del tapete, cuando vio enfrente de ellos, entre la gente que ocupaba la otra banda de la mesa, el rostro del comandante Burffit.

Price comprendió que había estado mirando fijamente a la hermosa mujer que estaba a su lado. Tuvo la premonición de que entre los dos había habido un mudo diálogo.

—Hay reglas para ganar en cualquier juego —repuso la mujer—. Lo malo es venir «aquí» a ganar. «Aquí» hay que venir a tirar dinero; es en otros sitios donde hay que buscarlo, con la seguridad de que se encuentra.

—No soy negociante —contestó, desdeñosamente, Price, mirando los saltos que daba la bola sobre la ruleta.

—Veintiuno, impar, negro, pasa —cantó el «croupier».

—¿Ve usted? Un pleno con cinco libras —comentó Price—. Ciento setenta y cinco libras en un momento. Acabo de rehacerme.

Cogió las fichas que el «croupier» empujó hacia él, y se las metió en el bolsillo.

—Es el momento de retirarme —expuso, mirando a su interlocutora, y abriéndose paso entre los demás jugadores para alejarse de la mesa—. Ya ve que sé retirarme a tiempo, aunque ignore sus teorías sobre la forma de ganar.

Ella pareció contrariada. Le miró seriamente, con gesto provocativo y burlón, con un rictus tentador en sus labios plegados. De repente, se echó a reír. Su cuerpo se agitaba suavemente a impulsos de la risa, una risa insultante.

—Sí —dijo al fin—. Usted es de los hombres que se retiran en cuanto obtienen una mísera ganancia. Me había interesado por usted, pero veo que me equivoqué al juzgarle. Le creí ambicioso...

Price se mostró afectado por la actitud incitante de ella.

—Lo soy, pero no por dinero —contestó—. Otra cosa sería si la puesta fuera...

Ella le miraba a los ojos, de manera descarada aunque misteriosa. Todo el extraño exotismo de su magnífica figura, parecía concentrarse en sus ojos negros.

—Esa puesta que usted piensa... —sugirió, con deliberada y significativa lentitud— también puede encontrarse al final de una jugada.

Price la miró fijamente a los ojos. Después arqueó las cejas, y, con ademán de «gigolo», levantó la solapa de su «*smoking*» para acercarse al rostro la dalia que lucía en la solapa.

—Si espera usted que cambie estas fichas, podríamos continuar nuestra conversación...

La mujer pareció contenerse, dominando sus deseos de reír despectivamente.

—Vaya... —concedió en voz baja.

Le miró cruzar entre la multitud que llenaba la sala, en dirección a la caja.

Ella no se movió. Un hombre vestido de etiqueta pasó por su lado y se detuvo junto a ella para sacar un cigarrillo.

—¡Un estúpido! —murmuró la mujer—. Un *dandy* afeminado e inútil. Pero parece que tiene dinero.

El hombre raspó una cerilla, acercándosela al cigarrillo que se había puesto en los labios.

—Continúe con él. Ocupa el puesto que nos interesa. Acabo de hablar con el agente

X-17.

Ninguno de los dos había movido un solo músculo de su rostro para hablar, ni se habían mirado. El hombre concluyó de encender su cigarrillo, y siguió caminando entre la gente en dirección a la mesa de «bacarrat».

Un segundo después, Price volvía contando los billetes que había ganado.

—¿Desea usted continuar aquí? —preguntó a la mujer.

Ella sonrió hechiceramente.

—Me agrada usted... y cuando alguien me agrada, prefiero conversar tranquilamente.

—Podemos ir a mi club, si le parece bien...

Ella le echó una mirada conmisericordiosa y desdeñosa. Era indudablemente que aquel hombre le inspiraba poco respeto.

—Yo tengo un departamento en el Adelphi House —contestó de plano—. Estaremos allí mejor que en cualquier club. Eso, si no teme usted acompañarme.

—Oh, no, de ninguna manera. Me parece muy bien, si puede usted invitarme a un auténtico *whisky* escocés.

Ella echó a andar hacia la salida.

—Cuente usted con ese *whisky* —repuso secamente—. Lo tendrá, si es lo único que desea.

Un instante después, ambos salían y entraban en el «Peugeot» de Price.

La noche estaba solitaria cuando atravesaron las calles de Londres en dirección al Adelphi House. Eran las tres de la madrugada.

Estaba amaneciendo. Por las vidrieras de la salita, entraba una luz gris que empezaba a hacer palidecer la encendida luz eléctrica.

Price se sirvió el duodécimo *whisky*. Todo su aspecto denotaba un tremendo relajamiento, una acabada embriaguez que sólo un largo hábito de urbanidad tenía a raya.

De pie ante él, mirándole como pudiera hacerlo con un bicho sucio, una esbelta y hermosa mujer de negro pelo y tez pálida, le contemplaba en silencio. Esperó que concluyera de beber el *whisky* que se acababa de servir, y ella misma le llenó de nuevo el largo vaso.

—Habías empezado a contarme que te han trasladado a un

puesto de mayor responsabilidad —murmuró sugestivamente.

—¡Oh! —exclamó con presunción—. Todos los puestos son de responsabilidad, cuando se es un buen piloto aviador. —Se interrumpió como si las ideas se le fueran de la mente, y quedó un rato pensativo. De un trago apuró el *whisky* que ella le sirviera—. Aun no sé cómo te llamas...

—Me llamo Sofía —contestó ella—. Puedes llamarme así.

—Sofía... Me gusta el nombre... Eres muy hermosa, Sofía... Muy hermosa... Tengo sueño... ¿De qué estábamos hablando...?

—Me decías que estás descontento con tu nuevo puesto...

—¿Descontento...? ¡Claro! ¡Una estupidez! Secreto... —Se llevó el dedo a los labios en un gesto completamente desprovisto de inteligencia, y repitió—: Secreto... Todo es secreto... No se puede andar por la fábrica, ni equivocarte de departamento... Secreto... Y no se gana dinero...

Sofía se aproximó a él, sentándose a su lado. Con familiaridad, le puso un brazo sobre los hombros, y le acercó la cara hasta casi rozarle.

—Es una pena que no se gane dinero... ¡Me gustas tanto! Pero yo gasto mucho...

—Tú también me gustas, Sofía. Sí, me gustas mucho. Yo encontraré dinero...

—Podrías jugar esta noche en la ruleta. Al final has demostrado que tienes suerte. Yo te puedo dejar mil libras...

Se calló mirándole, en espera de la reacción de él. Por un momento temió haber ido demasiado lejos. Pero Price parecía atontado. Su expresión era amorfa, como si su cerebro se hallase relleno de alguna masa compacta de algodón.

—Mil libras... —repitió—. Es mucho dinero... —La miró a los ojos, con expresión de codicia—. ¿Me las dejarías, así, sin conocerme siquiera?

—Pero yo te conozco —contestó ella, acercándole los labios—. Yo sé que puedo confiar en ti. Además, ganarás, estoy segura. Voy a dártelas...

Se levantó, y salió de la salita. Al momento reapareció con un paquete de billetes en la mano. En la otra llevaba una hoja de papel.

—Toma, querido. Esta noche podremos probar fortuna.

Price tomó el dinero, repasándolo con los dedos sin contarlos. Su rostro expresaba codicia contenida.

—Eres inmejorable, Sofía. Ganaremos mucho dinero esta noche.

—Sólo te ruego que firmes aquí... Es una formalidad.

Price la miró con desconfianza.

—Oh, no creas que se trata de nada malo —explicó ella—. Es sólo una cuestión de formalidad y de rutina... Me gusta tenerlo todo apuntado.

Price abrió la pluma, cogió el papel, y firmó.

En el acto, ella se lo guardó, y se puso en pie.

—Ahora tienes que marcharte. Está amaneciendo, y no quiero que te vean bajar.

—Pero me dijiste que me ibas a enseñar tus cuadros...

—Mañana, mañana... Esta noche nos veremos en el «Bexhill Club», y me acompañarás a casa. Y mañana te enseñaré los cuadros...

Tambaleándose, Price se levantó y se dejó conducir hacia la puerta. Desde el rellano agitó la mano diciendo adiós, aunque la puerta ya se había cerrado. Y bajó las escaleras dando bandazos, como un barco navegando con marejada.

V

El rostro de June Sidney expresaba la más firme determinación mientras se retocaba el maquillaje.

Diez días llevaba esperando una oportunidad como aquélla desde que su hermano muriera fusilado, pero al fin su paciencia había tenido recompensa.

Arrojado sobre la cama, el «The Times» estaba doblado por una de sus páginas centrales. En el ángulo superior izquierdo, un artículo breve y conciso, daba cuenta de lo que June había estado aguardando, aunque la realidad había superado sus cálculos.

«Exposición en la sala Balfour», rezaban los titulares. A continuación venía una lista de cuadros de pintores que exponían, y entre ellos, June leyó el nombre que su hermano había pronunciado antes de morir:

«Sofía Ruska acude a la exposición con su cuadro, que titula: “Retrato de mujer”».

Era todo lo que a June le interesaba. No había querido visitar a aquella mujer, que, con una palabra, acaso hubiera podido salvar la vida de su hermano. Ahora deseaba conocerla. Quería saber «cómo» era antes de dirigirse a ella. Porque para June Sidney no había ninguna duda de que, de una u otra forma, aquella mujer estaba relacionada con las gentes que perdieron a su hermano.

Procurando sofisticar un poco su aspecto, June vistió las más elegantes galas que tenía. Su vestido de mañana realzaba su silueta fina y espigada, realzando bien su modelado busto. Todo en ella sugería elegancia, a pesar del cuidado que pusiera para vulgarizar un tanto su aspecto y darse un aire de aventurera.

Salió de su casa y se dirigió directamente a la sala Balfour. Estaba llena de «dilettantes» y críticos, de artistas y coleccionistas,

que examinaban los cuadros expuestos haciendo comentarios sobre la técnica y el contenido de cada uno de ellos imaginando, en muchos casos inútilmente, qué había querido expresar el autor con su obra.

La concurrencia se revelaba como lo más distinguido de Londres.

June atravesó entre ellos, sin parar mientes en las obras expuestas, yendo con derecho al salón en que se anunciaba el cuadro de Sofía Ruska.

Debajo de un óleo que representaba una mujer morena con los brazos cruzados, leyó el título de la obra y el nombre de su autora: «Sofía Ruska: Retrato de una mujer».

June quedó contemplándolo, queriendo penetrar el alma de la artista a través del contenido del retrato. Era una mujer morena cuyo pelo desaparecía tras su nuca y le asomaba un poco sobre la frente, rozándole las cejas. Tenía la cabeza cubierta por un gorro parecido a un turbante, y su expresión era extraña, contradictoria. Sus ojos, que revelaban dulzura, estaban desmentidos por sus cejas, que sugerían dolor; y mientras su óvalo sugería determinación y firmeza, su boca de labios no muy gruesos, se plegaba cobardemente. Tenía las manos cruzadas bajo el pecho, cuya suave tersura se mostraba en el escote grande y abierto.

June pasó largo rato contemplándolo. No podía imaginar qué había querido expresar su autora con aquel retrato lleno de contradicciones. Tal vez era eso lo que Sofía Ruska pretendió decir: que no hay caracteres enteros, que todos están formados por una mezcla de características contradictorias que se frenan y se eliminan unas a otras.

June no advirtió que una mujer la examinaba a ella con cierta complacencia, como halagada de la atención que prestaba al retrato y, al mismo tiempo, como si se burlase de la impresión que se manifestaba en el rostro serio e impasible de June.

—¿Le encuentra usted muchos defectos?

June volvió la cabeza sin la menor sorpresa. Se encontró con un rostro de mujer de espeso pelo negro y tez pálida, cuyos labios rojos se entreabrían levemente en una sonrisa superficial.

—Usted es la autora, Sofía Ruska, ¿verdad?

—Sí, yo soy. La he visto examinar ese retrato con tanta atención, que me he visto diseccionada por su juicio. ¿Le disgusta a usted?

¿Cree que no somos como ese retrato indica?

June la miraba tranquilamente, sin un gesto ni una sonrisa. Por fin, contestó:

—No me interesaba el cuadro, sino la autora. —Hizo una pausa para dar más énfasis a sus palabras, y continuó—: Antes de morir, mi hermano me dijo que si necesitaba algo, acudiera a usted. Y yo quería saber cómo era usted antes de visitarla. Por eso he venido a ver la obra que usted expone.

Sofía Ruska examinó a June de una ojeada. Tuvo que hacer un esfuerzo para que no se notase su sorpresa ante las palabras de la muchacha.

—¿Su hermano? ¿Quién era su hermano? ¿Y dice que ha muerto?

—Él me dijo que si necesitaba trabajo, usted me lo proporcionaría. Yo me llamo June Sidney.

June notó cómo se contrajo el rostro de Sofía Ruska. Todo el dominio de la pintora no bastó para disimular la impresión que el nombre de la muchacha le había hecho.

—¿Y dice usted que él le dijo que me visitara?

—Fueron sus últimas palabras.

—¿Quién estaba con ustedes cuando sostuvieron esa conversación?

—Nadie. Él no quiso dar a nadie el nombre de usted. Sólo me lo confió a mí, bajo palabra de que no lo revelaría.

El rostro de Sofía Ruska se tranquilizó. Sus labios se plegaron en una fina sonrisa. Examinó a June de pies a cabeza, apreciando su tipo y su belleza.

—¿Le dijo también dónde vivo?

—En el Adelphi House.

—Bien. La espero esta tarde en mi departamento. Y... No me agrada que mis visitas lleguen acompañadas.

—Llegaré sola.

June saludó con un leve movimiento de cabeza, y se alejó perdiéndose entre la multitud que llenaba los salones de la «Exposición Balfour».

Sofía la siguió con la mirada durante un momento. Después, pareció pensativa. Rápidamente tomó una decisión, y minutos después abandonaba la sala y salía a la calle. Llamó un «taxi», y le

dio una dirección.

Cuando llegó, bajó, anduvo dos bocacalles, y llamó otro «taxi» dándole una dirección nueva. En él siguió durante cerca de media hora. Lo abandonó, caminó durante unos minutos y entró decididamente en una casa, la puerta se cerró a sus espaldas.

Penetró unos pocos metros y salió a un patio, cruzándolo y deteniéndose ante una puerta de vetusto aspecto. Con la palma de la mano, hizo una llamada especial golpeando la puerta, y aguardó.

Un momento después, la puerta se abría y ella entraba.

—¿Cómo se la ocurre venir a estas horas?

—Es preciso que vea al jefe —contestó ella—. Es urgente. Avísele.



—¡Es preciso que vea al jefe. Avtsale!

El hombre que la había interpelado, de aspecto rudo y brutal, emitió un gruñido y se alejó, dejándola sola. Volvió a los pocos minutos, invitándola a seguirle.

—El jefe la está esperando —dijo.

Siguió al individuo que la recibiera, y entró en una pieza

rectangular, casi desprovista de muebles. Sólo unas sillas del tipo más común, y una gran mesa de pino, bajo una bombilla, constituían todos los adornos de la habitación.

Sofía Ruska esperó en el cuarto desierto, sin sentarse. Una puerta lateral se abrió, y una voz hablando un inglés correctísimo, con tono suave y arrastrado, inquirió:

—¿Qué asunto urgente la ha traído por aquí a estas horas?

Ella se volvió en el acto. Su rostro no reflejó el temor que el portero hubiera deseado. Miró de frente al hombre que la hablaba, cuyo aspecto físico parecía ridículo comparado con la arrogante feminidad de ella.

—Se ha presentado un problema que es preciso resolver —contestó Sofía Ruska—. Por eso he venido. El asunto del teniente Sidney ha tenido una complicación.

—Explíquese —ordenó el hombre.

No hacía un solo gesto. Su cara de facciones casi delicadas rematadas en una perilla lacia y cuidada, no predisponía al terror. Sin embargo, sus agentes temblaban cuando tenían que enfrentarse con él. No era por su aspecto: era por las imágenes que se asociaban a su persona, por el cargo que ocupaba y por lo que se sabía de él.

Sofía Ruska no se inmutó. Sabía que cuando un agente deseaba ver al jefe, debía tener motivos poderosos. Pero ella los tenía.

—Una hermana del teniente Sidney ha ido a buscarme a la exposición de la «Sala Balfour» hace unos momentos —declaró mirándole fijamente—. Su hermano le dio mis señas, antes de morir. Nuestra creencia de que no había hablado, es falsa.

—¿Qué deseaba esa joven?

—Según ella, su hermano le dijo que «si necesitaba algo, fuera a verme».

—Y bien, si necesita algo puede usted dárselo. Se tratará de dinero, ¿no?

Ella quedó callada, sin responder ni siquiera con un ademán. El jefe la examinaba a través de los gruesos cristales de sus lentes.

—Está bien. ¿Qué cree usted que puede haber ocurrido?

—Esa muchacha sabe mi dirección. Puede igualmente saber otras cosas. Creo que debemos conocer con exactitud qué le manifestó su hermano, en realidad. Ella afirma que no había nadie presente, y que sólo le dijo lo que a mí me repitió esta mañana.

¿Será verdad?

—¿Cree usted que el teniente Sidney ha podido decir a su hermana otras cosas? ¿Qué cosas, por ejemplo?

Sofía Ruska parecía a punto de perder la paciencia.

—Usted lo sabe mejor que yo —contestó con los ojos relampagueantes—. Por ejemplo, que mis actividades artísticas son sólo un medio para relacionarme con las personas influyentes de Londres, y que la pintura por sí misma no significa nada para mí. Eso lo había descubierto el teniente. Recuerdo su sorpresa, cuando me vio pintar en un momento que entró inesperadamente. Se dio cuenta de que las obras que a veces expongo, no salen de mi pincel. Todo eso se lo comuniqué a usted en el momento oportuno. También se enteró de que en realidad no soy rica, a pesar del tren en que vivo. En cierta ocasión, me preguntó que de dónde sacaba el dinero. También se lo comuniqué a usted. Y además —añadió— usted personalmente dio la orden de eliminarle. Debía tener motivos poderosos. Esos motivos pueden valer también para tratar a su hermana de manera especial.

El hombrecillo sonrió con repulsiva mueca.

—Pero el teniente estaba enamorado de usted. Lo prueba el hecho de que no pronunciara su nombre ante el tribunal. ¿Por qué había de ocultarlo, si luego lo iba a revelar?

Los negros ojos de Sofía Ruska lanzaron un destello ardiente, haciendo que su tez pareciera más pálida.

—Sí —contestó—. Estaba enamorado de mí. Eso fue lo que nos salvó. De lo contrario, la estupidez de

X-25

denunciando al teniente en el momento de morir, nos hubiera costado muy cara a todos. El teniente no habló, pero sí *habló a su hermana*. Por lo menos le ha dicho quién soy y dónde vivo. Le dijo, como mínima suposición, que soy pintora, y que vivo en Adelphi House. Eso es algo. Puede haber dicho algo más.

—No es probable que haya dicho mucho más. Debieron hablar el día antes de su fusilamiento. En cuanto a lo que usted llama estupidez de

X-25,

debe saber que obedecía órdenes mías cuando denunció al teniente.

—El ridículo hombre hizo una burlona mueca, y añadió—: Eran

momentos de peligro, y había que desviar las sospechas. Ahora están completamente aplacados, gracias a esa... «Estupidez».

Sofía Ruska tragó saliva. Había dado un paso en falso al formular su juicio sobre el agente

X-25,

y le constaba que el jefe no gustaba de que nadie pusiese en duda su genialidad.

—Lo siento —dijo—. Yo ignoraba que él obedeciera órdenes expresas de usted. Suponía que lo había dicho por otras razones.

—¿Por qué razones?

Ella titubeó una fracción de segundo.

—X-25 estaba celoso del teniente.

La pequeña barba de chivo del jefe tembló a impulsos de una silenciosa risa.

—Sí, el agente estaba perdiendo facultades. No fue ninguna desgracia que lo mataran. Nos evitaron un trabajo. ¿Qué cree usted que sabe la hermana del teniente Sidney? Hable concretamente.

—No es posible adivinarlo —contestó ella—. Es sorprendente que él le hablase de mí. Puede que lo hiciera buscando la manera de favorecer a su hermana, pero puede que la informase de sus sospechas.

—Esto es inverosímil. No iba a enviar a su hermana a la muerte de manera tan tonta... Porque si él sospechaba la verdad, debía saber que la vida de su hermana estaría en peligro en cuanto se metiera a huronear entre nosotros. No, no es inverosímil. Lo hubiera comunicado a «Scotland Yard». Quizá él le habló de usted, diciéndole que estaba enamorado. Eso es lo más probable. De todas maneras, conviene no perder de vista a esa muchacha. Puede tenerla cerca de sí. ¿No dice que ella ha ido a pedirle ayuda? Pues ayúdela, teniéndola a su lado. Me la presentará usted uno de estos días, aunque ella, por supuesto, ignorará quién soy.

Sofía Ruska asintió con un movimiento de cabeza.

—La he citado esta tarde, en mi estudio —repuso—. Procuraré que se confíe a mí.

—Está bien. Y no le escatime usted dinero, si lo necesita. En cuanto al Capitán Price, siga por el mismo camino.

—Eso es fácil —contestó ella, desdeñosamente—. Es uno de esos hombres que sólo piensan en ir bien vestidos y en tener dinero en la

cartera. Aún no le he hecho ninguna pregunta que pueda alarmarle, porque deseo que esté más comprometido. Anoche le hice perder otras doscientas libras en el «Bexhill Club». Creo que si le exigiéramos que pague sus deudas, no podría. Sin embargo, es necesario que aún se sienta más atado: es lo bastante cobarde para echarlo todo a rodar por miedo.

—Puede usted tomarse dos días más, pero no se distraiga. Necesitamos esos informes accesorios. La «Banshee» ha acentuado sus medidas de precaución, y nos resulta difícil lograr nuestro objetivo. Ahora puede usted marcharse. Y no vuelva sin que la llamemos, a menos que sea realmente importante.

—Esto lo era.

—No lo era. Sólo se trataba de un momento de miedo por parte de usted. Y no podemos permitir que nuestros agentes tengan miedo. Buenos días.

El hombrecillo dio media vuelta sin detenerse a escuchar una respuesta, y salió por el mismo lugar por donde entró. Sofía Ruska quedó quieta un instante, paralizada. No esperaba aquella acusación de miedo. Sus gruesos labios sensuales temblaron de cólera, pero se dominó al escuchar la voz del hombrachón que la condujera al entrar.

—Sígame —le dijo, bruscamente.

Sofía Ruska obedeció sin ningún comentario. Un momento después, se encontraba en la calle.

El departamento que Sofía Ruska ocupaba en el piso noveno del Adelphi House, estaba coquetonamente amueblado. En la sala donde celebraba las reuniones, sólo exhibía tres cuadros debidos a los pinceles de otros tantos artistas franceses; sus obras las tenía en la pieza vecina, junto con los caballetes y útiles de pintura. Raramente permitía Sofía Ruska que sus amistades penetraran en su estudio y examinaran sus obras. Generalmente se las componía para que se sintieran a gusto en la sala, y solía encontrar disculpas para no mostrar el fruto de su trabajo. Sin embargo, cuando lo hacía, su voz suave y acariciadora se encargaba de que sus pinturas ejercieran sobre el visitante el influjo que ella deseaban.

Vestía un vaporoso deshabillé, cuando June llegó. Con gracioso ademán de princesa, Sofía se levantó, tendiéndole la mano.

—Estaba impaciente por recibirla, querida —saludó—. Deseaba

ardientemente charlar con la hermana del único hombre que he querido, y decirle que yo nunca creí en su culpabilidad.

June la miró, procurando que sus ojos no revelaran su pensamiento: «¿Por qué, entonces, no apareciste en el juicio? ¿El único hombre que has querido? ¡Farsante!».

Dominando sus impulsos verdaderos, la muchacha sonrió entre amable y cínica.

—Sólo unas horas antes de morir, me habló de usted. Me encargó que le entregara este pequeño recuerdo —dijo, extrayendo de su bolso una sortija—. El la amaba a usted, y comprendo que usted debe desear que hablemos de él..., pero... —Levantó la mirada clavando sus ojos claros en los negros de Sofía, y añadió con tono equívoco—: Pero... Yo pienso que lo pasado debe olvidarse. Nada conseguiremos con desenterrar viejos recuerdos...

Sofía jugueteó con la sortija sin prestarle demasiada atención.

—También a mí me habló con frecuencia de usted —contestó—. Siempre deseé conocerla... Y ahora me alegro de haberlo logrado por fin... Espero... Deseo, que seamos amigas. Será para mí una gran alegría. En cuanto a sus problemas, déjeme decirle que cuento con la influencia necesaria para que el aspecto económico no le cause trastornos.

—Es eso, desgraciadamente, lo que más me urge —respondió June—. Dentro de dos días tendré que abandonar la pensión en que vivo... Me ha sorprendido esta desgracia sin ninguna cantidad de reserva... ¡No podía imaginar que mi hermano iba a ser asesinado de semejante manera!

Sofía Ruska captó inmediatamente la palabra que June acababa de aplicar con tanta violencia acerca de la muerte de su hermano. Con tono suave, analizador, comentó:

—Pero... Usted habla como si le hubieran matado de una puñalada en mitad de la calle...

—¡Mil veces peor! —exclamó, sordamente, June—: ¡Le han asesinado impunemente, valiéndose de la misma Justicia! ¡Es eso lo que puedo esperar de mi país! ¡Y ahora, basta mi apellido para que se me niegue el trabajo y la gente me rehúya!

Sofía Ruska se levantó, yendo hacia ella. Le cogió la barbilla y le hizo levantar la cabeza, mirándole los ojos.

—Está usted muy dolorida... —murmuró acariciadoramente—.

Sí, está usted muy dolorida, y es natural... No se han mostrado muy justicieros en el caso de su hermano... Pero creo que eso debe usted olvidarlo... Es usted muy joven, y pronto pasará... La gente no se acordará de nada dentro de unos años... Además, no tiene usted necesidad de usar su apellido... Utilice el de su madre... De esa manera se evita usted el baldón que sus compatriotas han echado sobre su nombre...

—Si fuera usted inglesa, se sentiría indignada... o rehusaría tratarme.

—Pero no soy inglesa... ni rehusó tratarle. Se lo probaré. ¿Dice usted que debe abandonar su pensión? Végase a vivir aquí conmigo. Tengo espacio de sobra, y me alegrará tenerla por compañera.

June tuvo que hacer un esfuerzo para que no trascendiesen sus pensamientos. No creyó en modo alguno que le iba a ser tan fácil lograr la confianza de aquella mujer, y estaba un poco asombrada.

—Temo molestarla...

—De ninguna manera. ¿Qué hora es? Las cuatro... Salga usted ahora, y vaya a su casa a buscar su equipaje. Dentro de una hora puede estar aquí. Vivirá conmigo mientras usted lo desee, por lo menos hasta que encontremos un empleo adecuado para usted. Es lo menos que puedo hacer por la hermana de mi grande y querido amigo.

June se puso en pie a instancias de Sofía, que la empujó hacia la puerta.

—Vuelva en seguida —le dijo, despidiéndola—. La espero dentro de una hora.

Un momento, Sofía permaneció con la puerta abierta, viéndola bajar. Luego corrió al ventanal y miró la calle. Vio a June salir, detenerse en el borde de la acera y abrir el bolso contando algo dentro de él.

Sofía sonrió. «Indudablemente, no tiene dinero... Y es muy bonita... El tipo de mujer que algunos hombres prefieren... Me parece que es un verdadero hallazgo...».

Se dio cuenta de que, como si obedeciera a una heroica decisión, June llamaba un *taxi*. La vio subir a él, y desaparecer por la próxima esquina. Sofía fue a echarse sobre el diván, encendió un cigarrillo que colocó en una larga boquilla de marfil, y fumó

echando lentas y voluptuosas bocanadas al aire.

Aquella noche, June quedó instalada en la casa de Sofía Ruska. Acostada en la habitación vecina a la que la dueña de la casa ocupaba, June meditaba sobre el camino que debía seguir. Era obvio que, por alguna causa ignorada por ella, la extranjera estaba interesada en atraérsela. Eso convenía a June, cuyo objetivo inmediato era captarse la simpatía y la confianza de ella. Durmió pesadamente, sin encontrar verdadero reposo, deseando que amaneciera. Se levantó con la alegría de que la noche hubiera acabado, y se metió bajo la ducha, que la reconfortó. Luego pasó a la salita, y examinando los objetos que la adornaban, esperó a la pintora.

—Ha madrugado usted mucho —comentó ésta, abrochándose la *négligée*.

—No he dormido bien —contestó June—. He extrañado la cama. La extranjera la examinó de un rápido vistazo.

—Pues no tiene la menor huella de cansancio en el rostro. Es una gran virtud. ¿Está usted vestida?

—Acostumbro a vestirme en seguida —repuso June.

—Pues me tendrá que esperar unos momentos a que yo acabe. Quiero que salgamos de compras. He examinado su equipaje, y veo que no tiene usted ropa que ponerse. Es necesario que vista bien, para causar una impresión favorable a las personas que la presentaré. Espero que no haga usted objeciones.

—Ninguna. Sólo darle las gracias por tanto como hace por mí.

Durante toda la mañana, las dos mujeres recorrieron los principales establecimientos. Sofía no parecía dar la menor importancia al dinero. Cuando concluyeron, tenían encargada una gran cantidad de ropa de mañana, de tarde, de noche, de casa, para June.

—Esta noche le presentaré algunos amigos —explicó Sofía—. Ya tendrá usted tiempo de devolverme lo que ahora gasto en usted; no se preocupe. El dinero carece de importancia cuando se está decidida a ganarlo.

—Me alegraría poder decir algo parecido algún día.

Sofía Ruska la miró analíticamente.

—Si realmente lo desea creo que podrá hacerlo.

Eran las once de la noche cuando empezaron a llegar los

invitados de Sofía Ruska, que los recibía en el centro de su sala. Todos eran personas representativas, pocos jóvenes.

June los iba saludando conforme les era presentada. Les miraba sin insistencia, procurando fijar de una vez para siempre en su retina las fisonomías de los concurrentes, y en su memoria sus nombres.

Algunos llegaban de calle, pero la mayoría vestían de *smoking* o de uniforme, y algunos de *frac*. Entre todos ellos, no se presentó ninguna mujer.

—General: permítame que le presente a *Miss June S. Day*. El General Massingham —presentaba Sofía Ruska, omitiendo el primer apellido de June.

Ésta tendía su mano, saludando con una sonrisa.

—«¿Será éste? —pensaba, escrutando su rostro—. ¿Será éste el hombre por el que murió mi hermano?».

El General Massingham profirió una exclamación admirativa, y luego se separó de ellas.

—Mayor General Halliwell: le presento a mi amiga *Miss June S. Day*. El Mayor General es Jefe de la Fábrica *Banshee* —explicó inmediatamente Sofía, dando una orden con los ojos a June.

Ella quedó un poco desconcertada, pero rápidamente comprendió.

«Desea que le acompañe», se dijo. Levantó sus ojos hacia el personaje, y apoyó su mano en el brazo de él.

—*Miss Sofía* me ha brindado su hospitalidad por una temporada, General. Con frecuencia me hablaba de usted y de su trabajo. Debe ser una terrible responsabilidad dirigir una fábrica de aviones, aunque no sea de las más importantes.

El general la observó con divertida seriedad. Descubría un espíritu demasiado juvenil a través de las premeditadas sofisticaciones del atuendo de June. Había en ella algo que rebosaba frescura de cuerpo y de espíritu, y el General pensó en su hija, de la edad aproximada de June.

—¿Y por qué piensa usted que la «*Banshee*» no es importante?

June le soltó para sentarse en un diván, invitándole con su actitud a que él lo hiciera junto a ella.

—Nadie habla de esa fábrica, aunque supongo que ninguna debe carecer de importancia... Sin embargo, yo creo que la «*Wickers*»,

por ejemplo, es más importante. Todos los periódicos hablan continuamente de ella.

—Sí, todos hablan continuamente de ella —rió el Mayor General Halliwell—. Y sin duda, para una mujer la importancia está en proporción directa a lo que la gente habla.

—No he querido decir eso —protestó June, poniendo todo su encanto en su actitud—; no me crea tan superficial. Pero en cuanto a los hechos relevantes, es indudable que la Prensa da importancia a lo que la tiene.

En aquel momento, una persona que entraba llamó la atención de June, que la miró mientras procuraba seguir el hilo de su conversación con el general.

Acababa de reconocer al hombre que se presentó en su casa, diciendo que era amigo de su hermano. Le vio vestido de *smoking*, con un aire de conquistador superficial y vano, acercarse a Sofía y saludarla como persona de casa.

—Sin embargo, aunque la gente puede creer lo que usted dice, hay cosas que por ser muy importantes, se silencian...

June contestó con una sonrisa, pendiente del hombre que acababa de entrar. Su cerebro trabajaba tan rápidamente como la conversación del general se lo permitía.

«Es amigo de esta gente —pensaba June—. Entonces, mi actitud del otro día me favorecerá. Es un paso más ganado en la confianza de esa extranjera...».

—Sí, es indudable lo que dice usted, General...

El Mayor General había seguido la dirección de las miradas de ella, y vio al capitán Price.

—¿Le conoce usted? —preguntó, señalándole con la mirada—. Parece asiduo de la casa, y sin embargo es la primera vez que me lo encuentro por aquí...

—Sólo le he visto una vez... Creo que he hablado con él tres o cuatro palabras...

Todo el gesto sonriente del general había desaparecido. El capitán le vio, y se acercó al grupo que formaba con June. Ésta se apresuró a anticipársele en el saludo:

—Miss Sofía me dijo que vendría usted. Aunque mi apellido *Day* es tan fácil de recordar, creí que lo habría olvidado usted.

Hablaba con absoluta impasibilidad, mirándole a los ojos. Él no

se inmutó. June no pudo saber si la había comprendido o es que ya no se acordaba de su verdadero nombre.

—No, *Miss Day* —contestó Price—, la recordaba perfectamente. A sus órdenes, señor.

—No esperaba encontrarle por aquí...

—Soy amigo de *Miss Sofía Ruska*... Un gran admirador de su arte.

El general parecía contrariado. Fue notable su deseo de ordenar al capitán que se retirara de aquella casa, y sólo se lo impidió el conocimiento de que no tenía derecho a formular aquella orden.

Se disculpó con June, y se retiró.

—Es para mí una gran sorpresa... No creí que se repusiera tan pronto de la pena que le causó la muerte de su hermano...

—Creo que pretende usted inmiscuirse en mi vida, capitán.

—Oh, en absoluto —repuso él—. Es usted muy dueña de obrar como le parezca...

June le miró airadamente. Le pareció insoportable el aspecto de *dandy* de aquel hombre, y pensó en el contraste que ofrecía su actual personalidad con la que tuviera el día que fue a visitarla. De no estar completamente segura, no hubiera creído que se tratara del mismo hombre.

Un nuevo personaje llamó su atención. Lucía uniforme de comandante, y entró acompañado de un coronel de la R. A. F.

June pudo percibir sus respectivos nombres, pronunciados por la dueña de la casa al saludarlos.

—Buenas noches, Coronel Birkett.

La mirada que entre Sofía y el coronel se cruzó, no pasó desapercibida para June, que sintió latir su corazón precipitadamente. Sofía saludaba en aquel momento al comandante.

—Estaba impaciente por verle, comandante Burffit.

A partir de aquel momento, no entraron más personas en la sala, hasta muy avanzada la noche.

Se habían organizado algunas mesas de pinacle, y otros invitados conversaban en los sillones. June se dio cuenta de que el capitán Price estaba bebiendo de una manera extraordinaria, mostrando ya señales de embriaguez. Con un gesto de asco, apartó la vista de él y volvió la cabeza.

Un hombrecillo pequeño, de cerca de sesenta años, vestido de negro, la miraba a través de unos gruesos cristales de miope. Su barba puntiaguda cortada en forma de perilla, parecía extremadamente cuidada.

June respondió a su mirada, abriendo los ojos con ademán de extrañeza ante la insistente atención del personaje.

Éste se le acercó. Excepto sus pies que le trasladaban hacia ella, todo su cuerpo parecía inmóvil.

—Dispense mi observación —dijo—. Es extraño ver una mujer en una reunión de Sofía Ruska... Y no me ha presentado a usted... Yo soy Estanislao Tainov... Soy escritor, aunque usted nunca habrá oído hablar de mí... Soy evadido de Polonia.

—Mi nombre es June S. Day —contestó ella—. Lamento no conocerle, pero estoy segura de que debe ser usted un autor de mérito.

El hombre sonrió.

—¿Por qué lo cree así?

June le miró críticamente.

—Por intuición.

Esta vez el hombrecillo sonrió abiertamente. No era una sonrisa de simpatía, sino de satisfacción propia. Su gesto se hizo equívoco.

—*Miss* Sofía Ruska, compatriota mía, me ha hablado de usted muy ponderativamente —expuso—. Me ha dicho que le gustaría un empleo en el que pudiera ganar lo suficiente para vivir con holgura. También me ha dicho que es usted inteligente. Si lo desea, podemos hablar sobre este asunto.

—¿En este momento? —preguntó June.

—No, no en este momento... *Miss* Sofía le dará instrucciones. Buenas noches, *Miss*... Sidney...

June le vio desaparecer entre la gente que llenaba la sala y le siguió hasta que notó el movimiento de la puerta al abrirse para dejarle paso. Entonces se detuvo, volviendo la vista. Le era imposible saber quiénes eran importantes desde su punto de vista en aquella reunión, y quiénes no tenían nada que ver en el asunto que a ella le importaba.

Nuevamente sus miradas tropezaron con el capitán Price, que seguía bebiendo, y en aquel momento se empeñaba en permanecer junto a Sofía. Notó el gesto despectivo con que los negros ojos de la

arrogante y distinguida polaca acogían los galanteos pesados del capitán, y se preguntó por qué le soportaba. Era el hombre de menor graduación, y también el único joven que había en la sala. June tuvo la seguridad de que aquel hombre pertenecía al grupo que andaba tras los planos del

F5H-5,

crimen del que se había acusado a su hermano, y por el cual había sido condenado a la última pena.

A pesar de la profunda antipatía que el capitán empezaba a inspirarle, June se propuso acercarse a él y tratar de crear entre ambos una amistad. Eso podía serla útil.

—Se abrió paso entre los invitados, dirigiéndose hacia el grupo que formaban Sofía, el capitán y el Mayor General Halliwell, pero un gesto del capitán la contuvo, haciéndole mirar hacia otro lugar.

Un hombre con uniforme de comandante se dirigía en aquel momento hacia la puerta, sin tomarse la molestia de despedirse de su anfitriona. Se trataba de un hombre corpulento, de aspecto sanguíneo y apoplético, que atravesaba la sala con la indiferencia con que podía cruzar por entre una muchedumbre de soldados. Sus facciones denotaban inteligencia y tesón.

Lo que ocurrió llamó la atención de June, que fue la única en darse cuenta.

El capitán Price dejó su vaso de *whisky* sobre una mesita vecina, y abandonó sus galanteos respecto a la polaca. Se levantó tambaleándose, y cruzó la sala caminando con dificultad. Sin embargo, a June le pareció que sus ojos, completamente despiertos, no concordaban con su aspecto general de embriaguez.

El capitán salió momentos después que el comandante. La puerta se cerró, y nadie, al parecer, advirtió que los dos hombres habían salido.

VI

Price salió del ancho portal, tambaleándose como un beodo.

Dos bandazos estuvieron a punto de dar con su cuerpo en tierra mientras caminaba en dirección a una fila de coches estacionados junto a la acera.

El hombre que andaba unos cuantos metros delante de él, abrió la portezuela de un «Chevrolet» y entró en la cabina.

Al parecer, Price no podía dar un solo paso con la cantidad de alcohol que había ingerido.

El «Chevrolet» hizo una maniobra para salir de la fila de autos y pasó por el centro de la calle a escasa distancia de Price. Éste no se movió.

Luego, como si consiguiera recuperarse algo, avanzó con cierta rapidez y entró en un pequeño.

«Peugeot». El coche se puso silenciosamente en marcha y dobló por la misma esquina que el «Chevrolet».

A partir de ese momento, todo rastro de embriaguez desapareció del rostro del capitán Price. Sus músculos parecieron despertar de algún extraño sopor, y sus facciones recuperaron su expresión de audacia y seguridad. Apagó los faros, y condujo tras el «Chevrolet» a buena marcha.

Era muy tarde y no se veía ningún policía de circulación, ni ningún coche o viandante transitaba por las calles. Price, sin perder de vista al coche delantero, se llevó la mano derecha a la axila opuesta y extrajo un arma, que montó. El cañón empavonado de la automática, brilló obscuramente en la semipenumbra del interior del coche.

Era casi seguro que el auto delantero advertiría la persecución de que era objeto, y Price tomaba precauciones para evitarse cualquier contingencia inesperada. No sabía exactamente lo que podía venirle de parte del comandante Burffit. El hecho de haberle

visto en el «Bexhill Club» cambiando una señal de inteligencia con Sofía Ruska, no era suficiente para desconfiar de él, más aún cuando acababa de comprobar horas antes que conocía a la mujer y no lo ocultaba. Pero el fino instinto de Price, acostumbrado a sospechar y a que las circunstancias le dieran muchas veces la razón, le hacía ir prevenido. No podía dejar a nadie libre de su vigilancia.

Siguiendo el «Chevrolet» atravesó el centro de Londres, dejando atrás Westminster y la City, hasta llegar al Puente de Fenchurch. Allí el «Chevrolet» cruzó el río.

Price no dudó ya de que se dirigía a Rochester, en el Condado de Kent. Era allí donde el comandante vivía. Le dejó tomar delantera, pensando que nada había conseguido, dispuesto a abandonar su persecución y retrocedió por el camino que trajera. El «Chevrolet» se perdió de vista al doblar una calle.

«Va directamente a su casa —pensó Price—. Por eso no se preocupó de que le siguiera...».

—¡Maldito sea! ¡Soy un imbécil! —exclamó de pronto—. ¡Me ha engañado de la manera más idiota!

Acababa de comprender que toda la maniobra del comandante no dándose por aludido al ser perseguido, había estado encaminada a hacerle creer que se dirigía a su casa para que abandonase la persecución. Y eso era lo que él había hecho: seguirle el juego sin darse cuenta de que se burlaba de él.

«Pero eso significa que la persecución no le coge desprevenido —meditó Price—. De lo contrario, no hubiera obrado con tanta habilidad...».

No era ya posible perseguir al coche. En los minutos que habían transcurrido, habría tomado ya su dirección definitiva y sería estúpido tratar de encontrarle por casualidad.

Price dudó, sin saber qué partido tomar. «Por lo menos puedo remorarme de que mis suposiciones son exactas. Así tendré la seguridad de que el comandante tiene cosas que esconder».

Nuevamente dio la vuelta con el coche, y apretó el acelerador lanzándose a toda marcha hacia el Condado de Kent.

Media hora más tarde llegaba a Rochester y buscaba la casa del comandante. Todo era silencio alrededor. El pueblo dormía pacíficamente, y no se veía por sus calles un solo ser vivo. Price

dejó el «Peugeot» en una calle lateral, y se acercó a pie a la casa. Era una construcción no muy grande del tiempo de Jorge V, sin las pretensiones del estilo Victoriano ni las comodidades de las edificaciones modernas. A un lado, rodeado de «ifs» perfectamente cuidados, vio el galpón del garaje. Llegó a él andando con cuidado de no levantar ruido, y empujó la puerta. Como en toda la campiña inglesa, donde el más simple robo está durísimamente castigado, no había tomado ninguna precaución contra los ladrones, y la puerta del garaje estaba abierta. Price entró: el garaje estaba vacío.

Se retiró a la obscuridad de la calleja lateral, dispuesto a aguardar hasta que el «Chevrolet» llegara. Eran las cuatro de la madrugada cuando su paciencia alcanzó su objeto.

Un moderno «Chevrolet» dobló la esquina, y avanzó lenta y silenciosamente hacia el chalet. Reconoció al comandante Burffit cuando salió del garaje después de encerrar el auto. Con él iba otra persona, que Price no pudo reconocer. Los dos entraron en la casa, en una de cuyas ventanas apareció después una luz. Price se acercó, tratando de ver a través de los cristales, pero las cortinas lo impedían. Volvió a su escondite, y aguardó de nuevo con la mano en el bolsillo de su *smoking*, empuñando la «Lugger».

Media hora después, los dos hombres volvían a salir. El desconocido llevaba ahora una cartera de cuero. Volvieron a sacar el coche, y ambos subieron a él y emprendieron la marcha.

Rápidamente, Price corrió al suyo y arrancó. Al llegar a la carretera, vio al «Chevrolet» a un cuarto de milla de distancia delante de él, rodando hacia Londres. Esta vez, no sospechaban que eran seguidos, y Price condujo sin acortar la distancia que les separaba y sin encender los faros asegurándose que la completa obscuridad reinante y la distancia a que estaba de ellos, no les permitiría descubrirle.

De esta manera viajaron ambos coches hasta los primeros suburbios de Londres. Allí, Price acortó la distancia entre los dos autos, para evitar que se le perdiera en algún cruce. No corría ningún peligro, puesto que en las callejas mal iluminadas del suburbio, la obscuridad era mucho mayor que en campo abierto.

Súbitamente, dio un frenazo y paró en seco. El «Chevrolet» acababa de detenerse ante una casa de aspecto mísero.

Price quedó quieto, hasta que los dos personajes abandonaron el

auto y entraron. Entonces hizo retroceder su «Peugeot» hasta la primera bocacalle y se apeó dispuesto a esperar.

Había amanecido ya, cuando la puerta de la casa volvió a abrirse y una persona salió de ella.

Price estuvo a punto de soltar una exclamación. Era una mujer. En el acto reconoció a June Sidney, que se alejó sola hacia el otro extremo de la calle.

Aún aguardó. El «Chevrolet» continuaba parado, sin que al parecer nadie en el interior se acordase de él. Miró la hora. Faltaban cuarenta minutos solamente para la entrada a la Fábrica Banshee; pasado ese momento, nadie podía franquear la entrada.

Dudó, sin decidirse a marcharse ni a esperar. El comandante también debía llegar a la hora exacta. Pero Burffit iba de uniforme mientras que él no podía presentarse de *smoking*. Se decidió y subió en su coche, dirigiéndose a su casa. Apenas tardó un cuarto de hora en cambiarse de ropa y llegar, lanzado a toda la velocidad de su coche a los terrenos de la «Banshee». Se quedó asombrado: Parado ante la puerta, acababa de ver el «Chevrolet» del comandante.

—¿Hace mucho que llegó el comandante Burffit? —preguntó al centinela.

—Hace cerca de media hora señor —contestó.

Price dio las gracias con un ademán y entró en los terrenos acotados.

Cuando llegó a la Sala de Pruebas, vio al comandante trabajando en su despacho. Price no podía comprender cómo se las había arreglado para llegar antes que él, pero era indudable que allí estaba. Sólo había una explicación, y Price tuvo que aceptarla: La casa disponía de otra salida, y «existía» otro coche igual al «Chevrolet» del comandante. Desgraciadamente, la poca luz no le había permitido ver el número de matrícula del auto, cuando lo iba siguiendo.

Se acercó al comandante y le saludó. No pudo descubrir en él ningún signo de fatiga por haber pasado la noche sin dormir.

—Procure no beber mucho capitán —le dijo el comandante—. Mañana tendrá usted que volar en el nuevo «Banshee» de combate. Necesitamos unos datos que habrán variado después de las innovaciones introducidas.

—¿Vuelo de pruebas?

—No, exactamente. Sólo tendrá que subir hasta donde pueda, sin forzar el aparato. Tratamos de saber qué techo alcanzará con el nuevo dispositivo. Puede usted estudiarlo para cuando haga la prueba definitiva. Será dentro de muy pocos días. Le dejo a usted en mi despacho. Todos los documentos están a su disposición.

El capitán Price contuvo el gesto de sorpresa que acudió a su rostro. Era por demás extraordinario que le dejaran en libertad de mirar todos los datos concernientes al avión, sin ponerle ninguna cortapisa, a pesar del secreto en que todo se llevaba.

—Se lo agradezco, comandante —contestó—. Cuanto más conozca del nuevo aparato, más fácil me será manejarlo.

Se sumió en el estudio del avión, sintiéndose cada vez más apasionado con el magnífico aparato.

June Sidney llegó a temprana hora a la casa de Sofía Ruska.

—¿Ha llegado a algún acuerdo con *Mr. Tainov*? —le preguntó la polaca, mirándola a los ojos.

—Sí —respondió June—. Creo que podré ser de utilidad. Estoy dispuesta a todo. Me ha ordenado que me ponga enteramente a disposición de usted. Me ha entregado cien libras.

Sofía sonrió con aire de dominio.

—Con su belleza, será muy fácil todo para usted, amiga mía —repuso—. Por ahora se limitará usted a hacerse muy amiga, lo más amiga que pueda, del General Massingham y del Mayor General Halliwell. Creo que no le costará gran trabajo. El Mayor General Halliwell es un ferviente admirador de las bellezas del tipo de usted. En cuanto a Massingham depende de la manera que tenga usted de abordarle. ¿Sabe pescar? Él es un gran aficionado a ese deporte. Compre algún libro y aprenda lo que pueda, pero no olvide que a los hombres les gusta generalmente la mujer no demasiado inteligente. Hay que darles oportunidades para que ellos luzcan su genialidad: en eso consiste ser una mujer de mundo.

—Espero cenar esta noche con el Mayor General Halliwell, pero me parece un hombre muy hermético. Bromea con sus investigaciones, pero no dice nada concreto acerca de ellas.

Sofía Ruska hizo un leve ademán de fastidio.

—Usted siga al pie de la letra mis instrucciones. De lo demás, me ocupo yo. Y tenga en cuenta que no debe usted conocer a nadie. *Mr. Estanislao Tainov* es un escritor poco leído. Usted sólo le ha

visto una vez, por casualidad, en una reunión que yo he dado en mi casa. Eso es todo por ahora.

El hombre que entró aquella tarde en la sala de Sofía Ruska no recordaba para nada el estúpido petimetre que conocían por el capitán Price. Su porte revelaba resolución y seguridad, y en su atuendo y ademanes, era todo detalle manifestador de dominadora virilidad.

La polaca sintió que estaba ante un hombre desconocido para ella cuando le miró a los ojos y vio su actitud de potencia.

—He recibido tu nota —dijo a modo de saludo—. Pero ya te dije anoche que no deseo tratar de ese asunto. A mi predecesor en este empleo, lo fusilaron por imbécil. Yo no pienso correr la misma suerte. No creas que me has comprado con mil libras.

—¡Pero yo tengo un pagaré firmado por ti, querido! ¡Parece que te olvidas de eso! ¿No has pensado que te comprometerás mucho, si se te procesa por una deuda de semejante cuantía? Vamos —añadió, levantándose y yendo hacia él segura de su mareante feminidad—, ¿por qué te excitas de ese modo? ¿Qué ganas tú con exponer tu vida y malgastar tu tiempo por un sueldo ridículo? Tenemos la oportunidad de hacer ahora mucho dinero... Mucho... —Le echó los brazos al cuello, estrechándose contra él y ofreciéndole la boca—. Bésame. Sólo me siento feliz cuando estoy en tus brazos... Podremos irnos lejos, abandonar todo esto... Vivir uno para otro... Todo, sólo con que tú te decidas... No hay ningún peligro, John... Ninguno... ¿crees que yo te lo pediría, de lo contrario? Y la vida será nuestra, después...

—¡Me vuelves loco! —exclamó Price, abrazándola—. No puedo resistir tu encanto... Te metes en mis sentidos y me aprisionas... Tú lo sabes... Eres como un veneno, al mismo tiempo terrible y dulcísimo... Pero me pides que traicione a mi Patria...

—Bah... Patria... ¿Qué tontería es ésa? ¿Qué es Patria, sino simplemente una palabra? Mírame a mí... Mi Patria está invadida, no existe... ¿Soy por eso menos mujer, más desgraciada que los demás? ¡Qué importa eso! ¡Lo único importante es el placer, la felicidad! ¡Y ésa depende del dinero! ¡Hazlo, John! ¡Nadie se enterará! Mañana es tu vuelo definitivo. Sólo tú conocerás exactamente las características del

«F5H-5».

Tú y yo. Es la fortuna.

Price se desasíó de los brazos de ella.

—Si lo hago, quiero ser yo quien lleve la dirección del asunto. Ponme en comunicación con el jefe y hablaré con él.

La hermosa y ondulante polaca, se retiró, mostrando un gesto de enojo en sus oscuras pupilas.

—Te empeñas en estropearlo todo... —murmuró—. No se confía esta gente con tanta facilidad. ¡Yo misma no le conozco apenas! Sólo le he visto un par de veces y no sé dónde encontrarle. Él me avisará cuando desee verme.

—Pero tú tienes que decirle si yo he aceptado o rehusado —contestó él—. ¿De qué forma te las arreglarás?

—No puedo decírtelo.

—Ni yo soy tan loco que me exponga a que me fusilen sin saber siquiera para quién trabajo.

La polaca le miró como si titubeara. Sus mejillas se contrajeron en un gesto provocativo, mientras sus finas y negras cejas se arqueaban con gesto de entrega.

—He quedado en esperarles en la esquina de Mendix y Foreman Streets. Pero si me ven acompañada, no creo que se acerquen siquiera.

—Eso tiene solución. Ve y diles cuáles son mis condiciones.

Ella pareció meditar. Se sentó estudiando de reojo a Price, cuyo cambio la intrigaba. Pero lo atribuía a que no era tan tonto como para seguir emborrachándose cuando un asunto tan peligroso se le planteaba.

—Lo haré como dices —afirmó—. Te llamaré a tu casa por teléfono. Ahora, debemos separarnos.

—Adiós, entonces. Espero tu llamada.

Apenas el capitán Price salió de su casa, Sofía Ruska tomó el teléfono y marcó un número.

—Imposible convencerle —explicó, sin preguntar por nadie—. Insiste en entregar los informes personalmente.

Del otro lado de la línea, llegó una breve respuesta pronunciada por un hombre que habló con acento de la mayor corrección inglesa.

—Recibirá usted instrucciones.

El chasquido del teléfono anunció que se había cortado la

comunicación.

Dos horas después, sonó el teléfono. Sofía Ruska lo tomó y escuchó.

—¿Miss Ruska?

—Escucho.

—Vendrá a verme a las once en punto.

—Enterada —y colgó.

El chasquido del teléfono cortó la comunicación.

A las siete de la tarde, apareció June, sola.

—He cenado con el Mayor General Halliwell —explicó—. Es demasiado correcto para comprometerle y ha insistido en que nos retiremos pronto. Temo que no se interesa por mí como usted supuso.

Sofía la escuchó atentamente sin pronunciar una palabra.

—Ha estado muy amable y atento —continuó Tune—, pero sin salir de su corrección. Me ha invitado a visitar su casa de Surrey el próximo fin de semana. Tal vez allí se muestre de otra manera... ¿Es soltero?

—Sí —contestó Sofía—. Es soltero. Y no tiene motivo para ser pesimista. El Mayor General está siguiendo el camino que le es adecuado. No va con él el devaneo de los calaveras. Es un hombre serio que la propondrá casarse con él en cuanto venza el temor de sentirse ya viejo para usted. Usted aceptará. Si es preciso, debe llegar a casarse con él —la miró, estudiándola para ver la reacción en su rostro, pero se encontró con una máscara impasible—. ¿No le importa?

—Espero que no sea necesario llegar a ese extremo —contestó.

—¿Usted no está enamorada de nadie? Si llegara usted a interesarse por algún hombre debe tener en cuenta que eso es cosa nuestra. No puede usted disponer de su vida sentimental, mientras esté unida con nosotros.

—No se preocupe. No será fácil que ningún hombre me interese.

—Eso es esencial para la profesión que ha elegido —contestó Sofía—. Hay que guardar celosamente el corazón. Es él el que nos juega las malas partidas... Y una mala partida, significa la muerte.

June hizo un gesto de indiferencia. Pensaba en el Mayor General Halliwell, que le era simpático, aunque no estaba segura de que no estuviera, complicado en aquel asunto.

Sin embargo el hecho de que la encargaran a ella de su conquista, la hacía creer que podía afirmar que el General aún no había dado ningún paso que le comprometiera.

«En cuyo caso —pensó—, nada tendría que ver con la muerte de mi hermano... Pero hay que seguir hasta que esta mujer me ponga en comunicación con los verdaderos jefes, con el artífice de esta tela de araña... Y eso ocurrirá cuando tengan en mi absoluta confianza...».

—Al aceptar el trabajo que me propusieron —contestó—, acepté también todos los riesgos... Y ahora, voy a retirarme. ¿Sale usted?

—Sí. Volveré tarde. No abra a nadie, si llamasen. Ni conteste al teléfono. Buenas tardes.

VII

John Price se ciñó la trinchera y se encasquetó el sombrero hasta los ojos.

Con un ademán de la mano derecha, se cercioró de que la gruesa cuerda de alpinismo, con garfio, quedaba bien ajustada a su cuerpo, por debajo de la americana, y luego probó a «sacar» la «Lugger» que llevaba en la pistolera de la axila izquierda. Todo estaba bien.

Se acercó a la puerta de su dormitorio y escuchó, cerciorándose de que su ama de llaves estaba en la cocina. Entonces se dirigió a la calle.

Antes de pisar la acera, miró a ambos lados, examinando las personas que en aquel momento pasaban. Eran pocas, y la obscuridad hacía que no se distinguieran bien. Paró un *taxi* que vio venía en su dirección, subió y le ordenó llevarle a Oxford Street. El «taxi» arrancó inmediatamente. Price vigiló por la ventanilla trasera espionando los coches que venían en su misma dirección. No vio ninguno; sin embargo, no abandonó sus precauciones. Al llegar a Piccadilly vio venir otro taxi desocupado en dirección contraria a la suya.

—Pare —ordenó a su chófer. Le echó una moneda de media corona y saltó en el acto del vehículo.

El otro «taxi» paró al ver su señal. Subió a él rápidamente, y le ordenó:

—¡Siga! ¡Rápido!

Durante un cuarto de hora le hizo dar vueltas por las callejas colindantes. Luego bajó, cruzó dos o tres calles a pie, y llamó otro coche.

—Vamos a Poplar —le ordenó.

A pesar de los cuidados que había tenido, no se confió a la suerte. Durante todo el trayecto estuvo vigilando los coches que se acercaban a él. Estaba completamente seguro de no haber sido

seguido, cuando llegó a la entrada del distrito de Poplar. Despidió al coche, y siguió andando.

Price abandonó la calle principal, y se internó en un dédalo de callejuelas sucias y malolientes.

Eran las diez de la noche cuando Price llegó al lugar donde se dirigía. Se ocultó contra una esquina, y esperó. Si sus sospechas no eran infundadas, pronto llegaría allí Sofía Ruska. Estaba ante la casa donde se detuviera el «Chevrolet» del comandante Burffit.

Los minutos pasaron lentos y largos, sin que en la estrecha calleja ni en la casa que Price vigilaba se advirtiera la menor señal de vida.

De repente, como si hubieran surgido junto a él, Price oyó distintamente el roce apagado de unos pasos. Sólo tuvo tiempo de incrustarse materialmente contra el rincón que le cobijaba, cuando apareció una sombra a pocos metros de distancia. No le era posible reconocerla en la obscuridad reinante; sólo distinguía la masa informe y desdibujada de una persona.

La sombra pasó solo dos metros de él, y cruzó la calleja en dirección a la casa que Price vigilaba. Un rastro de perfume francés le hizo, sin embargo, reconocer a la persona que había pasado.

Price sonrió en la sombra. Sofía Ruska se dirigía derecha hacia la puerta.

Apenas ella desapareció en el interior, Price abandonó las sombras que le protegían, y cruzó la calle, examinando la fachada del edificio. Tenía tres plantas y estaba flanqueado por otras dos de menor altura. Aguardó unos momentos, escuchando. Luego, se desabrochó la trinchera y extrajo la cuerda que llevaba enroscada a la cintura. Con un ágil y rápido movimiento, arrojó el gancho hacia un balcón. La cuerda quedó fija. La probó tirando y, viendo que estaba perfectamente sujeta, empezó a trepar hacia el balcón. Un momento después, se encontraba en el interior de la casa.

El silencio era total. Avanzó por el pasillo a que desembocaba el cuarto donde estaba, y llegó a una escalera. Con lentitud de animal en acecho, fue bajando escalón a escalón. Nada se oía. Sin embargo, estaba seguro de que era allí donde la polaca había entrado.

Entonces, una luz que vino de su lado derecho le demostró por qué estaba la casa tan silenciosa. Era una luz que se apagó al instante. Unas palabras llegaron a su oído. Eran palabras dichas con

tono truculento y malhumorado.

—Se ha retrasado usted.

Price reconoció a continuación la voz airada de Sofía Ruska.

—¡No se mezcle en mis asuntos!

Después, todo volvió a quedar silencioso.

Price anduvo en la dirección de donde había surgido la luz, y vio que se trataba de un patio, a cuyo lado opuesto, se abría una puerta de galpón. Sigilosamente cruzó el espacio claro, y probó la puerta. Estaba cerrada. Tanteó entonces una ventana vecina, y comprobó que cedía.

Con infinita precaución, la fue empujando pulgada a pulgada. La vieja madera chirrió un momento, haciendo que Price detuviera su giro y llevara la mano a la sobaquera. Pero nadie había oído el ruido, que en la quietud de la noche parecía estruendoso.

Un poco más, y tuvo abierto el hueco necesario para entrar. Cabalgó sobre el alféizar, y se descolgó por el interior del galpón. Nuevamente escuchó, sin que a sus oídos llegara el mínimo rumor. Avanzó paso a paso, llegó al recodo de un pasillo. Allí se detuvo. Por debajo de una puerta, se filtraba la raya amarillenta de una luz producida por una bombilla de poca potencia.

Un trozo del piso de madera crujió al pasar él por encima. Price ahogó una maldición, y quedó quieto. Pero nadie acudió a ver qué era. Siguió avanzando y llegó junto a la puerta. Del interior le llegó claramente la voz de Sofía Ruska.

—... y no he logrado convencerle para que me lo entregue a mí.

—¿Cree usted que sospecha algo?

—Esta tarde estuvo un poco extraño. Parecía como si hubiera despertado en él el sentido de la valentía... Pero eso es sólo debido a que ha olfateado peligro. Su cualidad más sobresaliente es la avaricia. Lo hará todo por dinero. Gasta mucho, y no tiene sentido para jugar. Cada noche pierde un montón de libras en la ruleta.

—Pero ¿por qué su empeña en conocer al jefe?

Price notó un acento especial en aquella voz. Desde luego, no pertenecía a un extranjero a juicio del capitán, pero era de una corrección inusitada. Parecía que su dueño hubiera tomado lecciones de declamación.

—Yo creo que se debe a que tiene miedo de que los agentes subalternos puedan comprometerle con alguna indiscreción. Y

también por vanidad, por verse a sí mismo muy importante.

—Ya... —contestó otra voz de hombre—. Ya... Más, ¿para qué desean ustedes que él les dé esos informes? Yo puedo dárselos más tarde...

Price aguzó el oído. Era indudable que allí se encontraba el agente al servicio del espionaje extranjero, que tenía acceso a la «Banshee». La voz correcta, carraspeó una risita que sonó de manera metálica e hiriente.

—Pero usted aun no nos ha suministrado los planos.

—Ya... No es posible... Halliwell no confía en nadie, después del asunto del teniente Sidney... Ya... Espero conseguirlo después de la prueba.

—Hasta ahora, no nos ha entregado usted nada específicamente importante. ¿En que confía para poder conseguirlo después de las pruebas?

—Veremos... veremos... Ya... Halliwell tiene que ser relevado... Ya... veremos...

Hubo un período de silencio, durante el cual Price no pudo saber qué ocurría. Luego sonó nuevamente la voz desconocida, que parecía tartamudear.

—Ya... ya... Veremos... ¡Le aseguro que veremos! Ya... No tardaré en lograr eso.

—No es usted lo bastante rápido. Está usted perdiendo eficiencia.... —Las palabras, que no perdían su corrección, sonaban extrañamente amenazadoras—. Necesitamos esos informes. Y los necesitamos de prisa.

La voz desconocida pareció suspirar.

—Ya... veremos...

—¿Qué debo hacer con el capitán? —interrumpió la voz de Sofía.

—No se le puede presentar al jefe —contestó la voz correcta—. Pero dígame usted que yo soy el jefe. Le daré las instrucciones necesarias.

Una voz que hasta entonces no había sonado, intervino ahora.

—Me parece demasiado arriesgado eso, Tainov. Ustedes dicen que se trata de un hombre medio afeminado, sólo preocupado con sus frascos de colonia y sus trajes, y aficionado al juego y al *whisky*. Pero yo le trato todos los días y tengo otra manera de pensar. Me

parece un hombre temible. No he visto en nadie mayor seguridad de sí mismo ni más aplomo. Y puedo asegurarle que es fuerte y rápido, además de poseer una inteligencia despierta. No comprendo de dónde han sacado ustedes esa versión de él, que a mi juicio no le corresponde.

La breve risita de Sofía Ruska llegó a oídos de Price.

—Usted tiene miedo.

Price sabía a quién pertenecía la voz del hombre que había hablado. Evocó la figura corpulenta y sanguínea del comandante Burffit.

Éste debió hacer caso omiso de las palabras de Sofía Ruska, porque siguió como si la polaca no hubiera hablado.

—Es completamente innecesario conceder a ese hombre tanta beligerancia. Si realmente es como ustedes afirman, poco provecho podrán sacar de él. Si es como yo digo, puede ser muy valioso... «si es amigo nuestro...». Pero ¿y si se convierte en nuestro enemigo?

—¿Hizo usted lo que le ordenamos, respecto a la documentación?

—Sí. Le entregué toda la documentación secreta que tengo en mi poder, referente al «F5H-5».

Y se lo he comunicado al Mayor General Halliwell.

—¿Cuántas personas están enteradas de que el capitán Price conoce esos datos?

—El Mayor General, su ayudante el General Massingham, y yo. Es de suponer que el Mayor General Halliwell lo habrá comunicado al Estado Mayor.

—Si el capitán nos perjudica, nos bastará hacer públicos algunos de esos informes para que corra la suerte de su predecesor, el teniente Sidney. Ya ve que no tenemos por qué preocuparnos.

—Pero no comprendo qué utilidad puede reportar la información que adquieran por vía del capitán.

—Ya... Eso mismo decía yo.

Price comprendió que el silencio que siguió estaba lleno con la expectación causada por el hombre de la voz correcta. Sus palabras cayeron una a una en aquella reunión.

—El capitán Price debe comprometerse con nosotros poco a poco. Los informes que nos dé mañana, sólo tienen como objeto que

él se sienta muy comprometido. Entonces, le pediremos otra cosa.

—¿Ya...? ¿Qué cosa?

—Saldrá en nuevas pruebas... ¡Y volará hasta Lvov con el «Banshee F5H-5»!

Un denso silencio siguió a las palabras de Stanislaw Tainov. Luego, la voz de la polaca se escuchó casi admirativa.

—Entonces, ¿a qué hora...?

Pero otro ruido hizo que Price perdiera las últimas palabras pronunciadas por la mujer. Era un ruido inconfundible de pasos de hombre, que se acercaban en la oscuridad.

Apenas tuvo tiempo de retirarse rápidamente de la puerta, y arrinconarse contra el vano de la escalera.

La sombra del hombre se recortó cerca de él. Y Price pudo apreciar que se trataba de un verdadero gigante. El hombre pasaba de largo, cuando algo llamó su atención.

Price siguió la dirección de sus miradas: La hoja de madera de la ventana por donde él había penetrado allí, se bamboleaba impulsada por la brisa de la noche, y golpeaba isócronamente contra el marco.

El gigantón quedó parado, mirando la hoja de la ventana como si no comprendiera lo que ocurría, como si estuviera presenciando algo sobrenatural. Luego giró sobre sí mismo, escrutando las tinieblas del vestíbulo del pasillo.

Price empuñó su «Lugger», dispuesto a disparar. Maldecía la coincidencia que había hecho al gigantón descubrir el lugar por donde él entrara. Tenía casi la suerte en la mano después de escuchar la conversación en que intervinieran los distintos personajes de aquella banda de espías, pero si llegaban a descubrir que sus acuerdos habían sido oídos por un extraño, tomarían en el acto medidas nuevas. Todo lo que había ganado, se perdería en el mismo instante en que su índice derecho se cerrase sobre el gatillo de la «Lugger».

Pero no había opción. También todo estaría perdido si se dejaba atrapar.

El mastodonte, como si le viera a través de las tinieblas, avanzó derecho hacia el lugar donde Price se encontraba.

Sin precipitarse, lentamente, el capitán levantó el cañón de su

arma, y apuntó al corazón. Su dedo comenzó lentamente recorrer el camino de muerte.

Un paso más, y él gigante se encontró a tres metros escasos de distancia del capitán Price. Su pie volvió a avanzar en la misma dirección.

John Price sintió que el gatillo de su arma cedía bajo la presión de su dedo. Una milésima de milímetro más. Y un mensaje de plomo se clavaría en el corazón de aquel hombre.

La contraventana golpeó contra el marco, produciendo un sordo ruido. El gigantón volvió la cabeza en aquella dirección, y se detuvo.

Aquello le salvó la vida. Girando bruscamente, se alejó en dirección a la ventana, y la cerró.

Antes de que concluyera la operación, John Price llegaba al otro extremo del pasillo y subía por la escalera.

Desde una de las ventanas se asomó, y vio una solitaria calleja. A sus pies había una puerta. Por allí fue, indudablemente, por donde habían salido el comandante Burffit y su acompañante, el día que él los siguió. Pero Price no podía marcharse por el mismo camino. La cuerda que le había servido para trepar y que había dejado para salir por el mismo medio, no podía ser abandonada en un lugar donde forzosamente la descubrirían. Retrocedió, buscando las ventanas opuestas.

Cuando se asomó por una de ellas, pudo reconocer el patio que había cruzado al llegar. A un lado, la tapia mostraba un saliente formado por dos filas de ladrillos que unían la edificación posterior con la de la fachada, mediante una tapia.

Price no titubeó. Le pareció aquel mismo camino más seguro que bajar de nuevo, arriesgándose a ser definitivamente descubierto por el hombrachón. Salió por la ventana, y caminó sobre el borde de la tapia, a uno de cuyos lados estaba el patio y al otro la pared medianera de la casa vecina.

Gracias a su práctica de alpinista consumado, caminar por el estrecho y resbaladizo sendero que el borde de la tapia ofrecía, no constituyó obstáculo para el capitán Price. En unos segundos, estaba en el otro lado y penetraba por una de las ventanas.

Rápidamente cruzó aquella parte del edificio, y llegó al balcón donde dejará la cuerda. No se oía ningún ruido. Como una sombra

fantasmal, se descolgó resbalando por el cabo de escalar, y se encontró en el suelo. Con un ondeo, agitó la cuerda formando un seno, y el garfio se desprendió del balcón.

Unos segundos después, la sombra de un hombre con la trinchera ceñida y el sombrero calado hasta los ojos, se perdía en la tétrica obscuridad de la sucia y maloliente callejuela.

Anduvo durante cerca de una hora dando rodeos...

Miró el reloj. Eran las dos de la madrugada, y al día siguiente tenía que volar en prueba a las diez. Pensó que aún tenía tiempo para realizar lo que deseaba.

«Con cuatro o cinco horas que duerma, será suficiente», se dijo tomando el camino de la residencia de *Sir* Archibald Newton.

Cuando llegó, tenía la seguridad de no ser visto por nadie. El fresco de la madrugada barría las calles desiertas. Entró en el portal, apoyó el dedo en el timbre, y lo sostuvo así sin levantarlo.

Por fin oyó mil reniegos en el interior, y los pasos de una persona que corría a abrir.

—¡No son horas de despertar a nadie! ¡Márchese!

—Abra inmediatamente, y anuncie a *Sir* Archibald que no hay tiempo de ir a Combe Lane. Dígale eso. ¡Vamos, abra!

El mayordomo comprendió que no debía juzgar a aquel extraño visitante por las ropas que llevaba. Lo imperioso de su voz le demostraba que se trataba de alguien acostumbrado a ser obedecido. Con gesto poco amistoso, obedeció sin embargo, y Price entró.

—Dígale eso: que no pude ir a Combe Lane.

Escasamente dos minutos después, el mayordomo apareció de nuevo.

—El señor le espera.

Price le siguió. *Sir* Archibald se acababa de arrojar del lecho, y le aguardaba vestido con una bata.

—¿Qué ocurre?

—Todo va bien —contestó—. Sólo que las cosas se han amontonado, y no podía ir mañana a Combe Lane, aunque tengo algo importante que comunicarle. En primer lugar, anote esto en la memoria: El comandante jefe de la sala de pruebas, comandante Burffit, está vendido a los espías extranjeros.

—¡Imposible!

Price sonrió enigmáticamente.

—Es él uno de los que les entregan mayor cantidad de informes, y la cabeza del espionaje extranjero dentro de la fábrica «Banshee». Hay otro personaje, pero aun no le conozco. Sin embargo, le reconoceré en cuanto le eche la vista encima.

—¡Pero si es increíble!

—Siempre parecen increíbles las cosas que se descubren en estos casos. La polaca Ruska, que aparentemente no tiene más ocupación que acudir de vez en cuando a alguna exposición, es otra de las piezas. Y con ella, ¡trabaja la hermana del teniente Sidney! Un verdadero «congreso» de gentes de la buena sociedad... —añadió irónicamente—. Pero he venido a otra cosa más importante: Mañana, mejor dicho, hoy y a las diez, probaré un «Banshee F5H-5».

En cuanto acabe, debo entregar toda la información que adquiera a uno de los personajes más importantes del grupo de espionaje. Ellos quieren hacerme creer que se trata del jefe, pero sé que no es así. Trabajan con la mayor habilidad. El jefe de esta banda debe ser hombre de extraordinaria sangre fría y cerebro claro. Su plan es el siguiente: Me comprometen hasta que yo comprenda que no tengo salida. Y entonces, ¡me ordenan que me escape con el «F5H-5»

y lo entregue en Rusia! ¿Qué le parece?

Sir Archibald Newton estaba asombrado de la banda que combatían.

—El comandante Burffit —dijo— era uno de los elementos más valiosos durante la pasada guerra.

—Sigue siendo valioso..., pero para ellos.

—¿Qué se propone usted hacer, capitán?

—Voy a seguirles el juego: Mañana les entregaré los informes que desean, cosa que no necesitan, porque el comandante Burffit se los entregará después. Por lo tanto, he de darles todo con arreglo a la verdad. Eso les hará tener confianza en mí. Espero de esa manera llegar a conocer al verdadero jefe, y conseguir pruebas indiscutibles contra el comandante Burffit y contra los otros personajes que he oído hablar, pero no he visto todavía. Después, los cogeremos a todos en una redada. En previsión de lo que a mí pueda sucederme, y por si me viera obligado a «escaparme» con el avión, es necesario

—recalcó— «que en un fuselaje perteneciente al moderno “Banshee F5H-5”,
instalen motores anticuados». De esa manera, si he de escapar con el avión, «me llevaré un modelo que ya no tiene ningún interés».

—Pero el comandante se dará cuenta.

—Deben montarlo en otra fábrica. Y me esperará en un lugar donde yo pueda aterrizar con el aparato auténtico, y cambiarlo.

—¿Dónde?

—Deme un mapa de las Islas.

Esperó a que *Sir* Archibald trajera del gabinete vecino lo que le pidiera, y lo abrió.

Al sur de la península de Cornualles, señaló una larga extensión de playa.

—Aquí. La prueba definitiva creo que será dentro de una semana, a más tardar. Es preciso que para entonces todo esté dispuesto. Usted deberá estar al corriente, por si yo no puedo avisarle. Si salgo a hacer la prueba definitiva, «estaré en esa playa un cuarto de hora después de despegar en los terrenos de la “Banshee”». Eso es todo.

Los dos hombres se estrecharon la mano, y se despidieron. Una hora después, el capitán John Price, agente secreto del «Intelligence Service», dormía plácidamente en su casa.

VIII

Estaba solitario, posado en mitad del camino. Los rayos del sol, aún demasiado oblicuos, arrancaban reflejos plateados a su morro de lisa estructura aerodinámica. Los depósitos de combustible situados en el extremo de cada ala, le daban un aspecto de bólico marciano, mientras su cerrada carlinga transparente, que apenas sobresalía de la esbelta línea del fuselaje, parecía el casco de un guerrero llegado de algún planeta desconocido.

Los soldados que, bayoneta calada, hacían guardia custodiando aquella personificación de la genialidad y de la potencia humana, permanecían a trescientos pies de distancia formando un cerrado rectángulo, y nadie se veía en las proximidades de la poderosa máquina.

Del grupo de técnicos que apareció procedente de los pabellones, destacaron solamente cinco, que marcharon directamente hacia el magnífico avión de combate, atravesando el campo.

Al pie del aparato, se detuvieron.

—No saldrá usted del radio visual del campo, capitán —ordenó el Mayor General Halliwell—. Y en todo momento se mantendrá en contacto directo radiofónico con nosotros. Ya ha examinado usted las líneas trazadas en la pista. Debe remontarse antes de tocar la segunda. Tiene una longitud de despegue de trescientos cincuenta pies de longitud. Los datos secretos de que le he hablado, sólo debe comunicármelos a mí, en presencia del comandante jefe de la sala de pruebas, y del coronel Birkett.

—Creo que el capitán está perfectamente enterado —intervino el General Massingham—. ¿Necesita alguna aclaración?

—Ninguna, señor —contestó Price.

—El coronel Birkett, que hasta aquel momento había permanecido callado, hizo un gesto con la mano.

—Ya...

Price sintió que una sacudida le recorría el cuerpo. Se volvió al coronel.

—¿Decía usted algo, señor?

—Oh, nada... Es una costumbre... Ya... Tendrá usted éxito.

Price se volvió lentamente, y se asió al estribo del avión. El paracaídas, tirando de la mochila, pesadamente, le obligó a hacer un esfuerzo para izarse.

—Estoy dispuesto para despegar.

Los cuatro hombres se separaron quedando a un lado, mientras Price ponía los dos motores en marcha, y empezaba a rodar hacia el límite de despegue.

El rugido de las dos turbinas ensordecía a los militares, que se retiraron hacia la torre de mando.

Vieron al hermoso aparato deslizarse barriendo el suelo con la potencia del chorro de sus motores.

El Mayor General Halliwell tomó el micrófono.

—Avisé cuando esté en línea —ordenó.

—En línea —contestó, a los pocos segundos, la voz de Price.

El Mayor General consultó su cronómetro. La aguja avanzó batiendo segundo a segundo, mientras Helliwell contaba. En el momento de pisar el minuto exacto, el Mayor General ordenó:

—¡Ahead!

El bólido, como si obedeciese a un conjuro, rugió lanzando llamaradas de fuego y chorros de blanco humo, y se lanzó hacia adelante impetuosamente.

El estruendo de sus motores fue en *crescendo*. Parecía que se obstinaba en pegarse al suelo todo lo posible, como si le doliera alejarse de la tierra. Pero de repente, como si una fuerza arrolladora e irresistible le expulsara de la superficie, salió rugiente hacia el cielo, ascendiendo vertical como un cohete.

—¿Qué espacio?

—Despegó antes de llegar al límite, señor. Trescientos pies.

—¡Siempre sostuve que podía hacerse! —exclamó el General Halliwell—. Esta vez vamos a ver de qué es capaz este avión.

Durante un cuarto de hora, todos los concurrentes permanecieron con la vista clavada en el potente avión que hacía las pruebas ordenadas, con facilidad, sin ningún esfuerzo.

Una a una, el general Massingham iba tachándolas de un cuaderno de apuntes, conforme el piloto las realizaba.

—Han concluido, señor —dijo al Mayor General.

Éste volvió a tomar el micrófono, como si despertase de un sueño.

—Creo que está conseguido —afirmó—. Oiga, «Banshee», «Banshee»... de Campo. Conteste.

—«Banshee» contesta —respondió la voz del capitán, hablando por los auriculares.

—Baje.

El avión se dobló sobre el ala de babor y resbaló de costado de cola al viento, pasando el campo en vuelo bajo. Cuando llegó a la altura del grupo de militares que presenciaban la prueba, fue como una centella que brilla y desaparece súbitamente. Sólo tardó unos segundos en alcanzar el extremo de seguridad. Nuevamente se ladeó sobre un ala y, regresando de morro al viento, se lanzó suave y veloz sobre la pista.

El capitán Price saltó a tierra, al tiempo que un piquete de soldados llegaba junto al avión, montando inmediatamente su guardia. Rodeado del General Massingham y del comandante y el coronel, acompañó a su despacho al Mayor General Halliwell. Allí empezó a informar, al tiempo que el general Massingham contrastaba sus declaraciones con las notas tomadas en los puestos de observación.

—He alcanzado un techo de

54 000

pies —empezó el capitán—. La velocidad en horizontal ha rebasado algo las setecientas millas, y en el picado el registro de velocidad máxima ha marcado novecientos ochenta. A

50 000

pies, el avión se sostenía con igual seguridad que en las capas más densas de junto a la tierra, y los dos motores mezclaban si en el menor contratiempo, chupando la cantidad suficiente de oxígeno. A

54 000

pies, el motor de babor rateó unos segundos, y luego siguió funcionando con toda regularidad. La temperatura de las alas subió a sesenta y dos grados centígrados con la fricción, pero el ruido del aire al ser hendido era silbante y suave, sin choques. En todo

momento, el avión se sujetó perfectamente a los mandos con un ángulo mínimo de derrape. Es todo lo que puedo decirles.

—¿Tiene alguna objeción o alguna observación que hacer, comandante? —preguntó el General Massingham.

—Está bien. Concuerda con mis suposiciones, y con las observaciones hechas desde tierra contestó el aludido. —Miraremos el motor de babor—. Se volvió hacia el coronel Birkett: —Tendré necesidad de los planos, señor.

—Ya... —contestó. Y volviéndose hacia el Mayor General; añadió—: Será preciso que dé usted la orden de que se me entreguen.

—Bien. Lo haremos así. Tendrá que estar todo listo para la demostración que haremos ante el Estado Mayor, dentro de quince días. Haga el favor de entregar los planos al coronel Birkett, Massingham. Usted, capitán, puede retirarse a descansar. Le avisaremos mañana. Buenos días.

El capitán Price saludó, y salió del despacho. Un momento después salía de los terrenos de la «Banshee» y subía a su «Peugeot», conduciendo hacia su casa. Esperaba cambiarse de ropa antes de visitar a Sofía Ruska.

Mientras conducía, las palabras del comandante Burffit pidiendo los planos para repasar el motor que había rateado, se repetían en su cerebro machaconamente. Había algo en ellas que le sugería sospechas insistentes.

«Pero no necesitan los planos para nada, si creen que yo les voy a hacer entrega del avión», se dijo a sí mismo.

Llegó a su casa y subió las escaleras, abriendo con su llavín. El ama de llaves le oyó, y salió a su encuentro.

—Hay una señorita esperándole, señor. Hace unos minutos que ha llegado.

—¿Ha dicho su nombre? —preguntó Price, suponiendo que sería la polaca.

—No, señor. Dijo que era una amiga del señor.

—Bien, voy a ver quién es.

Entró en la pequeña sala de estar, que casi nunca utilizaba, y se quedó mirando extrañado a la mujer que estaba sentada en la semipenumbra de la habitación.

El rostro de Price se ensombreció. No sabía por qué, aquella

mujer le inspiraba más desprecio que Sofía Ruska y todos sus secuaces. Pensando que probablemente hubiera podido probar la inocencia del teniente Sidney, y que en vez de ello estaba vendida también a los espías extranjeros, John Price sentía deseos de maltratar a aquella joven, que con aquel rostro radiante de maravillosa belleza y aquellos ojos limpios y grandes, era capaz de las más bajas traiciones contra su país y contra su sangre.

Secamente, sin una sonrisa, saludó a su visitante.

—Buenos días, *Miss Sidney*. Espero que me explique a qué se debe su visita... que lamento decir que no es enteramente agradable para mí.

Los claros ojos de la muchacha relampaguearon despectivos.

—Tampoco para mí lo es, señor —contestó, casi con violencia— pero ambos trabajamos para los mismos jefes, y he venido obedeciendo órdenes de ellos.

—Pues cuanto antes me las diga, más pronto podremos poner fin a nuestro respectivo disgusto de vernos.

—Desgraciadamente, he de acompañarle.

—Tenía entendido que iba a ver a *Miss Sofía Ruska*.

—Ella no puede atenderle. He de acompañarle yo para presentarle al jefe.

—Bien. Tardaré un minuto.

Y sin ninguna disculpa, la dejó sola, entrando en su dormitorio.

Apenas había transcurrido el minuto que dijo, cuando regresó.

—Podemos salir.

En la calle subieron al coche de Price y ella condujo hacia la dirección que el capitán ya conocía. Varias calles antes de llegar, June frenó.

—No podemos acercarnos llamando la atención con un coche a estas horas —le dijo—. Hemos de seguir a pie.

Descendieron, y siguieron caminando. Price veía de reojo a su acompañante, cuyo porte altivo y distante, parecía poner una valla entre ambos.

«Diríase que es ella quien tiene motivos para despreciarme a mí», pensó Price.

En realidad, aquélla era la impresión que la muchacha causaba. Pero el hecho de que él la hubiera tratado nada más verla con tanta violencia, le impedía pedir explicaciones.

Aquella vez llegaron a la casa, y entraron por la puerta.

Respondiendo a unos golpes dados por June en la puerta, ésta se abrió, y un gigantón musculoso, de rostro brutal, se asomó.

—Estamos citados.

—¡Ya lo sé! —Su contestación era grosera, como de persona que se considera muy por encima de los demás. Price pensó que aquello tenía que deberse a la seguridad del coloso de contar con la absoluta confianza de los jefes.

Entraron, reconociendo Price cada paso que daban. Al llegar a la puerta donde él estuviera escuchando la noche anterior, el gigante se detuvo, y dio unos golpes con los nudillos.

Una voz ordenó entrar. June y Price lo hicieron así, y se encontraron en una mísera estancia sin más mobiliario que una mesa de pino y media docena de sillas de madera. Junto a una ventana, un hombrecillo vestido de negro, les daba la espalda.

—Tenía usted muchos deseos de conocerme, por lo que me han contado, ¿no es así, capitán? —dijo sin volverse.

—Simplemente, cuando me entrego una operación peligrosa deseo tomar ciertas seguridades. No me gusta tratar con segundos.

—Pero es más peligroso aun tratar con jefes —respondió el hombrecillo, sin cambiar de postura.

Price había reconocido la voz educada y correcta que oyera la noche anterior. Pensó que es estaba ante una figura secundaria, a pesar de todo, pero no podía revelar sus pensamientos sin demostrar que estaba enterado de cosas que se suponía desconocía.

—Es cuestión de gustos. Yo lo prefiero. No confío en mujeres.

El hombrecillo dio media vuelta sobre sus talones, y se quedó mirando fijamente al capitán. Su rostro semejava el de un intelectual del pasado siglo, con su barbita puntiaguda y sus gafas de tremendos cristales.

—No tengo ningún inconveniente en que trate conmigo, pero antes deseaba saber hasta qué punto puedo confiar en usted. Le advierto, que en el lugar que usted ocupa, será conveniente para usted inspirarnos confianza.

Price adoptó un gesto de cínica bravuconería.

—Eso depende de cómo paguen.

El hombrecillo hizo un gesto que no se sabía si era una sonrisa o una mueca de crueldad.

—Pagamos bien a quien nos sirve con inteligencia. A los que flaquean, les pagamos de otra manera. En esta ocasión, quedará cancelado su pagaré de mil libras. Y como supongo que necesitará dinero, le daré una cantidad para sus aficiones. Espero el informe que debe rendirme.

Price se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, y sacó una estilográfica. Con la mayor inocencia, se acercó a la mesa y se sentó, cogiendo una hoja de papel. Con parsimonia, sin prisa, escribió en ella durante unos minutos. Al acabar se la tendió al hombre de la barba.

—No sé aún cómo se llama usted.

—Puede llamarme Tainov. Y tenga en cuenta que usted no me ha visto nunca —advirtió el hombre, cogiendo la hoja de papel.

En ella, de puño y letra del capitán, figuraban todos los datos exactos que un par de horas antes rindiera ante el Mayor General Halliwell.

Stanislao Tainov sonrió después de leerla.

—Muy bien, capitán —dijo con maquiavélica sonrisa—. Desde este momento se convierte usted en persona de toda mi confianza...

Sacó la cartera y depositó el informe escrito por Price. Luego sacó un fajo de billetes.

—Aquí tiene —añadió, entregándoselo—. Debe usted quedar a mis órdenes. Y obedecerlas aunque se las envíe por medio de... alguna mujer. Buenos días.

El capitán quedó un instante titubeando.

—¿Tiene algo más que decir?

—No... Nada... Buenos días —contestó Price, dirigiéndose a la puerta seguido por June—. Buenos días...

Durante el viaje de regreso en el coche, June y Price guardaron silencio obstinadamente.

June sentía un profundo desprecio por aquel hombre que estafaba la confianza que millones de compatriotas habían puesto en él. Y le dolía más, indignándola, que su desvergüenza llegara al extremo de no mostrar el menor signo de nerviosismo o preocupación. Miraba de reojo las facciones correctas y varoniles del hombre, pensando el contraste que ofrecía y la virilidad de su rostro y de su cuerpo flexible y atlético, con su alma encanallada.

Price conducía, esquivando maquinalmente los vehículos o

peatones que se cruzaban. Había esperado una proposición de escapar con el aparato, y no había llegado. Había esperado también encontrarse con otra clase de hombre enfrente de él, en vez de aquel viejo con aspecto de intelectual trasnochado. Por un momento no había sabido qué hacer. Necesitaba pruebas contra el comandante y contra el coronel. No era suficiente detener a aquel hombre vestido de negro y a Sofía Ruska o a la muchacha que le acompañaba en aquellos momentos.

¡Sintió odio hacia ella! Era hermosa, de rasgos purísimos que hacían presentir un alma fuerte y templada, incapaz de mancha..., pero él «sabía» quién era realmente...

—¿Dónde piensa usted bajar?

—Debe llevarme a casa de Sofía Ruska. No hemos de separarnos hasta encontrarnos con ella. Ha de darnos instrucciones.

Fueron las únicas palabras que entre ellos se cruzaron hasta la llegada. Sofía Ruska les estaba esperando.

—Siéntate un momento —pidió—. He de atender a este señor, que me ha comprado un lienzo.

Price miró sin interés al señor aludido. Era un hombre bien vestido, con aspecto de italiano. Examinaba un cuadro representando la cabeza de un niño junto con la de un perro «spaniel».

—Me lo llevaré yo mismo —decía—. No quiero exponerme a que un mozo haga algún arañazo en la tela.

Esperaron unos minutos hasta que el hombre se despidió.

—De vez en cuando —comentó Sofía— llega uno de estos señores y me compra un cuadro. No sé de dónde salen. Pero esto lo debo a las exposiciones.

—¿Vendió ya aquel retrato de una mujer? ¿No lo titulaba así? Me refiero al que exponía en la sala Balfour...

Sofía no respondió a la pregunta. Miró a la muchacha de una manera enigmática, y comentó simplemente:

—Tiene usted buena memoria... ¿Está usted satisfecho de su entrevista, capitán?

Price se encogió de hombros.

—Si es eso todo, resulta fácil. Pero no me explico por qué tardan y se debaten así para conseguir algo que les interesa, y que es fácil lograr.

—¿Y qué es?

El acento incisivo de Sofía no amedrentó a Price, que haciendo un gesto dedicado a expresar que su deducción era de sentido común, respondió:

—El «Banshee
F5H-5»,
por supuesto.

—¿Y cree usted fácil conseguirlo?

—Si me dan cien mil libras, yo se lo entregaré a un piloto destacado por ellos. Dentro de quince días son las pruebas definitivas. Puedo llevarlo a una playa y cederlo a otro piloto. Yo desaparecería. Eso no es difícil.

June sintió que la sangre se le encendía en las venas. Calló, disimulando sus sentimientos.

—¿Y por qué entregárselo a otro piloto? —preguntó Sofía—. Es más fácil que usted mismo lo conduzca hasta Rusia.

Price soltó una carcajada.

—Ése no seré yo —contestó con cínica vulgaridad—. No me meteré yo detrás del «telón». ¿Quién podría garantizarme que no me iban a pagar en plomo, en vez de hacerlo en buenos billetes de a libra?

—Es usted desconfiado...

Sofía Ruska le miraba ardientemente a los ojos, con la boca entreabierta. Un gesto de sus pestañas señaló a June, que presenciaba la escena. Price sonrió demostrando que había comprendido, y que no había más remedio que resignarse. Se calló.

—Lo pondré en conocimiento del jefe —dijo Sofía—. Tal vez acepte su propuesta.

Price se levantó.

—Si la acepta, comuníquemelo —dijo, desperezándose descaradamente—. Ahora me voy a dormir. Pero que tenga en cuenta que toda posibilidad caduca dentro de quince días, en cuanto se hayan hecho los vuelos de prueba.

Su desenfado desapareció cuando miró a June. Sintió que la belleza de la joven era como un insulto personal.

«Nació para ángel y se convirtió en... en...». Hizo callar a su pensamiento. No encontraba el calificativo que expresara debidamente el sordo desprecio que sentía dentro de sí por aquella

mujer de blonda melena y grandes ojos claros.

IX

El coronel Birkett hizo una pausa en su conversación, y respiró nerviosamente.

—Ya... —prosiguió—. Recibí los planos del General Massingham, y se los entregué al comandante Burffit. Él debía haber sacado fotografías, pero no lo ha hecho.

—No era posible —intervino el comandante—. El Mayor General Halliwell entraba en mi despacho cada diez minutos. No podía hacer la instalación necesaria para iluminar los originales lo suficiente. Mientras Halliwell permanezca en su despacho, no será posible copiar los planos. Necesitaríamos un pase para poder entrar de noche en la fábrica.

Stanislao Tainov les escuchaba. Su voz fue extrañamente suave y acariciadora.

—Si ustedes han fracasado, ¿por qué se oponen a que el capitán Price ponga en práctica su idea de entregarnos el avión?

—No hemos fracasado —contestó el comandante con violencia—. Sólo necesitamos una oportunidad para hacernos con esos planos. Necesitamos un pretexto para pasar una noche en la «Banshee». Lo encontraremos. Podemos demostrar que necesitamos trabajar durante la noche a fin de tenerlo todo listo para pasado mañana. Ya he insinuado algo sobre ello al General Massingham. En cuanto a escapar con el avión, no podrá hacerse mientras Halliwell sea el jefe de la «Banshee».

—Ya... —Así es— apoyó el coronel Birkett. —No es posible sorprender la vigilancia de Halliwell. Siempre está alerta y no confía en nadie.

—Si es tan desconfiado —objetó Tainov— difícilmente les entregará una autorización para que pasen ustedes solos la noche en la «Banshee». Suponiendo que lo conceda, no dejará de establecer una vigilancia. La idea de escapar con el aparato me parece mejor,

ahora que contamos con el capitán.

—¿Ha sido él quién ha sugerido esa solución? —preguntó el comandante airadamente.

—Era eso lo que pensábamos hacer, ¿no? Parece que no es una idea tan extraordinaria, cuando también se le ha ocurrido al capitán.

—Pero no contábamos con las órdenes posteriores de Halliwell —interrumpió el comandante—. El «F5H -5» no llevará combustible más que para una hora de vuelo. Así lo ha ordenado Halliwell.

La fisonomía de Tainov cambió imperceptiblemente, haciéndose más astuta y cruel.

—El capitán no opina así —contestó suavemente—. Él afirma que podrá llevar el avión a cualquier playa de Inglaterra que nosotros le digamos.

—¡Eso es falso!

—¡Ya!... ¡Es falso! —coreó el coronel—. La única solución es lograr los planos durante el tiempo suficiente para fotografiarlos. Eso lo haremos gracias a mí.

—Según sus declaraciones, puedo pensar dos cosas —contestó Tainov lentamente, mirándoles con fijeza—. Una, que ustedes están mal informados... Otra, que el capitán trata de engañarme. ¿Por cuál de ellas les parece que debo decidirme?

Los dos militares quedaron un instante callados. Por fin, el coronel, empezó a hablar.

—Si usted insinúa que le estamos mintiendo, está equivocado. Ya... ¿Por qué le habíamos de mentir? Hacemos lo que está a nuestro alcance. El capitán no me inspira confianza.

—El capitán es un hombre ambicioso e insubstancial, que está enormemente comprometido. Podemos mandarle al campo de ejecución cuando queramos, y él lo sabe. Por otra parte, también sabe que no le pagaremos hasta que haya hecho el servicio.

—Si piensa que no decimos la verdad, puede salir de dudas inmediatamente —intervino el comandante sombrío—: Llame al capitán, a ver si sostiene delante de nosotros que puede llevar el avión donde dice.

Stanislao Tainov sonrió levemente.

—¿Un careo? —preguntó con ironía—. Bien, ¿por qué no?

Cogió una campanilla de cobre que tenía sobre la mesa, y la sacudió. Al momento se oyeron pisadas fuera, y en seguida apareció el gigante que tenían de portero y guardián.

—Espera —ordenó Tainov, marcando un número en el teléfono—. ¿Miss Ruska? —preguntó—. Llame al capitán. No. Mande a buscarlo. Debe venir inmediatamente. Le espero durante una hora. —Colgó el teléfono, y se volvió al mastodonte que aguardaba mirándole sin ninguna muestra de inteligencia en su rostro salvaje—. ¿Has oído, Andrei? Vendrán dentro de una hora.

Andrei hizo una seña de asentimiento, y se retiró murmurando:

—Esperaremos señores.

Cumpliendo órdenes de Sofía Ruska, June Sidney salió de la casa y se dirigió a la del capitán Price. Llevaba ya más de un mes al servicio de la banda de espías, y aun no había conseguido hallar ninguna pista que la pusiera en condiciones de desenmascarar a los culpables, demostrando su crimen de lesa traición. A pesar de toda su voluntad, empezaba a sentir el cansancio de la desesperanza. Era verdad que había llegado a conocer al jefe de la banda y a alguno de los principales agentes extranjeros, pero carecía de la menor prueba contra ellos. Nadie la creería si se presentase diciendo que Stanislaw Tainov, el conocido novelista exilado, y Sofía Ruska, una de las artistas más conocidas en Londres, eran en realidad los dirigentes de una banda de espías al servicio de una potencia extranjera. A pesar de saberlo ella, nada podía hacer contra los enemigos de su patria. Tampoco podía hacer nada contra el odioso capitán Price, aunque había sido testigo de su ofrecimiento de escapar con el avión. No bastaban las palabras. No era suficiente decir: «Yo lo he oído». Era necesario mostrar pruebas.

Cuando llegó a casa del capitán, le encontró vistiéndose de etiqueta.

—Puede usted cambiar de ropa —le dijo—. El jefe le espera. No quiere telefonarle él mismo, ni que le telefoneen de casa de Miss Ruska, para evitar que nadie le relacione con ellos. Debe usted acompañarme en el acto.

—Bien —contestó él, con ligereza—. Un momento.

Entró en su dormitorio, y echó el pestillo. Suponía que le llamaban para ponerse de acuerdo sobre el plan propuesto, pero no obstante tomó la precaución de armarse. Se colgó la pistolera en el

sobaco, y se vistió encima la chaqueta del «*smoking*».

—Podemos marcharnos —dijo, poniéndose el negro sombrero—. No conviene hacer esperar demasiado a los amos del dinero.

La respuesta de June fue un gesto de insultante desprecio.

—No creo que sea usted la más indicada para indignarse conmigo —se burló Price—. Cuando una mujer se alía con los hombres que mandaron a su hermano a la muerte, creo que no tiene derecho a ofenderse por nada.

Los ojos claros de June brillaron furiosamente.

Tuvo que dominarse para no expresar la intensa repugnancia que aquel hombre le inspiraba. A pesar de su esfuerzo, una palabra se escapó de sus labios:

—¡Cobarde traidor!

Price se sobresaltó. Un matiz nuevo, desconocido para él, acababa de brotar de las palabras de June. Sentándose junto a ella en el coche, murmuró:

—Si no es usted tonta, está loca. Esas palabras pueden ser suficientes para mandarla a la muerte.

June se mordió los labios. Le parecía que se había descubierto, y que aquel hombre la entregaría en cuanto llegaran al cuartel general del jefe. En un momento, había echado a rodar sus esfuerzos de un mes.

Abandonaron el auto, y siguieron a pie. Después de atravesar la primera edificación y trasponer el patio, penetraron en el recinto posterior, guiados por el gigante que hacía de portero.

—Usted espere —ordenó éste a June.

June miró a Price casi suplicame, encontrándose con una mirada que no supo interpretar. Le pareció que los ojos de Price estaban cargados al mismo tiempo de desprecio y de un matiz consolador. Creyó leer en ellos: «No te descubriré, pero no mereces ninguna consideración».

Un instante después, la puerta se cerraba tras el capitán, y ella quedaba esperando angustiosamente el resultado de la entrevista.

June Sidney hizo un esfuerzo para dominar sus nervios, y poco a poco fue consiguiendo serenarse.

«Pronto sabré lo que me espera», se dijo. Y aguardó, llenándose de valentía.

Por vez primera, el capitán John Price del «Intelligence Service»,

se encontró cara a cara con el comandante Burffit y con el coronel Birkett, sin que éstos disimularan sus actividades de espionaje.

Hizo una mueca de extrañeza.

—Ya... No esperaba usted encontrarnos a nosotros, ¿verdad?

Price sonrió con desparpajo.

—No... Aunque no me extraña de verle, coronel. Lo que me extraña —añadió, dirigiéndose a Tainov— es que me pidieran a mí unos informes que tan fácilmente podían conseguir por otro medio, por medio del comandante o del coronel... quizá por a medio del mismo Mayor General...

—No le he llamado para que me explique lo que le extraña —contestó Tainov—. Lo que tiene que explicarnos es otra cosa. Usted afirmó que puede entregarnos el

«F5H-5»

cuando salga para hacer las pruebas definitivas, pasado mañana. ¿Sigue afirmando lo mismo?

Price miró a los dos militares que permanecían allí sentados, observándole en silencio. Algo le avisó de que eran dos enemigos en el terreno que estaba pisando. Su cabeza discurría rápidamente.

«No me ordena que lo haga, como yo esperaba —pensó—. Me pregunta si puedo hacerlo... Y estos dos traidores están esperando mi respuesta...».

—El general Halliwell ha ordenado que pongan combustible para tres horas. Puedo volar dos mil millas. Me parece fácil hacer lo que propuse.

—¿Está usted seguro de, que tendrá combustible para ese tiempo? —preguntó Tainov.

Price advirtió que las miradas del pseudo escritor iban de él a los dos militares que permanecían sentados a un lado del destartado cuarto.

—Así me lo ha comunicado.

El coronel pareció no poder aguantar más.

—¡Tendrá usted combustible para una hora solamente! —aulló colérico—. El general Massingham personalmente me lo ha comunicado, y asistirá él mismo a la carga de consumo. No tendrá ni una gota más de gasolina.

Se encogió de hombros, desdeñosamente.

No comprendo qué interés han podido tener en darme informes

falsos —exclamó—. De todos modos, son setecientas millas. Puedo llevarle a cualquier lugar de Inglaterra.

—¡Pero no puede aterrizar en Inglaterra! —saltó, encolerizado, el comandante—. ¡Usted mejor que nadie lo sabe! En el momento que usted esté volando, no habrá un solo aeródromo en el Reino Unido que no tenga algún avión preparado para cualquier eventualidad. Además, no existe ninguna playa donde no puedan acudir de tierra en menos de un cuarto de hora. ¿Puede en ese tiempo transportar el avión a un lugar seguro, a un barco, por ejemplo?

—El comandante se asusta en seguida —repuso insolentemente—. Si las cosas se hacen bien, todo resultará fácil. —Se volvió a Tainov y le contempló casi con altanería—: ¿Es usted el jefe?

La pregunta cogió por sorpresa a Tainov, que tardó una fracción de segundo en rehacerse.

—No trate de ganar tiempo, amiguito —contestó, con arrastrante corrección gramatical—. Más vale que explique satisfactoriamente por qué nos propone un plan, a sabiendas de que es irrealizable.

—¡Usted no es el jefe! —exclamó Price, insultantemente.



—¡Usted no es el jefe! ¡Le falta inteligencia!

Se daba cuenta de que iba a ser acorralado. Maquinalmente, se retiró hacia la pared, al tiempo que fingiendo un ademán nervioso, contrajo imperceptiblemente el brazo izquierdo, echando hacia delante la pistolera.

—¡Le falta inteligencia!

A su lado, la voz del comandante sonó contenidamente airada.

—A usted le sobra audacia, pero le falta previsión. Será mejor que no intente salir de aquí.

Había llevado la mano a la pistolera de su cinturón, donde colgaba una automática de reglamento, mientras el coronel, separándose hacia otro lado, hacia lo mismo.

Price los vigilaba atentamente de soslayo, sin perder uno solo de sus movimientos, aunque aparentemente tenía los ojos clavados en los lentes de Tainov.

—Diga a esos estúpidos que anden con cuidado —silabeó—. Es con usted con quien tengo que hablar..., pero no me gusta que se lleven las manos a la pistolera, mientras doy explicaciones.

—Es eso lo que estamos esperando, querido capitán —contestó Tainov, con untuosa suavidad—: explicaciones. Usted sabe que no puede escapar con el avión. ¿Por qué, entonces, lo proponía?

Price sonrió desdeñosamente.

—Ya le he dicho que no tiene usted pasta de jefe. De lo contrario, habría comprendido que aun así, hay una solución muy sencilla.

—¿Y cuál es, ya que usted parece tan cargado de ideas?

—El comandante afirma que no hay tiempo en un cuarto de hora para transportar el
«F5H-5»

a bordo de un buque. ¿No se le ocurre que eso es innecesario?

—Pero hay que sacar de Inglaterra el aparato...

—Sitúe cinco toneladas de petróleo en una playa, y tenga aguardando una bomba para rellenar los depósitos del avión. Yo aterrizo, y cargan los tanques. ¿Cuánto tiempo se necesita para eso?

La expresión de Tainov cambió en el acto. Su rostro se volvió cargado de obscura cólera hacia el coronel.

—¿Qué contestan a eso?

Un penoso silencio siguió a su pregunta. Después, la voz del comandante le dio la respuesta.

—Ya no hay tiempo para eso.

Price aspiró hondamente por la nariz. El momento peligroso había sido salvado. Ahora las tornas habían cambiado. Con insultante risa llenó el silencio que nuevamente se había hecho.

—Les avisé con quince días de anticipación... Más vale que no

se entere el jefe, amigo Tainov: lo pasaría usted mal.

—¡Yo soy el jefe!

—¿Usted...? Déjeme que le diga que por algún tiempo así lo creí, pero ahora veo que usted es sólo un testaferro.

La faz del hombrecillo se volvió más obscura y verdosa.

—Le conviene tener cuidado con lo que dice, capitán —silabeó. Su voz acababa de perder su correcta pronunciación, sonando con un claro acento eslavo.

—A usted le conviene tener cuidado con lo que hace... y con lo que no hace por falta de inteligencia —contestó Price desdeñosamente—. Los errores suelen pagarse con la vida...

Stanislao Tainov pareció querer destrozarle con la fuerza de sus ojos.

—Escuche bien, capitán —dijo, recuperando su singular corrección de tono—: el jefe soy yo. ¡Para usted, el jefe soy yo! ¡Y no lo olvide! ¡Tenga en cuenta que los olvidos «también» se pagan con la vida!

Una mueca cínica de Price fue su única respuesta momentánea. Luego, adelantando un paso, murmuró indolentemente:

—Bien... Puesto que han desaprovechado esta oportunidad, creo que puedo marcharme... Si me necesitan, me avisan.

—¡Usted se irá cuando se lo ordene!

Price se detuvo junto a la puerta, y se volvió a Tainov, cruzándose de brazos indolentemente.

—No me gusta perder el tiempo...

Pareció que Stanislao Tainov vencía algo dentro de sí mismo. Su rostro, que reflejaba cólera y deseos homicidas, cambió recuperando su habitual expresión. Sus labios se distendieron en una sonrisa.

—Siéntese, capitán. Y dejémonos de seguir perdiendo ese tiempo que a usted no le gusta malgastar.

Ustedes, señores, han cometido un grave error. Llevamos varios meses tras esos planos, y siempre ha ocurrido algo que les ha impedido a ustedes hacerse con ellos. Ahora tenemos la ocasión de apoderarnos de un avión construido, y ustedes hacen que no se aproveche. Son muchas equivocaciones, y, como ha dicho el capitán, las equivocaciones en este oficio se pagan con la vida.

Hizo una pausa examinando burlonamente al comandante y al

coronel, que permanecían callados, y continuó:

—Hay ahora otra oportunidad. Es preciso que no la estropeen. ¿Comprenden? Porque es la «ultima» que tienen ustedes... Pasado mañana, el avión sale en prueba definitiva. Por lo tanto, les retirarán a ustedes los planos. «¡Es preciso que esta misma noche queden fotografiados!».

—Eso no será posible mientras el general Helliwell esté en disposición de vigilar personalmente las investigaciones.

Tainov le miró extrañamente. Su tono se hizo lentísimo, como si pretendiera dar una lección difícil a un párvulo retrasado:

—Hagan que el Mayor general les entregue el pase autorizándoles a trabajar esta noche —dijo—. Helliwell «no» les molestará. De eso me encargo yo.

Price comprendió en el acto lo que las palabras de Tainov significaban. También el comandante y el coronel debieron comprenderlo, pues la expresión de sus rostros se hizo hierática, rígida.

—¿Quiere usted decir...?

—Quiero decir que esta noche podrán trabajar ustedes a sus anchas. Antes de que amanezca, quiero tener esos planos en mi poder. Hasta las diez de la noche tienen ustedes tiempo de conseguir la autorización de Helliwell para entrar en la «Banshee» de noche. Después de esa hora, yo me encargo de él. En cuanto tengan ustedes los clichés, vendrán a entregármelos. Eso es todo. Buenas noches, señores. Usted quédese, capitán.

Tainov agitó la campanilla, y Andrei se presentó.

—Estos señores van a salir, Andrei. *Miss* Sidney no debe verlos.

Andrei contestó con un monosílabo, y se retiró. Un instante después volvía a introducir su cabeza por la abertura de la puerta.

—Ya pueden salir.

El comandante y el coronel se levantaron, y salieron. Price advirtió la intensa palidez que cubría sus semblantes.

Tainov esperó hasta que Andrei regresó.

—Haz entrar a *miss* Sidney —le ordenó.

Cuando June entró, Tainov la hizo sentarse frente a él, de manera que la macilenta luz de la bombilla daba en pleno rostro a la muchacha.

—Usted se hizo muy amiga del Mayor General Helliwell,

¿verdad? Hasta creo que se van a casar ustedes.

—Somos amigos, pero no vamos a casarnos —contestó June—. Me lo pidió, pero le contesté que lo sentía mucho, que no me era posible.

—¿Y por qué no le es posible? ¿Acaso ama a otra persona?

Price advirtió que la muchacha se ponía roja de indignación ante la intromisión del polaco en su intimidad.

—¡No estoy enamorada de nadie! —exclamó con violencia—. Por eso no puedo casarme con el general Helliwell: porque tampoco estoy enamorada de él.

—Es natural —concedió Tainov, con acento paternal—. El general es demasiado viejo para una joven como usted. Y yo, que amo la juventud, celebro que usted no esté enamorada de él. Eso facilita nuestra labor. Usted debe seguir siendo amiga suya.

—Ésas son las instrucciones que tengo de Sofía Ruska.

—Sí, sí, muy bien... Esta misma noche es necesario que usted salga con él. Va a telefonearle ahora —dijo, descolgando el teléfono y empezando a marcar un número—. Le dirá usted que precisa verle. Arrégleselas como sea, pero «tiene» que quedar citada con él esta noche a las diez y cuarto. Son ahora las nueve. Quede citada en Penguín Street, esquina a Folk Street. Diga que le necesita imperiosamente.

Acabó de marcar el número, y escuchó.

—Tenga —dijo, tendiéndola el aparato—. Hable.

June dirigió una mirada a Price, que lo observaba con gesto indiferente.

—Deseo hablar con el Mayor General Helliwell. De parte de *miss* June S. Day... Sí..., bien, espero.

Aguardó unos instantes, y sonrió al escuchar una voz al teléfono.

—¿El Mayor General Helliwell? Buenas noches... Soy June... —rió al escuchar algo al otro lado de la línea, y tomó de nuevo la palabra—. ¡Tengo una imperiosa necesidad de verle a usted esta noche! ¡Me ocurre algo desesperante, y he pensado que usted podría ayudarme, si quisiera...! ¿Sí...? ¡Oh, no! No puedo decírselo por teléfono... ¡Hay tanta gente aquí!... No, no; ahora mismo... Dentro de una hora. Pero quizá tenía usted que hacer algo urgente... ¿Nada? ¿De verdad...? No me perdonaría que por mi culpa perdiese usted... No, no... Creo que será mejor que no

venga... He hecho una locura llamándole... ¿Sí? ¡Oh, es usted tan amable, general...! Sin embargo, he sido una egoísta molestándole... ¡Pero es usted el único amigo verdadero que tengo! ¡Por eso le he llamado! ¡En cuanto me he visto en un apuro, he pensado! «¡Sólo el general Helliwell puede ayudarme!». Mas ahora estoy arrepentida... No, no quiero que venga...

Escuchó unos segundos, y volvió a hablar:

—Es que no me acostumbro... Tal vez más adelante deje de llamarle general y le llame por su nombre de pila, pero ahora... es demasiado pronto... ¿De verdad que no le molestará venir a buscarme?

Rió por el teléfono, escuchando, y contestó:

—No, a casa no... Es algo que sólo deseo que sepa usted... Le esperaré a las diez y cuarto en Penguin Street, esquina a Folk Street... ¿Le parece raro el sitio? Es que he de estar cerca de ese lugar un poco antes... ¿No faltará? ¡Le esperaré hasta que llegue! ¡Estaré en la calle aguardándole hasta el momento en que usted haga su aparición, lo mismo si llega puntual, que si se retrasa mucho! Ya sé que a veces —¡demasiadas veces!— está usted tan ocupado... Bien. Ahora cuelgo... ¡A las diez y cuarto! ¡Le esperaré hasta que llegue!

Escuchó aún un instante, y se despidió:

—Hasta luego... —Ya se había separado el micro de la boca, y se lo tendía a Tainov.

De sus labios había desaparecido toda huella de sonrisa. Vio en el rostro de Tainov un gesto de satisfacción admiración, y en el de Price una mueca de desprecio y asco. June se mordió los labios, guardando silencio.

—Ha estado usted muy bien, *miss* Sidney —aprobó Tainov—. Ahora puede usted esperar aquí hasta la hora de la cita. Nosotros la llevaremos un poco antes. —Se levantó, y ordenó a Price: —Sígueme, haga el favor.

Durante un largo rato, June permaneció sola en la habitación. Después entraron nuevamente Tainov y Price, y se sentaron en silencio.

June advirtió que la expresión de Price era hondamente preocupada, denotando que pensaba en algo que no era su agrado y que no podía evitar. Así pasó más de media hora. Eran las diez

menos diez minutos cuando el teléfono sonó.

Tainov lo cogió en el acto, y escuchó.

—Todo está arreglado aquí —dijo una voz al otro lado—. Tenemos los permisos para entrar de noche. No estaba muy contento de darlos, pero le hemos hecho ver que era imprescindible.

—Enterado. Trabajen con tranquilidad. Y no vengan aquí, sino al Alephi.

Tainov colgó el auricular, y miró la hora.

—Vamos —dijo, poniéndose en pie.

En el pasillo se les reunió Andrei, que caminó con ellos.

—Todos están esperando —anunció, dirigiéndose a Tainov. Éste respondió con un asentimiento de cabeza, y siguió hacia la salida. En la puerta de la construcción exterior se detuvieron, y Tainov volvió a mirar la hora. Los cuatro personajes permanecieron junto a la puerta, sin pronunciar una palabra ni hacer un movimiento.

—Cuando salgamos —dijo—, usted, *miss* Sidney, entrará en el acto en el coche que habrá ante la puerta. Usted, capitán, subirá al coche que quedará detrás. Tú también, Andrei.

Miró de nuevo la hora, y ya no separó los ojos de la esfera. Eran las diez menos tres minutos.

—No olvide mis instrucciones, capitán. Todo ha de salir conforme le he dicho. Sería muy peligroso para usted cometer una distracción. Las diez.

En aquel preciso instante se escuchó el ruido silencioso de un automóvil deteniéndose. Tainov corrió el cerrojo, abriendo.

—Salgan.

Él se quedó dentro, mirando a los tres que salían.

June subió en el acto al coche, que ya tenía abierta la portezuela, esperándola, mientras Price y Andrei lo hacían en otro detenido detrás. Los dos autos se pusieron en marcha inmediatamente, sin perder un solo segundo. Entonces, Tainov cerró la puerta y se volvió al interior.

X

En la sala de su residencia, el Mayor General Helliwell paseaba inquieto sobre la espesa alfombra.

—¡Maldita coincidencia! —renegó en voz alta, mirando el reloj—. ¡Pero no puedo dejar a esa muchacha esperándome indefinidamente en mitad de la calle! ¡Y qué calles! ¿Cómo demonios se le habrá ocurrido citarme en semejante sitio?

No abrigaba la menor sospecha de que el comandante o coronel fueran capaces de ninguna distracción que comprometiera el secreto de los trabajos efectuados; pero Helliwell no estaba tranquilo más que cuando él personalmente atendía a todo.

Pensó llegar a la cita, tomar a la muchacha en su coche, y partir inmediatamente para la «Banshee», apenas se disculpara con ella.

Unos minutos después se dirigía hacia la esquina de Penguin y Folk Streets atravesando los barrios residenciales hacia los bajos fondos londinenses.

Antes de detenerse su coche, la vio parada en la esquina, cerca de un farol.

—Buenas noches, *Miss June* —saludó—. La ruego que venga conmigo. Desgraciadamente, ha surgido algo muy urgente que he de atender.

Había bajado del coche, y estaba apenas a dos metros de distancia de él. En el momento que se volvía cogiendo a June del brazo para cederla el paso, un objeto duro y rígido se hundió en su espalda.

—No se mueva, general. Sentiría tener que matarlo.

Maquinalmente, el general echó mano al cinturón de cuero donde solía llevar la pistola. Una breve carcajada del hombre que le cubría le recordó que iba desarmado.

—Es lo primero que he mirado, general. Vamos, camine. Usted acompañenos —añadió, dirigiéndose a la muchacha.

Fue entonces cuando el general pareció recordar que ella estaba allí. Sus ojos se hundieron fijamente en las pupilas gris-verdosas de June.

—¿Es usted inglesa? —preguntó lentamente. Y June sintió como si le cruzara la cara con un látigo.

Helliwell caminó hacia la esquina opuesta, donde acababa de aparecer otro coche.

—Todo bien —indicó uno de los hombres, conduciendo al chófer—. Tú, Nick, llévate el coche del general, y arrójalo al Támesis. Los demás, a los autos.

Un momento después no quedaba rastro de ellos en el cruce de las dos calles.

Price contempló la escena. Veía a Andrei con los ojos fijos en el general, lleno de ansias homicidas y contenido solamente por la orden de Stanislao Tainov. Otros cinco hombres de aspecto sanguíneo y violento, permanecían de pie, haciendo corro alrededor de los prisioneros. Sólo el pequeño hombrecillo de la barba puntiaguda dominaba los deseos de aquella gente de acabar con el general y con su chófer.

Price sacó un cigarrillo de su pitillera, y lo encendió parsimoniosamente. Cambiándola de sitio, se la guardó en el bolsillo interior izquierdo de su *smoking*, palpando la *Lugger* que tenía bajo la axila. Se sintió más tranquilo.

Cachazudamente empezó a fumar. Sentía los nervios en tensión, y no sabía cómo se las podría arreglar para desenredar aquel embrollo. Eran siete hombres armados y una mujer contra él, aunque la mujer estaba tan atemorizada, que no había por qué contarla. Y aun llegarían el comandante y el coronel.

—¿No le parece que tardan mucho? —preguntó—. Tal vez sería preferible que saliera y me acercara hasta la «Banshee» a ver qué ocurre...

Tainov le lanzó una seca mirada llena de sospechas.

—De aquí no sale nadie.

Price se encogió de hombros desdeñosamente.

—Sin embargo, ha podido ocurrirles algún contratiempo.

No obtuvo respuesta. El grupo siguió silencioso. Los ojos del general se abrieron, encontrándose con los de Price, que le observaban serios e inexpresivos.

Pareció que al general le iba a dar una congestión. Su rostro se encendió, enrojecido por la ira.

—¡Canalla!

Price no respondió. Aspiró ostentosamente una bocanada de humo y la arrojó hacia el techo de la habitación.

—No gaste usted fuerzas, Helliwell —contestó Tainov—. Las va a necesitar para morir decentemente.

La atmósfera de la habitación se hizo más pesada, casi tangible. Por un momento, Price creyó que June iba a desmayarse.

—¿Lo va a matar? —susurró.

No obtuvo respuesta. En aquel momento sonó el timbre del teléfono, y Tainov corrió hacia él.

—Tainov.

—Aquí Ruska. Estoy sin noticias.

—Espere y no vuelva a llamar.

Se volvió hacia Andrei, y se le quedó mirando casi con cariño.

—Hay que acercarse a la «Banshee», a ver si todo está en calma —dijo—. Sólo a ver si está en calma, sin hacer nada. —Titubeó, y se volvió al general, sonriendo—. Usted nos está estorbando mucho, general.

—Déjemelo a mí.

Todos miraron al hombretón que había hablado. Su rostro, parecido al de Andrei por su brutalidad, denotaba, sin embargo, una inteligencia más despierta.

—Adelante...

Price se apoyó contra la pared. Veía que todo se iba a ir a rodar por falta de unos pocos minutos. No podía permitir que asesinara al general, aunque para ello tuviera que comprometer el éxito de su empresa. Lentamente llevó la mano a la pistolera del sobaco.

Los cinco pistoleros de Tainov hicieron el mismo movimiento instintivo de echarse hacia delante, pero Andrei se les adelantó.

—¡Es para mí! —barbotó, deteniendo a los demás—. Yo no necesito armas...

Con las terribles manos de orangután abiertas, se aproximó al general, que hizo un violento esfuerzo para mirar cara a cara al enorme gorila. Amarrado y arrojado al suelo, el militar no podía hacer un solo movimiento de defensa.

—¡Canallas cobardes! —Escupió—. ¡Podéis asesinarme, pero

vosotros caeréis!

Andrei se inclinó sobre el cuerpo inmóvil del Mayor General Helliwell y extendió sus potentes manazas.

Con un hondo respirar, Price sacó su *Lugger*. Nadie le miraba, pendientes todos de los movimientos del gigante. Price se arrinconó procurando tener a todos enfrente, y cubrió con el cañón de su arma la espalda del coloso.

Y en aquel instante, cuando se disponía a intervenir, una voz casi ahogada pero firme y resuelta, una voz de mujer, detuvo la acción.

—¡Al que se mueva lo mato!

Andrei y los cinco pistoleros quedaron paralizados por la sorpresa. El tremendo y brutal gigantón quedó con las manos extendidas en el aire, incapaz de todo movimiento, mientras los otros cinco miraban como sugestionados la pistola con que June les encañonaba.

Price sostenía la suya empuñada, sin que nadie lo advirtiera. De repente, todo el desprecio que sentía por aquella muchacha de frágil y esbelto tipo y de grandes ojos claros, se trocó en admiración. La vio, sola, desafiar impávida las iras de Andrei, de los cinco pistoleros, de Stanislao Tainov..., y las de él mismo, puesto que ella le creía un enemigo.

Una apagada sonrisa voló por los labios de Price cuando oyó a Tainov encararse con June.

—¿Se ha vuelto usted loca? No vienen bien esa clase de bromas.

—No es ninguna broma... y si lo duda, intente sacar un arma o hacer un solo movimiento.

Reaccionando rabiosamente, Andrei se encaró con ella, acortando paso a paso la distancia que le separaba de la muchacha. Su rostro bestial reflejaba bien claramente sus canallescas intenciones.

—Lo voy a matar, Andrei —musitó June—. Deténgase..., es mejor.

—¡Quítale el arma! —rugió Tainov—. ¡Desarmar a esa estúpida!

La masa de los cinco pistoleros se puso tras Andrei, avanzando hacia ella, que paso a paso retrocedió hacia el rincón opuesto.

June levantó el cañón de su arma dispuesta a vender cara su vida. Aquello era mejor que permitir que asesinaran cobardemente

a un hombre maniatado.

Andrei adelantó el paso que había de ponerle al alcance de June, y alargó sus potentes brazos.

En ese momento sonó un disparo. El brazo derecho de Andrei, roto por el hombro, colgó inerte hacia el suelo, y June, asombrada, levantó la cabeza, mirando frente a ella.

De la *Lugger* de Price se escapaba un fino hilillo de humo.

—Al siguiente lo mataré —dijo lentamente—. Pónganse en ese rincón...; todos menos usted, Tainov. A usted lo quiero cerca de mí.

Rápidamente, uno de los pistoleros llevó su mano a la axila, intentando «sacar». Fue su último movimiento. La *Lugger* escupió plomo, enviando al corazón del bandido su mensaje de muerte.

—Los demás, de espaldas a la pared —ordenó Price.

—¡Traidor! —rugió Tainov—. Esto lo vas a pagar. ¡Te arrancaré la piel a tiras! ¡No conseguirás burlarte de mí! ¡Y a tu amiga la he de descuartizar viva!

Un manotazo de Price le hizo callar.

—Pero hasta que eso llegue, será mejor que guarde silencio. Póngase a mi lado, *miss* Sidney.

Andrei se sujetó el brazo, mordiendo su rabia y su impotencia, mientras los cuatro hombres que quedaban obedecían el mandato de Price.

—¡Levanten las manos! ¡Más altas!

Rápidamente acogotó a Tainov y se lo colocó de escudo.

—Y ahora, sin volverse, vayan dejando caer al suelo su «artillería». Usted, *miss* Sidney, desate al general y al chófer.

Stanislao Tainov, echando espuma de rabia por la boca, se agitaba entre los poderosos brazos de Price como un ser histérico e impotente.

—¡He de verte pidiéndome que te mate por lástima!

Price sonrió sin dejar de vigilar los movimientos de sus adversarios, que se iban soltando las sobaqueras y las dejaban caer al suelo.

El timbre del teléfono sonó, y Price hizo un movimiento para acercarse a él. Andrei lo advirtió y, rápido como un relámpago, se lanzó sobre el capitán. La *Lugger* hizo fuego en el acto, pero era demasiado tarde. El gigantón cayó muerto con la cabeza atravesada por un balazo, pero los cuatro hombres restantes se echaron encima

de Price formando un montón.

—¡Matadlo! —rugió Tainov—. ¡Matadlo! ¡Reventadle los pulmones! ¡Que no se escape!

Price lanzó un tremendo derechazo al estómago del más cercano, haciéndole doblarse en dos, mientras su pie se estrellaba destructoramente contra el vientre de un segundo.

—¡Escape! ¡Deje ahora al general! ¡Escape! ¡Vaya a Scotland Yard! —gritó Price a la muchacha.

Ella, interrumpida a medio cortar las ligaduras del General, rodó al suelo de un golpe furioso que uno de los pistoleros le asestó. Se levantó, dispuesta a luchar. Era imposible utilizar las armas sin correr el riesgo de herir a Price, pero enarbolando una silla la estrelló contra el cráneo de uno de los bandidos. El hombre hizo una contracción antes de caer de espaldas al suelo. Pero se incorporó antes de perder el sentido, y se lanzó como una fiera sobre ella.

Su manaza tremenda se levantó para castigar a la mujer. No llegó a caer: con la potencia de un zarpazo, Price se la sujetó, torciéndola hacia atrás. El hueso crujió, astillándose, y el bandido, levantado en vilo se estrelló contra la pared quedando examine en el suelo.

Price se levantó de un salto, dispuesto a dar cara a los dos pistoleros que quedaban. Miró a June, viéndola con un revólver en la mano mirando muy asombrada al hombre que acababa de matar. Price obró rápidamente, lanzándose contra los dos pistoleros que quedaban en pie: pero éstos, acorralados, volvieron la espalda, lanzándose hacia la puerta. Price los persiguió por el oscuro pasillo, tratando en vano de darles alcance.

Cuando llegó tras ellos a la parte trasera de la casa, una granizada de balas le detuvo. Dio un salto hacia atrás, al tiempo que un potente coche pasaba junto a él lanzado a toda velocidad por la estrecha y oscura calleja. Price miró a un lado, viendo abierta la puerta de un garaje. Se dirigió a ella corriendo agazapado, pero apenas asomó, una nueva salva de disparos le saludó. Dio un brinco de costado, aplastándose contra la pared. Oyó una serie de disparos, y otro coche surgió del garaje lanzado a toda velocidad.

Price comprendió que se le habían escapado. Volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en la casa por la parte trasera. Cuando llegó

al cuarto que sirviera de escenario a la batalla sostenida contra Tainov y sus secuaces, el general y su chófer estaban ya desatados, mirando con estupor los cadáveres de cuatro hombres que yacían en el suelo.

—¿Por qué han hecho esto? —quiso saber el general—. ¿Por qué primero me asaltan en la calle y me secuestran, y luego defienden mi vida exponiendo la suya?

—No es éste el momento de dar explicaciones, general —contestó Price—. Hemos de ir inmediatamente a la «Banshee». El comandante Burffit y el coronel Birkett están fotografiando todos los planos del «F5H-5»

para entregárselos al jefe de la banda de espías. No hay tiempo que perder. ¡Vamos!

—Telefonaré a la «Banshee» para que detengan a esos dos hombres —rugió el general, yendo hacia el teléfono.

—No puede hacerlo —contestó Price, mostrándole el cordón del teléfono cortado—. Mire lo que ha hecho Tainov antes de escaparse como una rata cobarde. Vamos inmediatamente. Necesitamos encontrar un coche.

Price cogió del brazo a June sin ninguna contemplación, y la hizo caminar delante de él.

—¡Nunca debió usted mezclarse en este asunto! —le dijo, conforme caminaban—. Consiguió usted engañarme: siempre creí que era usted cómplice de esta banda de asesinos.

June sonrió levemente, volviendo a él sus ojos.

—También usted consiguió engañarme a mí —repuso—. ¡Cómo le odiaba, creyendo que estaba vendiendo a su patria!

Las cuatro personas corrían por la oscura calle buscando otra más concurrida donde pudieran hallar un «taxi».

—Vengan por aquí: —ordenó Price—. Por este lado patrullan a veces coches de la policía.

Corrieron hacia donde Price decía. Los disparos no debían haber sido oídos por nadie, o bien no les habían querido hacer caso, pues todo el barrio seguía callado y silencioso, como si nada hubiera ocurrido.

Al doblar una esquina, June vio la luz de un «taxi».

—Allí —gritó—. ¡Un coche vacío!

Corrieron hacia él y subieron.

—Déjeme el volante, amigo —ordenó Price—. Llevamos mucha prisa. Y no se preocupe por su coche; se lo devolveremos intacto. Aquí tiene donde debe ir a reclamar.

Antes de que el chófer pudiera iniciar sus protestas, ya Price le había hecho bajar y había ocupado su puesto. El chófer quedó asombrado, demasiado sorprendido para poder reaccionar, viendo cómo el *taxi* se alejaba. Entonces salió gritando detrás de él, hasta que lo perdió de vista. Miró la tarjeta que le habían puesto en la mano y echó una maldición: era un trozo de papel en blanco.

XI

El potente foco daba de lleno sobre los planos de los motores, sumiendo en total obscuridad el resto de la sala.

Como espectros misteriosos los motores desmontados y el fuselaje del gran

«F5H-5»

destacaban confusamente entre las sombras, mientras junto a la mesa, apenas visibles por los rayos de luz que escapaban a la pantalla, el comandante y el coronel trabajaban sin descanso, concluyendo de tomar las fotografías de los planos.

Durante largo intervalo, ambos hombres manipularon sin pronunciar una palabra. Al cabo de un rato, el coronel puso su mano izquierda bajo el círculo luminoso, y miró la hora en el reloj de pulsera.

—Ya... —murmuró—. Hemos acabado... Hay que marcharse en seguida.

Sin una sola palabra de respuesta, las manos del comandante manipularon rápidamente, volviendo a doblar los planos y colocando cada cosa en su lugar.

—Cinco rollos... —murmuró—. Está la documentación completa. Tainov ha cumplido su palabra de retener al general.

Hubo un largo minuto de silencio, durante el cual los dos hombres recogieron la instalación efectuada para su trabajo fotográfico. La voz del coronel sonó opacamente en la obscuridad fantasmal.

—¿Cree usted que lo habrán matado?

—¡Hemos acabado! ¡Lo demás no nos importa! ¡Vamos!

Se alejaron por el patio descubierto, en dirección a la salida de los terrenos.

Los dos hombres sintieron acelerarse los latidos de su corazón. Les parecía mentira haber coronado tan fácilmente aquella empresa

que parecía mayor que sus fuerzas; pero allí, a sólo unos metros de distancia, estaba la valla, y al otro lado les aguardaba su coche.

El comandante se llevó maquinalmente la mano al lugar del pecho donde había guardado los cinco rollos de película fotográfica. Allí estaban, dando la sensación de abultar terriblemente. Por un momento pensó que el centinela iba a adivinar lo que él ocultaba y le pondría la bayoneta en el pecho, mientras su mano avezada montaba el cerrojo de su fusil. Sus sienes latían violentamente cuando se acercó a la puerta y se detuvo ante el centinela.

—Aquí tiene la autorización del Mayor General Helliwell caducada —le dijo.

El soldado la cogió y saludó militarmente.

—Gracias, señor.

Ya estaba. Los últimos pasos que tuvieron que dar para llegar al coche, y los pocos segundos que éste tardó en arrancar, se hicieron terriblemente largos a ambos militares. Pero el motor zumbó, el comandante levantó el pie del embrague, y el «Chevrolet» se lanzó hacia delante. Apenas tomó la primera curva y se juzgó a cubierto de las miradas del centinela, el comandante Burffit hundió su pie en el acelerador.

Eran las dos y media de la madrugada cuando el centinela se echó el fusil a la cara quitando el seguro del cerrojo con un chasquido siniestro.

—¡Alto! —gritó—. ¿Quién va?

El destartelado coche que acababa de aparecer por el principio de la carretera, y que parecía ir a entrar directamente en los terrenos de la «Banshee», pegó un frenazo, y de él bajaron varias personas que el centinela no pudo distinguir.

—¡Alto, o disparo! —gritó de nuevo—. ¡Levanten las manos y den el santo y seña!

—Soy el Mayor General Helliwell —contestó una de las sombras—. Mande alguien a reconocernos. No pierda tiempo.

El cabo salió corriendo de la caseta, y se adelantó hacia ellos.

—A sus órdenes, señor —dijo, cuadrándose—. No suponíamos que fuera usted.

—¿Y el coronel Birkett y el comandante Burffit?

—¿Están dentro?

—Hace unos minutos que se marcharon, señor. Escasamente un

cuarto de hora.

—¡Necesitamos un coche! —exclamó Price—. ¡Y armas! ¿Podemos cogerlas aquí?

—¿Dónde está el oficial de guardia? —preguntó el general—. ¡Que venga inmediatamente!

—A sus órdenes, señor —dijo una sombra, surgiendo de la obscuridad.

—Necesitamos un camión. Y armas. Tomaremos cuatro hombres. Arréglese con el resto.

—Pero...

—¡Obedezca!

En unos minutos estaban armados y provistos de municiones subían a un camión militar y arrancaban.

El camión, conducido por un soldado, volaba sobre el asfalto en dirección a Londres.

—Al Adelphi House —ordenó Price.

Sofía Ruska se paseaba nerviosamente por la salita. Sus negros ojos fulguraban lanzando rayos, y su boca permanecía firmemente cerrada en una mueca de crueldad y de rabia.

—¡Nunca debió venir aquí! —reprochó, parándose ante Tainov—. ¡Son ustedes unos necios! ¡Dejarse derrotar por un hombre y una mujer! ¿Se da usted cuenta de lo que esto significa para usted? ¡Haré que lo condenen! ¡Pero antes le enseñaremos lo que se puede sufrir hasta llegar a morir!

—¡No he tenido la culpa! —exclamó Tainov. Toda su seguridad en sí mismo parecía haber desaparecido. Su barba temblaba, mientras sus ojillos miopes miraban huidizos.

—¡El que fracasa, siempre es culpable! —sentenció Sofía Ruska—. ¡Y usted ha fracasado!

—¡Todavía no! —aulló el hombrecillo—. Tienen que venir aquí con las fotografías de los planos.

En aquel momento sonó el teléfono, y Sofía lo cogió.

—Sí —dijo contestando—. Sofía Ruska.

Escuchó un rato lo que le decían del otro lado, y contestó:

—Enterada. —En el acto dejó el auricular sobre la horquilla, y se volvió a Tainov.

—El jefe —dijo concisamente—. Me ha dado órdenes para que asuma yo la dirección. Usted tendrá que obedecerme en lo sucesivo.

El hombrecillo pareció hacerse más pequeño en el sillón que ocupaba. Ya no imponía su aspecto de hombre sádico.

Sofía Ruska entró en el estudio, y volvió con un cuadro que dejó sobre una mesa. Era el «Retrato de una mujer», que había expuesto un mes antes en la Sala Balfour.

Durante un largo rato, las dos personas esperaron sentadas. Aguardaban con los nervios en tensión, escuchando expectantes.

El ruido de un coche frenando brutalmente llegó a sus oídos, y ambos se enderezaron en sus asientos.

—Son ellos —aseguró Tainov.

Sofía Ruska le contestó con una seca mirada. Con tranquilo ademán alcanzó el bolso que tenía sobre la mesita, y lo abrió. Dentro se oyó el chasquido de una automática al montarse. Dejó el bolso abierto sobre sus rodillas, y miró de nuevo a Tainov con fría expresión.

—En cuanto llamen, salga usted a abrir —ordenó.

Un minuto después sonó el timbre de la puerta. Tainov se puso en pie mirando a Sofía a través de sus lentes, estuvo un segundo parado, y se dirigió a la puerta.

Sofía Ruska metió entonces la mano derecha en el bolso, y aguardó sin moverse de su asiento.

Fuera se oyeron voces conversando en murmullos, una exclamación de Tainov, y la voz más dura del comandante. Sofía las reconoció, y sacó la mano del bolso.

—Buenas noches, señores —dijo secamente—. ¿Lo traen?

—Aquí está.

—¿Saben lo ocurrido?

—¿Qué ha ocurrido?

En la voz del coronel se notaba una aguda nota de alarma. Sofía ordenó callar a Tainov con una mirada.

—Nada. Entrégueme esos rollos. Traiga. ¿Cinco?

—Cada uno tiene sesenta fotografías —contestó el comandante.

—Está bien. Ustedes dos y usted, Tainov, pueden marcharse. Y tengan en cuenta esto: ustedes no han estado en mi casa desde hace casi un mes. No recuerdan exactamente la fecha, pero hace unos veinte o treinta días. Nada más. Ahora márchese inmediatamente. Espero una visita.

Tainov la miró a los ojos.

—Usted también debería venir.

La mirada de Sofía Ruska fue como un cuchillo que se clavó en la frente del polaco.

—Nos cogerían. Ha sido usted demasiado estúpido.

—¿Cogernos? —exclamó el coronel—. ¿Se sabe algo?

Sofía cogió los cinco rollos de película y los puso dentro de su bolso.

—Estamos descubiertos. Vendrán a detenernos en cualquier momento. Les aconsejo que desaparezcan cuanto antes.

Sus palabras eran concisas, cortantes.

—¿Qué podemos hacer?

—Marcharse.

Después de un segundo de titubeo, los tres hombres parecieron presas de una prisa frenética. Precipitadamente se dirigieron a la puerta. Sofía les oyó salir. Se levantó, fue hacia el cuadro que había sacado poco antes y estuvo manipulando en él un breve rato. Después lo cogió de nuevo, y lo restituyó a su sitio en el estudio. Tranquilamente se sentó en el diván, con el bolso al alcance de su mano. Sin moverse, cogió el teléfono y marcó un número.

—Necesito ayuda —dijo, apenas la contestaron—. He despachado a todos. Estoy sola. Vendrán a detenerme. Le interesa el «Retrato de una mujer». Es todo.

Una voz de hombre, reposada y enérgica, le respondió:

—Ya han salido mis hombres. Yo voy a ir con ellos. Llegaremos en unos pocos minutos. Defiéndase.

Sofía Ruska colgó el teléfono, y apagó la luz. Sus manos acariciaban el frío cañón de su pistola automática.

Al llegar a la calle, Tainov miró a ambos lados, espiando el terreno. No se veía a nadie. Sólo al final vio aparecer un camión que penetró a gran velocidad.

—Vamos —dijo, lanzándose hacia el coche, seguido de los dos militares—. Hemos de desaparecer. Yo tengo preparado un buen lugar.

Los tres hombres entraron en el auto, y arrancaron. Entonces ocurrió algo inesperado: el camión les pasó rugiendo, pegó un frenazo y se atravesó en la calle, cortándoles el paso.

De su caja saltaron varias soldados armados de fusiles, y de la cabina descendieron dos hombres.

El comandante Burffit comprendió en el acto. De un salto salió del coche y corrió en dirección opuesta, pegándose a la pared, mientras Tainov, dándose cuenta, sacaba una automática y disparaba sobre el soldado más próximo.

Una descarga de fusilería graneó, atravesando el parabrisas.

La automática de Price ladró en la noche. El coronel se llevó las manos al pecho bruscamente, y lanzó la cabeza hacia atrás, como si le faltase aire. En seguida, su cuerpo se ablando, perdiendo la fuerza que le sostenía, y se derrumbó interceptando la portezuela. Estaba muerto.

Rugiendo de rabia y de miedo. Tainov intentó saltar sobre él para alcanzar la calle.

—Arréglense con él —ordenó Price—. Yo voy por el otro.

Corrió tras el comandante, que huía calle abajo pegándose a la pared. Se dio cuenta de que le perseguían, y volviéndose hizo fuego dos veces.

Unos metros delante del comandante había un farol. Price se detuvo y esperó. Lentamente levantó el cañón de su arma, tomando puntería. El comandante llegó bajo la luz del farol; Price contuvo el aliento, enfocó la mira de su arma, y bajó el dedo, haciendo fuego.

Una pirueta mortal detuvo la huida del comandante. Se dobló hacia atrás llevándose las manos a la cintura, se tambaleó, y se derrumbó en el suelo.

—Vamos para arriba —ordenó Price—. Usted, cabo, registre a esos hombres, aunque no creo que lleven encima nada. Lo habrán dejado en lugar más seguro. De éste me encargo yo —dijo, descubriendo a Tainov.

Le registró meticulosamente, buscando los clichés inútilmente. Se incorporaba, cuando por la esquina entraron dos autos a toda marcha. Una ráfaga de ametralladora barrió la calle con su mortal tableteo, derribando a dos de los soldados.

Price vio a June titubeando, sin saber qué hacer. De un brinco se lanzó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo.

—¡A tierra! —rugió—. ¡No se mueva! ¡Péguese al suelo, junto al camión, y quédese quieta!

La muchacha cedió empujada por Price, que la obligó a aplastarse contra el arroyo.

Las ametralladoras seguían barriendo la calle, buscando víctimas

para sus ráfagas.

Price examinó el campo de batalla. Vio que los soldados, bien entrenados y veteranos, permanecían en el suelo sin moverse, ocultándose entre las sombras.

Price rodeó el camión. Enfrente estaban los dos coches, desde los cuales les barrían a tiros. Miró a sus enemigos, viendo que estaban bien cubiertos. Entonces se dio cuenta de que uno de ellos intentaba cogerles por la retaguardia.

Price detuvo su movimiento, aguardando. El pistolero se acercaba amartillando la pistola ametralladora. Era obvio que no le veía nadie. Tomando impulso, el pistolero corrió, cruzando la calle agazapado.

Un mensaje de plomo interrumpió su carrera. Dando una voltereta en el aire, cayó a tierra con el pecho atravesado, mientras su ametralladora salía despedida hacia Price.

De un formidable salto, Price la alcanzó en el aire y, sin detenerse, cruzó a su vez la calle.

La máquina que llevaba en las manos ladró furiosamente, sembrando la muerte entre sus atacantes.

Fue una tremenda matanza. Los pistoleros intentaron rodear el coche, pero en cuanto aparecieron por el otro lado, los soldados, como si obedeciesen una voz de mando, tranquilos y disciplinados, abrieron fuego.

Sólo uno de ellos, con sin igual fiereza y maldiciendo de rabia, se lanzó contra Price, escupiendo fuego por el cañón de su pistola-ametralladora. Price sintió en la carne la mordedura del plomo antes de que pudiera guarecerse contra el quicio de la puerta vecina.

Haciendo un tremendo esfuerzo, Price volvió a levantar la ametralladora, sujetándola con una sola mano. El hombre estaba muy cerca de él, y parecía seguro de haberlo inutilizado. Price apretó el disparador, y su máquina lanzó un chorro de fuego y de plomo. Su enemigo detuvo su paso, como sorprendido, abrió los brazos, soltando su arma; trató de asirse a algo, y rodó por el suelo. Price se acercó a él. Era un hombre joven, fuerte, de rostro hermoso, aunque marcado con el estigma de la crueldad. Comprendió que estaba ante el auténtico jefe de la banda.

Los tres hombres que quedaban con vida levantaron las manos,

entregándose.

Price se volvió a los suyos, buscando a June. La vio apoyada contra el guardabarros del camión, silenciosa, con un arma en la mano. Price se la quitó, comprobando que estaba caliente. Puso una mano en su hombro, mirándola a los ojos, muy cerca.

—Esto ha terminado, June... ¿Estás bien?

—Sí... Pero ¡tú! ¡John! ¡Estás herido!

Él sonrió al oírse llamar por su nombre de pila.

—No es nada. ¿Quieres...? No. Todavía no... Luego te lo preguntaré. Ahora entra en el portal y quédate con dos soldados. Ya no hay peligro.

—¡No! ¡Subiré contigo!

Price comprendió que más valía no discutir. Por otra parte, ya no podía haber peligro alguno, tampoco, arriba.

—Bien, puedes subir... ¿Qué bajas tenemos, general?

—Tres soldados muertos —repuso sombríamente el general Helliwell—. Los prisioneros quedarán aquí mientras nosotros buscamos esos clichés. He ordenado que llamen por teléfono a Scotland Yard.

—Bien. Vamos.

Price y el general, acompañados por June, se dirigieron al ascensor, después de indicar a los soldados que no podía salir nadie de la casa.

Llegaron al piso de Sofía Ruska y llamaron apretando el timbre. No aguardaban que nadie respondiese. Su sorpresa fue grande cuando la voz tranquila de la polaca llegó a ellos.

—Está abierto, señores. Pueden pasar. Les estaba esperando.

Price entró, seguido del general y de June.

Tranquilamente sentada en el diván, elegantemente vestida de noche, Sofía Ruska les miraba sonriente, con las manos acariciando su pequeño bolso, que tenía sobre las rodillas.

—Han armado ustedes un escándalo terrible —dijo—. Temo que habrán despertado a toda la vecindad.

A pesar suyo, Price tuvo que admirar la valentía de aquella mujer.

—Está usted derrotada, Sofía Ruska. Díganos dónde están los clichés.

—¿Los clichés? ¿Derrotada? No sé de qué están hablando.

—¿Quiere llamar un par de soldados, general? ¡Vamos a registrar la casa meticulosamente!

—Háganlo; no encontrarán nada.

Price sintió que su seguridad en el triunfo se tambaleaba. Tal vez les había dado tiempo para escapar con los clichés... Pero, no. «En ese caso —pensó—, el grueso de la banda, con su jefe a la cabeza, no hubiera ido a la brecha dispuesto a jugarse el todo por el todo».

—Los clichés están aquí. Y vamos a encontrarlos.

Dejaron a Sofía bajo la custodia de dos soldados y empezaron a registrar la casa. Nada hallaron. Todo estaba en orden, todos los rincones vacíos.

Miraron detrás de los cuadros que colgaban de las paredes del estudio, sin encontrar nada.

—¡Oh!

—¿Qué ocurre?

—No, nada... —contestó June—. Sólo que creía que había vendido el cuadro de la exposición... ¡John! ¡Mira este cuadro! ¡Míralo detenidamente! ¡No lo tenía hace poco, y afirmó que lo había vendido! ¿Cómo está aquí ahora?

Price se dirigió al cuadro y lo descolgó.

—Romperemos el marco —dijo, saliendo hacia la salita donde Sofía estaba.

June no la quitó la vista de encima. Apenas la polaca les vio con el cuadro, su faz cambió. June se dio cuenta.

Las manos de la polaca se movieron lentamente dentro del bolso.

—¡Ya está!

La voz de triunfo de Price se mezcló con el estampido de un disparo.

Sobre el diván, la hermosa polaca se hundía lentamente en las sombras de la muerte.

Sus labios rojos casi sonrieron.

—Buena suerte, capitán Price...

La pequeña automática resbaló de su mano y quedó tirada en la espesa alfombra granate. Sofía Ruska acababa de morir.

Sir Archibald Newton abrió los ojos admirado.

—¿Y se atrevió usted a afrontar esa banda de espías, sola, para probar la inocencia de su hermano?

—No podía dejar que su muerte quedara sin vengar —contestó June—. Ni podía permitir que su honor quedara manchado.

—Pero corría usted un doble riesgo —objetó *sir* Archibald—. Uno, por parte de ellos, que podían descubrirla; y otro, por parte nuestra, que podíamos creerla una espía y tratarla como tal.

—En nada de eso pensé. Lo importante no era el riesgo, sino cumplir con lo que era mi deber.

Sir Archibald la miró admirativamente.

—Es usted una mujer valerosa. Y usted, capitán Price, un hombre afortunado.

John Price sonrió, mirando a June.

—Si —convino—, muy afortunado.

Ella ocultó su turbación sonriendo.

—Si nos entretenemos mucho más, vamos a perder el tren, John.

—¡Cómo! ¿No se casan en Londres?

Price rió.

—June desea hacerlo en un pequeño pueblo desconocido del norte de Inglaterra, en el Distrito de los Lagos... Dice que desea ese lugar porque allí existen unos *cottages* donde nunca llega el teléfono ni el telégrafo.

—Le doy mi palabra de dejarles tranquilos una temporada...

—¿Cuánto tiempo?

—¡Hum!... No sé, no sé... A lo mejor no le necesito en quince días, lo menos... —Rió al ver el rostro de June, que también coreó la risa de *sir* Newton.

—Adiós, capitán. Adiós, *miss* June.

Sir Archibald se asomó al ventanal, apenas se marcharon sus visitantes. Vio cabrillar al sol las aguas del lago, y mecerse con la débil brisa las ramas de los árboles.

—Está hermoso este año Saint James Park... —musitó.

Se retiró de la ventana, y se sentó ante su mesa, reanudando su trabajo.



**DOS HOMBRES SE CITARON EN
UN CALLEJON DE NUEVA YORK
PARA ENTABLAR UN DUELO
A MUERTE.**

Uno era Joe Baleti, el más terrible ganster del Este de los Estados Unidos. El otro era Daniel Hardy, joven inspector del F. B. I.

¿Pero por qué Daniel Hardy no había solicitado la ayuda de las autoridades policiales? ¿Por qué deseaba enfrentarse solo, y precisamente en un duelo a muerte, con Joe Baleti?

EL SECRETO DE DANIEL HARDY

un secreto que comenzó en el asalto a la isla de Wake, donde fué deshecho un Regimiento de Infantería de Marina LE HABIA CONDUCTIDO A AQUELLA TERRIBLE SITUACION.

EL SECRETO DE DANIEL HARDY

es el título que ha elegido para la novela con que inicia su colaboración en **SERVICIO SECRETO** el gran escritor, ex-corresponsal de guerra norteamericano

FRANCIS ROD

— CONSERVE ESTE EJEMPLAR —

SI ESTE NÚMERO COINCIDE CON EL PRIMER PREMIO DEL SORTEO DE LA LOTERÍA NACIONAL QUE CORRESPONDE CELEBRAR EN MADRID EL DÍA 5 DE AGOSTO DE 1952, RECIBIRÁ USTED LA CANTIDAD DE:

Nº 008203

250 PESETAS EN EFECTIVO

para lo cual bastará presentar este volumen completo en nuestras oficinas: Editorial BRUGUERA - Proyecto, 2 - Barcelona, o si se reside en otras localidades enviarlo por correo certificado, el cual ejemplar le será devuelto, remitiéndole al propio tiempo el importe del premio por Giro Postal.

En el caso de que el número premiado en el Sorteo de la Lotería Nacional tenga cinco cifras, recibirán el premio no sólo los poseedores del mismo número, sino también, aquellos cuyas cuatro últimas cifras, coincidan con las de dicho número premiado. (Ejemplo: Si el número agraciado en la Lotería es el 13.435, resultarán favorecidos los lectores que tengan los volúmenes con los números 13.435 y 3.435).

Los volúmenes premiados que no hayan sido presentados en el término de sesenta días a partir de la fecha del sorteo, se considerarán caducados.

Si excepcionalmente, por un error de imprenta, se repitiera varias veces un mismo número en nuestros ejemplares, y éste resultase favorecido, se entregará el importe del premio a quien primero presente uno de dichos ejemplares.

El importe de los premios que, por cualquier causa, no hayan sido satisfechos, se acumulará con destino a un sorteo extraordinario, cuyas condiciones serán oportunamente anunciadas.

NO LO OLVIDE. Cada una de nuestras colecciones, *Pimpinela*, *Madropera*, *Rosaura*, *Amapola*, *Servicio Secreto* y *Bisonte*, obsequiará todas las semanas a sus lectores con premios de 250 pts.

¡Más de 6.000 pts. mensuales en premios!

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 292 - Isabel Solueña
 ■ VOLANDO HACIA EL DESTINO
 Núm. 293 - Corín Tellado
 ■ NO TE OLVIDE NUNCA
 Núm. 294 - María Teresa Sesé
 ○ EL HOMBRE DE LAS CAVERNAS
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 132 - María Adela Durango
 ■ PASAJE PARA SHANGAI
 Núm. 133 - Josefina M.ª Rivas
 ■ TODAS QUEREMOS CASARNOS
 Núm. 134 - César de Monterrey
 ○ TODA LA VIDA
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BISONTE

- Núm. 233 - Tex Taylor
 ■ PISTOLERO Y BRAVUCON
 Núm. 234 - Fidel Prado
 ■ DOS RIVALES DE NERVIOS
 Núm. 235 - Orland Garr
 ○ EL CAZADOR DE LA FRONTERA
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 97 - Peter DeBry
 ■ LA DAMA DE LOS NENUFARES
 Núm. 98 - Red Hartland
 ■ CONVICTO DE TRAICION
 Núm. 99 - Francis Rod
 ○ EL SECRETO DE DANIEL HARDY
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 188 - Agatha Mar
 ■ AMOR EN LA HORA H.
 Núm. 189 - Isabel Solueña
 ■ DENISE, LA REBELDE
 Núm. 190 - Mercedes Muntó
 ○ REFUGIO DE AMOR
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 18 - María del Pilar Carré
 ■ LAS MELLIZAS
 Núm. 19 - María Adela Durango
 ■ IDILIO EN EL AIRE
 Núm. 20 - María Teresa Albó
 ○ UN PAR DE EMBUSTEROS
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION IRIS

- Núm. 7 - Arnaldo Visconti
 ■ EL BRAVUCON DE NUEVA ORLEANS
 Núm. 8 - Arnaldo Visconti
 ■ LA FURIA DE SANG SONG
 Núm. 9 - Arnaldo Visconti
 ○ PERLAS Y TIBURONES
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

- Núm. 38 - Zane Grey
 ■ LA LLAMADA DEL CAÑON
 Núm. 39 - William MacLeod Raine
 ■ GANGSTERS DE LA PRADERA
 Núm. 40 - Lynn Westland
 ○ SANGRE EN LA HIERBA
 APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 PTAS.

■ Volúmenes recientemente aparecidos

○ Volúmenes de próxima aparición

Precio: 5 ptas.



